J. J. BENÍTEZ

MÁGICA FE

PLANETA DeAGOSTINI

Colección: Biblioteca J.J. Benítez
Director Editorial: Virgilio Ortega
Coordinación: Pilar Mora
Diseño Cubierta: Compañía de Diseño
Realización gráfica: Noemí Reyes

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

©J. J. Benítez, 1994 © de esta edición
Editorial Planeta-DeAgostini, S.A., 2002
Aribau, 185. 08021 Barcelona
www.planetadeagostini.es
ISBN: 84-395-8573-X Depósito legal: B. 13.823-2002
Imprime: Cayfosa-Quebecor, Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona) Distribuye: LOGISTA
Aragonés, 18 - Polígono Industrial Alcobendas
28108 Alcobendas (Madrid) Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Río Jordán
Sólo pretendía soñar 6
El club 7
Carretera de Masada
Pobre ingenuo 10
El secreto 12
Jerusalén
Uno entre cinco mil 14
Esas «extrañas cosas» 16
Belén
Doctor Liba 18
Hablemos de ventajas 19
Kuwait
«Cien dólares, señor» 22
Los hombres de colores 24
Nueva Delhi
El instante justo y el lugar adecuado 27
El «regalo» definitivo 29
Nepal
Los bebedores de TIEMPO 32
El tonto del «tic-tac» 34
Tokio
Unos «inquilinos» colgados de la pared 38
Alguien ha robado el «oxígeno-bis» 41
Washington
1.600 Pennsylvania Avenue 46
El «fanfarrón» de las minúsculas 48
Miami
Las estatuas 52
El «perfume» de Dios 55
Cuba
La «escuela del dolor» 59
Un problema de «tuberías» 61
Volcán Irazú
El «pacto» 66
Los Faber Kaiser 70
Galápagos
Una pelota de goma 73
El «esmoquin» de la otra vida 76
Isla de Pascua
Felicidad y su sobrina, doña Paz 81
Una cucharada del «menú» divino 84
Lima
Dos taxis en treinta segundos 89

«La intendencia no es cosa vuestra» 92
Amazonas
El Ganzúa y Cara de Luna 96
Lo más Grande en lo pequeño 102
Desierto de Nyiri
Un punto rojo en la lejanía 105
El «revés del derecho» 111
Ciudad del Vaticano
«Prohibido el paso» 117
Una carta «falsa» y otra «auténtica» 118
Estocolmo
¿20.004 o 2.004? 123
«Creer en las hadas» 125
París
«Taxista» y «pasajero» 129
«Por favor, ¿quiere usted hablar conmigo?» 132
Canarias
La «foto» del siglo 135
Una «diezmillonésima de billonésima
de billonésima de billonésima» 139
Bárbate
«¿Usted me comprende?» 143
La ley del «ciento por uno» 146
Sevilla
El renegado 150
Tu Jefe 153

A Mágica Fe (hija de Giovanni Carella), Milu (señora que fue de Pepe García Martínez), Javier (hijo de Emilio Carnicero), Maritxu Güller (la bruja buena de Ulía), Andreas Faber Kaiser (amigo y hermano) y al buen Dios, que bombearon ideas desde el otro lado y durante los 126 días que necesité para pintar *la fe.*

Río JORDÁN

SÓLO PRETENDÍA SOÑAR

Hayyim no replicó. Estudió la propuesta y, durante unos segundos, se limitó a acariciar la plateada palanca del cambio de marchas. Y el Mercedes, ronroneando fielmente, se unió a mi espera.

A unos cientos de metros, un río Jordán turbio y preñado de lluvias arrastraba su historia con prisas. Para alcanzarlo sólo había que salvar aquellas cenicientas y caracoleantes dunas y, naturalmente, el oxidado laberinto de alambres espinosos que las coronaba.

Hayyim, el guía, complaciente y decidido, acostumbrado a mis irregulares exploraciones, puso en movimiento el pesado turismo, adentrándose en el arenal y sorteando los restos de alambradas y trincheras.

Mi petición, sencilla en apariencia, fue puntualmente comprendida. Tras una agotadora jornada en los rojos acantilados que amurallan el mar Muerto, siempre a la búsqueda de un indicio, de un color o de una sensación que pudieran hablarme de Jesús de Nazaret, había experimentado la irrefrenable necesidad de caminar junto al Jordán. La tarde de primavera escapaba violeta y apacible hacia las cumbres de Moab. Y quise recibir al crepúsculo en la soledad de unas aguas que, sin iluda, sabían más que yo, del Hijo del Hombre. Solo pretendía soñar. Imaginar a mi admirado Jesús entre los verdes abanicos de juncos. Escuchar el aleteo de su manto al viento. Y quizá, quién sabe, el eco de su voz profunda y acariciadora, acallando mis propias ansiedades.

Y el Mercedes, adivinando un camino inexistente, prosiguió el penoso cabeceo entre las dunas.

Y de pronto, en una perdida torreta militar, alguien dibujó unos brazos en alto.

Hayyim frenó con brusquedad. Escrutó la convulsiva silueta pero, a excepción del amenazante fusil, el mensaje resultó indescifrable. Y echando pie a tierra prestó atención a los gritos del centinela.

El vocerío, en hebreo, fue breve. La figura bajó el arma y el guía, hierático y mudo, giró sobre los talones. Y lo hizo como un autómata, con lentos y estudiados movimientos.

No supe qué pensar. ¿Habíamos penetrado en una zona prohibida?

Hayyim permaneció con la mirada fija en el sendero recorrido.

Finalmente reaccioné. Abrí mi portezuela y, cuando me disponía a saltar del vehículo, la imperativa voz del judío me paralizó:

—¡Quieto! ¡No te muevas...! ¡Estamos sobre un campo de minas!

Cuando se desplomó en el asiento, un aparatoso sudor empañaba sus lentes. Y sin perder la compostura apagó el motor. Limpió las gafas. Enjugó frente y sienes, y supongo, continuó pensando a gran velocidad.

Lo observé con curiosidad. Aunque no puedo negar que el miedo también me tenía atrapado, tal y como he experimentado en otras circunstancias parecidas, una saludable e incomprensible tranquilidad fue invadiéndome. Y el pánico quedó reducido y controlado.

Durante un par de minutos no hubo palabras. Mi única aportación fue una sincera e interminable sonrisa. Y el gesto pareció serenar al voluntarioso Hayyim. Tomó la iniciativa y

propuso un plan —teóricamente viable— para salir con bien de semejante atolladero. Acepté al punto.

Y deslizándome por la ventanilla trepé al techo del Mercedes. Desde allí, tanteando con la punta de la bota, me dejé caer sobre la rodada izquierda, impresa en el arenal.

Hayyim arrancó. Metió la marcha atrás. Asomó medio cuerpo y gobernando el volante con la mano derecha retrocedió centímetro a centímetro, con el alma y los sentidos pendientes de mis indicaciones.

El resto, durante dos angustiosas e interminables horas, buscando obsesivamente nuestras propias huellas, fue un trabajo de sincronización. Sólo contaron la pericia del chofer y la sangre fría del caminante.

Pero, de todo esto sólo fui consciente algún tiempo después.

Recuerdo que, al desembocar al fin en la carretera de Jericó, fuera ya de peligro, extenuados y sin palabras, nos abrazamos.

Y sé que ambos —judío y cristiano— dimos gracias al mismo Dios.

Días más tarde, el respetuoso guía me formuló una pregunta:

—¿Cómo pudiste conservar la calma?

Y le confesé mi secreto:

—Dejé hacer a la Providencia.

EL CLUB

Jerusalén.

Mi querida hija:

Supongo que la aventura, a orillas del Jordán, te habrá sorprendido. Lo sé: tu padre, en el fondo, es un gran desconocido. Son tantos los secretos que guardo... Más aún, imagino que esta inesperada correspondencia llenará de asombro tu recién estrenada y luminosa juventud. No te alarmes. Como irás viendo, estas cartas obedecen a una poderosa razón. La más importante, me atrevo a decir, que un ser humano pueda poner en juego. Y te adelanto que no pretendo que la comprendas, y que me comprendas, al ciento por ciento. Me daré por satisfecho si, con la generosidad que distingue a los de vuestra edad, terminas de leer estas íntimas confesiones. Ojalá, algún día, hagas tuyo el tesoro que ahora pongo en tus manos. Porque de eso se trata: de regalarte lo más valioso que he sido capaz de hallar en estos casi cincuenta años de agitada existencia.

«Ahora es él momento», me he dicho, después de no pocas dudas. Ahora, cuando tú acabas de asomarte a la vida y yo intuyo que estoy doblando los últimos recodos del camino.

No me gusta la palabra «testamento». Suena a ruptura. Por tanto, si te parece, vamos a dejarlo en lo que realmente es: en la viva y cálida manifestación de alguien que te ama y que, simplemente, al observar cómo va aproximándose a la otra orilla, se ha visto asaltado por una inquietante pregunta: y yo, tras mi paso por este mundo, ¿qué puedo dejar a las personas que quiero?

¿Dinero? ¿Poder? ¿Fama?

Y replicarás, con razón, que eso es lo acostumbrado. Pues bien, después de años de reflexión, estoy y no estoy de acuerdo.

Es justo que los hijos hereden lo poco o mucho que los padres hayan acertado a reunir. Pero también te digo que esos bienes materiales terminan agotándose y, sobre todo, agotando a quien los posee. Un ejemplo: cuando alguien no tiene dinero, alcanzarlo puede convertirse en un afilado dolor de cabeza, que va y viene según el viento de la ambición. Y si un día, al fin, lo consigue, descubrirá con desolación que el dolor de cabeza se ha hecho crónico.

Dicho de otra forma: ahora que estoy a tiempo quisiera dejaros un legado, herencia o testamento —llámalo como gustes— que no se agote. Que no provoque quebradero alguno. Que no te inquiete. Que te llene de paz. Que su posesión te enriquezca más allá de lo que jamás hayas imaginado. Un tesoro que, además, puedas transmitir —multiplicado si cabe— a todos aquellos que te rodeen en el futuro.

¿Y de qué demonios estoy hablando?

De algo, insisto, que no me atrevería siquiera a mencionar de no estar absolutamente seguro. Han sido más de veinte años de continuas experiencias. De silenciosas y rigurosas comprobaciones. Sabes que soy un enfermo del dato y que difícilmente me pronuncio sobre lo que no conozco. Pues bien, después de ese largo y atormentado peregrinaje, he llegado a la firme conclusión de que LA PROVIDENCIA EXISTE.

Éste es el tesoro que pongo en tus manos. E imagino que habrás sonreído, entre burlona y compasiva. ¿Y eso es todo? ¿Es que mi padre ha perdido definitivamente la razón? Déjame que te vaya explicando.

No se trata, como puede parecer a primera vista, de comunicarte una idea más o menos poética. Todo el mundo lo ha oído en alguna oportunidad. El asunto es viejo. ALGUIEN, hace dos mil años, se cansó de repetirlo.

Lo que he descubierto —y tampoco es nuevo— va más allá de las ideas. Estoy hablando de una fuerza, de una presencia, de una realidad física (me gustaría ser un mago de la palabra para acertar con

las expresiones) que está ahí. Que lo inunda todo. Un poder transparente como el viento que recibe diferentes nombres. Unos lo llaman Providencia. Otros lo simplifican en el término Dios. Los menos, con gran acierto, suelen referirse a ello con un concepto que, en realidad, es consecuencia de la existencia de esa Providencia: la FE. Y yo, en broma y en serio, me he quedado a medio camino entre lo uno y lo otro. Y, como bien sabes, suelo utilizar la expresión nave nodriza, *sustituyendo así a Dios y ala Providencia (demasiado solemne) y ala casualidad (definitivamente blasfema).*

Cuando alguien descubre, verifica y queda convencido de la autenticidad de este tesoro, su vida estalla en mil pedazos. Todo cambia. Los pensamientos y ambiciones habituales se agitan y la brújula del corazón termina orientándose hacia rumbos insospechados. Y el hombre o mujer que acepta esta sutil, invisible y poderosa presencia entra a formar parte —casi sin querer— del más asombroso club: *el de los afortunados. Y no exagero, mi querida hija. A lo largo de estas improvisadas cartas intentaré demostrarte cómo las personas que disfrutan de esa FE, que creen en la Providencia o saben de la familiar* nave nodriza, *son radicalmente distintas. ¡Ojo!, no he dicho mejores ni peores. Sólo diferentes, que no es poco. Y son distintas porque —al ser conscientes de esa verdad y jugar a su juego— se convierten en individuos tolerantes, confiados, generosos, trabajadores, audaces y pacientes. Forman, en definitiva, un grupo de «triunfadores»... que no buscan el triunfo. Un grupo de «conquistadores» que va logrando la más difícil conquista: la del conocimiento de uno mismo. ¿No es ése un* club *de seres afortunados? ¿No es ésta una riqueza que merece la pena dejar en herencia?*

Y aunque, poco a poco, iré desgranando cómo entiendo que actúa esa magnífica fuerza y cuáles son y cómo nos benefician sus mágicos dedos, permite que me detenga en un punto que conviene aclarar.

Al manejar conceptos como «fe», «Providencia», etc., no arrimo el ascua a la sardina de ninguna religión. Fui un hombre religioso. Cierto. Pero, un buen día, esa misma nave nodriza, *que ahora simboliza mi gran tesoro, se ocupó de apartarme de lo que conocemos por iglesias. Y en solitario, confuso y aterrorizado, emprendí una durísima búsqueda personal. Un camino sin retorno.*

Sé que parece un contrasentido. Al final —paradojas de esa, en ocasiones, incomprensible fuerza— fui a desembocar en la misma o parecida autopista por la que circulan millones de personas que, honrada y sinceramente, comulgan con los mensajes de las diferentes iglesias.

Te escribo, pues, desde una experiencia pura y absolutamente personal, ajena a dogmas, directrices o andamiajes eclesiásticos.

Es mi desnudo y atormentado corazón el que tienes frente a ti. Te cuento cómo, en definitiva, alguien alejado de rituales y creencias oficiales también puede experimentar, practicar y beneficiarse de la FE (con mayúsculas).

Ojalá, alguna vez, lo compruebes por ti misma. Entonces comprenderás que esa SEGURIDAD, esa CONFIANZA casi suicida, esa ACEPTACIÓN sin reservas de la prodigiosa INTELIGENCIA que nos envuelve y gobierna nada tienen que envidiar a la FE tradicional que enseñan en catecismos y pulpitos.

Es más, como irás viendo, en el fondo, muy probablemente, una y otra fe son en realidad la misma cosa. Lo curioso es que el Gran Relojero es capaz de hacer funcionar los relojes con o sin la maquinaria tradicional...

Y dicho esto, supongo que empezarás a entender o intuir el secreto de mi frío y sereno comportamiento en el campo de minas y, muy especialmente, la respuesta a Hayyim.

Besos y que la nave nodriza *te siga bendiciendo.*

CARRETERA DE MASADA

POBRE INGENUO...

Esta vez, Hayyim no preguntó. Su mirada, montada en la complicidad, lo dijo todo.

Y divertido, sonreí.

Sin embargo, para los amigos que me acompañaban, el providencial malentendido no pareció encerrar ninguna secreta lectura. Gianni Ferrari, Albert Schommer y Ramón Rato, pacientes sufridores durante años de mis locas ideas sobre la *nave nodriza,* encararon el incidente poco menos que a título de inventario, culpando a la casualidad.

La pequeña (?) historia había nacido el día anterior. Interesados en visitar la soberbia meseta de Masada y las célebres cuevas donde fueron hallados los pergaminos del mar Muerto concerté los servicios de mi fiel guía en Israel. Y la partida, desde el hotel King Solomon, en Jerusalén, quedó fijada para las siete y media de la mañana.

Pero, incomprensiblemente, Hayyim no se presentó. Mejor dicho, lo hizo con una hora de retraso.

Desolado, juró por sus antepasados que la culpa no era suya. En su agenda figuraba las «ocho y media». Y aceptando mi posible error dimos por zanjado el incómodo y, aparentemente, pueril pleito. «Después de todo —me dije—, ¿qué importancia podía tener salir una hora antes o una hora después?» Pobre ingenuo...

La noche anterior, unas montañosas nubes se detuvieron sobre la Ciudad Santa, descargando un diluvio. Al alba la escandalosa tormenta amainó. Y la bella Jerusalén despertó con un luminoso toque plateado.

La mansa lluvia residual no alteró los planes ni el entusiasmo de aquellos periodistas. Y la inocente excursión se puso en marcha de acuerdo con el programa previamente pactado.

Pero, al enfilar la orilla occidental del mar Muerto, el guía y conductor se mostró inquieto. La copiosa borrasca había colmado los resecos *wadi* o torrenteras que surcan, a decenas, las estribaciones del desierto de Judá. Y convertidos en violentos ríos y estiradas cascadas, castigaban el asfalto, saltando desde los empinados contrafuertes y arrastrando racimos de piedras. Y turismo y ocupantes se vieron seriamente comprometidos.

Hayyim, sin embargo, empeñado en mostrar a mis amigos las excelencias de la fortaleza herodiana de Masada, continuó el avance, sorteando pedrejones, atacando valientemente las cada vez más abundantes láminas de agua y barro que borraban la ruta y, por supuesto, poniendo cara de póquer ante los sensatos consejos de algunos de los pasajeros que, amén de recomendar prudencia, sugerían el retorno a Jerusalén.

El forcejeo verbal fue cuestión de minutos. A escasos kilómetros de la histórica meseta, Hayyim tuvo que parar definitivamente. Una de las avenidas, como una locomotora de tierra y rocas, había sepultado la carretera, cortando el tráfico. Dos rugientes excavadoras se afanaban en las tareas de desescombro.

Y digo yo que fue el instinto (?) lo que me movió a preguntar. La policía nos aclaró entonces que el violentísimo alud se había producido una hora antes. Mi reloj señalaba las nueve y media.

Un sencillo cálculo me abrió los ojos. Lo verifiqué con el guía y, refugiándose en un espeso y significativo silencio, se limitó a asentir. Y deduje que, de haber partido a la hora inicialmente establecida, nuestro paso por el lugar habría coincidido con el mortífero desprendimiento de la montaña.

Y la mirada de Hayyim, montada en la complicidad, lo dijo todo.

Y divertido, sonreí. «¿Casualidad?»

EL SECRETO

Jerusálén.

Queridísima hija:

Creo saber lo que estás pensando: «Mi padre habla de una misteriosa fuerza. De una mano invisible *que lo gobierna todo. Y rechaza la casualidad. Muy bien. Convénceme. Demuéstrame que ese maravilloso* tesoro *es algo real.»*

Como me temía, te precipitas. Estas cartas, aunque estoy convencido de cuanto afirmo, no son, nunca serán, una imposición. No pretendo convencer. Hace mucho que aprendí a rechazar la compraventa de asuntos relacionados con la inteligencia y los sentimientos. Sólo expongo. Te ofrezco algo que, para mí y para otros antes que yo, se presenta como un precioso descubrimiento. Un hallazgo —y me parece que vuelvo a repetirme— que, eso sí, me gustaría pudieras hacer tuyo algún día.

Hay un punto, sin embargo, en el que reconozco que tienes razón. ¿Cuál es el truco, la fórmula o él secreto para, al menos, empezar a comprobar por uno mismo que LA PROVIDENCIA EXISTE?

Ya ves, sin *querer, estoy metiéndome en honduras teológico-filosóficas. Tranquila. La aventura será breve.*

Antes de revelarte el secreto, déjame que te cuente una historia. ¿Recuerdas las que os refería cuando erais unos niños?

Pues bien: «Había una vez dos hombres buenos que convivían en la misma casa, compartiendo igualmente el duro trabajo. En realidad, sus vidas eran muy parecidas: rezaban con idéntica devoción, luchaban con él mismo coraje, padecían infortunios muy similares...

»Ambos, en definitiva, creían en la Providencia.

»Pero, con los años, sólo uno conservó la fe. El otro, a pesar de sus oraciones, la fue perdiendo misteriosamente.

»Y un día, creyendo que Dios no era justo, preguntó a su amigo:

»—¿Cuál es tu secreto?

»Y el segundo hombre replicó:

»—Abrir los ojos.»

Supongo que habrás captado él truco. La verdad no está en lo que vemos, sino, precisamente, en lo que no vemos. Me explico. No es que la verdad sea invisible. Lo que sucede es que circulamos por la vida sin mirar o con él sentido común desenfocado.

Y termino él discurso. Teólogos y pensadores siguen discutiendo sobre él secreto de la fe. Casi todos aseguran que estamos frente a un misterio divino. Dicen que viene a ser como un regalo. La Providencia la reparte a capricho. Unos la tienen (la tenemos) y otros no.

Sinceramente, me niego a aceptarlo. Dios tiene fama de pillo *pero, que le divierta esconderse, no quiere decir que sea un caprichoso. Muy al contrario. Una de sus debilidades es compartir. Y me pregunto y te pregunto, mi querida hija: si la gente que descubre el tesoro de la fe se convierte en afortunada, ¿por qué Dios iba a repartir ese premio gordo en plan lotero?*

La posibilidad de creer, como los tréboles de cuatro hojas, no es un milagro. Están ahí. Son algo real. Sólo hace falta una condición para hallarlos: abrir los ojos. Es decir, detener la frenética carrera a ninguna parte y regalarnos un minuto para mirar, reflexionar y sacar conclusiones respecto a esas «extrañas cosas que ocurren todos los días».

Sé que esta teoría le quita pompa y solemnidad a la Providencia. Lo siento. Prefiero imaginar y sentir a Dios como alguien que comparte, que no sabe decir no, más que como un jugador de dados.

Tengo la sospecha de que la Providencia —obligada por la miopía humana— ha tenido que especializarse en segundas oportunidades. Observa los libros que forman la Biblia. Los asuntos importantes nunca cuajan a la primera.

Miopía. Ésta es la clave.

Y seguirás preguntándote: ¿Y por qué él ser humano no ve?

Creo haberlo mencionado. Las personas —si te fijas— corren, corren y corren. Pero, si las interrogas, no sabrán decirte por qué corren. Y empeñadas en esa absurda carrera a ninguna parte, no tienen tiempo para mirar. Y lo que es peor: pierden la ocasión de entrar a formar parte del club. *Pero, como te decía, Dios se ha hecho experto en segundas oportunidades...*

Discúlpame. Tengo tantas cosas que comunicarte que he vuelto a perderme. ¿De qué te hablaba? Sí, del secreto para empezar a comprobar por uno mismo que la Providencia existe.

Dicho está: abrir los ojos. Levantar el pie del acelerador de la vida y, despacio, analizar y valorar esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días. ¿En verdad obedecen a la casualidad? ¿Son algo fortuito o la consecuencia de un plan meticulosamente diseñado? Este obligado proceso de análisis —no voy a engañarte— es largo, tenso y, muchas veces, desesperante. Ya ves, yo he necesitado más de veinte años para, sencillamente, abrir la puerta y asomar la nariz. Y en esa pelea, con la lógica como el más rabioso enemigo, he llegado, incluso, a consultar a los expertos en matemáticas y computadoras. Y he sometido esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días al veredicto imparcial del cálculo de probabilidad. Respuesta de la ciencia: imposible. Una mareante procesión de ceros demostraba —una y otra vez— que esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días no están sujetas al azar. Son ilógicas e incomprensibles desde el prisma científico.

Entonces, al igual que un corcho, muy lentamente, fui ascendiendo hacia una superficie que jamás pude imaginar. Una superficie que, en realidad, es el principio de otro universo.

Y una de mis primeras y viscerales reacciones fue apartar del vocabulario una vergonzante palabra: «casualidad».

No sé quién la inventó. Seguramente, alguien que conoció la verdad y, asustado o sabedor del diabólico dominio que podía ejercer si camuflaba el hallazgo, cambió los papeles. Y la socorrida expresión «Qué casualidad!» terminaría convirtiéndose en la mayor estafa de la Historia.

¿Té has parado a pensar cuántas veces al día invocamos la irritante blasfemia? Y digo bien: blasfemia. Es decir, insulto a la inteligencia humana. Que no comprendamos, que no seamos capaces de abrir los ojos o de resolver el secreto de las cosas no nos autoriza a proclamarnos tontos de capirote. El término «casualidad» —cada vez que lo manejamos— significa eso: una piedra contra nuestro propio tejado.

Recibe un millón de besos. Y que la nave nodriza *te siga protegiendo.*

JERUSALÉN

UNO ENTRE CINCO MIL

Leo en uno de mis viejos y venerables cuadernos de campo: «Martes. Aeropuerto de Ben Gurión, Tel Aviv.

«Tomo un taxi colectivo *(Mesher taxi).* Viajamos siete personas. Me deja en el hotel Hilton, en Jerusalén, por quince sequel. (La tarifa son 13,5.) Sin comentarios.

«Hotel Hilton. Telefoneo a Elías Zaldívar, de la agencia Efe. Concertada la cita para mañana. Veremos.

»La agencia de turismo que me recomendaron en el aeropuerto, para contratar un guía con coche, no responde. ¿Mala suerte? No lo creo. Algo me reserva la *nave nodriza...*

»Pregunto en el hotel. El recepcionista, muy gentil, efectúa un par de llamadas. Negativo. Los guías consultados se hallan comprometidos. Sonriente, a pesar de lo intempestivo de la hora (casi las once de la noche), continúa telefoneando. Finalmente acierta. Mañana, a las ocho, se presentará en el hotel un tal Hayyim Hazan. Tarifa: cien dólares por día (incluye vehículo). La hora "extra" me costará otros veinte dólares. Veremos...

«Miércoles.

«Hayyim, el guía, de raíces hispanas, parece un excelente profesional. Habla cinco idiomas (incluido el árabe), conoce Israel como la palma de su mano y, lo más importante, ha entendido en qué consiste mi trabajo.

«Rumbo a Tiberíades, como si nos conociéramos de toda la vida, me confiesa algo sorprendente. Aunque, a estas alturas del *negocio,* no sé por qué me extraño...

«Acaba de regresar de Argentina. Un viaje familiar, dice. Hayyim es judío. Sin embargo, desde antiguo, siente una enorme curiosidad por todo lo relacionado con Jesús de Nazaret. Y cuenta cómo un pariente suyo, conocedor de esta afición, le regaló un libro.

«¡Increíble! —exclama, echando mano del volumen en cuestión.

«Me lo entrega. Lo ojeo y sonrío divertido.

»—¿No te parece mágico? —continúa con su monólogo—. Lo llevo en el coche desde que regresé de Buenos Aires. Aprovecho para leerlo en los ratos libres. Y mira por donde, anoche me llaman del Hilton, me ofrecen un servicio y el cliente es el autor del libro que estoy leyendo...

«Al devolverle *El testamento de san Juan* le respondo:

»—Cosas de la *nave nodriza,* querido amigo.

»Hayyim, lógicamente, no sabe a qué me refiero. Me toma por un bromista.»

Algunas páginas más adelante repaso otra anotación, innecesaria por supuesto:

«Datos oficiales.

«Hoteles existentes en Jerusalén: alrededor de setenta.

«Guías de turismo, autorizados para trabajar en cualquier punto del país: cinco mil.

«Reflexión final:

»En un martes cualquiera, de un octubre cualquiera, de un año cualquiera, servidor conecta con el hotel y el recepcionista adecuados. Y éste me conduce al único guía —entre cinco mil— que, en esos momentos, lee un libro mío y "regalado" a veinte mil kilómetros.

»Si esto es casualidad, yo soy el emperador del Japón.»

ESAS «EXTRAÑAS COSAS»

Jerusalén.

Mi querida niña:

En este, un poco loco y atropellado, intento de contagiarte mi tesoro notarás que abuso de algunas expresiones. Por ejemplo: «Esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días.» Es un defecto muy propio y comprensible en aquellos que estamos convencidos de algo. Disculpa, una vez más, a este viejo luchador.

De todas formas, a la vista de las asombrosas circunstancias que rodearon mi primer encuentro con Hayyim, y conforme vayas sabiendo de otras anécdotas, tendrás que reconocer que hay motivos para insistir.

Este capítulo —el de las «extrañas cosas»—, además de cerrar el círculo de lo que trato de comunicarte, se presenta como el más cercano y fácil de tocar con las manos. *Como recordarás, y aprovecho para refrescarte la memoria, la «película» que deseo que «veas» consta, digámoslo así, de tres bloques principales:*

1. La Providencia existe y actúa físicamente.[1]

2. Descubrirlo es cuestión de «vista».

3. Son esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días el mejor laboratorio donde comprobarlo.

Así de simple y fascinante.

Y te recomiendo que investigues el capítulo de las «extrañas cosas», porque, como irás viendo, son el pan nuestro de cada día. De las otras, las anécdotas extrañas, olvídate por el momento.

¿Qué quiero decir? Sencillísimo: por lo que llevo aprendiendo, deduzco que la Providencia dedica más horas a los asuntos domésticos y de poca monta que a las situaciones límite o de vida o muerte.

¿Chocante?

Todos tenemos la equivocada idea de que la Providencia es un artículo de lujo. Algo así como un teléfono secreto, que sólo aparece en las agendas de los privilegiados de siempre. Naranjas de la China. Tu padre, que es un descarado, está convencido de que Dios practica más la imaginación que la inteligencia. Probablemente porque Él sabe que lo sencillo es lo más difícil de imaginar. Por eso —digo yo— trabaja tanto y tan bien los detalles, las menudencias y lo simple. Por eso —perdona la irreverencia— le chifla rebozarse en lo cotidiano. Por eso insisto en que examines con lupa esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días. Dios, mi querida niña, es muy casero. Raras veces lo verás presumiendo de medallas (que las tiene). Ni siquiera cuando el estúpido ser humano le pisa la cola, exigiendo milagros.

Ahí, en suma, se halla el filón. Ahí, en las supuestas pequeñeces, es donde debes esforzarte en abrir los ojos. Ahí, a poco que espabiles, te encontrarás con el escalofrío. Será entonces, al indagar en esas extrañas cosas, cuando notarás la magia, el aire fresco y bienhechor de tan poderosa fuerza.

Y termino. A la luz de estos fogonazos, seguramente caerás en la cuenta de esa legión de rarísimos pequeños (?) sucesos que has protagonizado y que, no lo dudes, continuarás viviendo.

¿Recuerdas ahora aquella inesperada noticia que te abrió los ojos y te obligó a romper con el chico con el que salías? Al final lo agradeciste.

¿Recuerdas aquel, aparentemente, tonto e inoportuno accidente que te empujó a modificar una serie de importantísimos planes? Al final, la gran beneficiada fuiste tú.

Quizá, a partir de ahora, intuyas que la lectura de este o de aquél otro libro no puede ser calificada con esa lamentable palabreja, que tanto nos desprestigia: casualidad.

Pero no me condenes a seguir con la interminable lista. Eso pertenece a la intimidad de cada cual. Y aunque haré un esfuerzo, trasteando en mi pésima memoria para brindarte un puñado de esas inquietantes anécdotas, que espero vayan iluminándote, preferiría que él peso de la investigación fuera asunto tuyo. Ya me contarás.

Recibe un millón de besos. Creo que sabes cuánto te quiero.

1/ Si la palabra «Providencia» se te atraganta o te resulta oscura, cámbiala. «Dios», por ejemplo, es una buena elección. Papá dice que Dios entiende, aunque nos confundamos. (Nota de tu hermana Lora, que está en todo.)

BELÉN

DOCTOR LIBA

Anotación en otro remoto y casi olvidado cuaderno de campo: «Belén. Ciudad habitada por una mayoría de ciudadanos árabes. Permanente fuente de conflictos. Terrorismo. Odio y venganza. Los judíos la evitan.

»Aquella mañana, el doctor Liba (nombre supuesto), como cada día, se dirigió a su consulta, en Belén. Después de treinta años ejerciendo la medicina en la localidad de la Natividad se sentía plena y felizmente integrado en la comunidad. No tenía enemigos conocidos. Sencillamente, era uno más.

»Pero, esa mañana, la Providencia le reservaba una sorpresa. Mejor dicho, dos.

«Cuando circulaba por las afueras de Belén, rumbo al Centro, alguien le obligó a detener la marcha. Identificó al hombre que le hacía señales. Era un viejo conocido. Un honrado y próspero empresario árabe. Aparcó el coche junto a las casas que formaban el arrabal e, intrigado, caminó hacia la pequeña furgoneta, igualmente estacionada al filo de la calzada y desde la que el hombre en cuestión no cesaba de gesticular.

»Al asomarse a la parte posterior del vehículo comprendió. La esposa del aterrorizado árabe estaba a punto de dar a luz. Y sin más preámbulos, el doctor se ocupó de la parturienta.

«Minutos más tarde el árabe sonrió feliz. Había sido padre de un hermoso niño.

»El suceso, sin embargo, inicialmente venturoso, no terminó ahí. A cosa de cincuenta metros de la furgoneta, en el arrabal, una súbita llamarada dejó sin habla a los protagonistas y testigos del alumbramiento. Algunos vecinos, tan desconcertados como el doctor Liba, corrían en todas direcciones, huyendo del turismo que acababa de incendiarse. Y árabe y judío cayeron en la cuenta de lo ocurrido. Una lata de gasolina, abandonada de forma precipitada junto a la gran antorcha, les hizo comprender. Mientras el doctor ayudaba a nacer al bebé, unos extremistas, igualmente árabes, habían atentado contra aquel coche, cuyas placas revelaban el origen judío de su propietario.

»Y la alegría del rico empresario de Belén se vio fulminada por la rabia y la vergüenza.

»Y el doctor Liba, buscando tranquilizar al desolado árabe, hizo un solo comentario:

«Querido amigo, el Talmud nos enseña a bendecir a Dios, tanto por el bien como por el mal.

«Tres días más tarde, alguien colocaba a las puertas del domicilio del médico judío un flamante turismo, regalo de un árabe agradecido.»

HABLEMOS DE VENTAJAS

Jerusalén.

Queridísima hija:

¡Cuan cierto es que, con suerte, a lo más que podemos aspirar es a soñar a Dios! Querer desguazarlo, examinar las piezas y, sobre todo, pretender conocer su funcionamiento es tan ridículo como empeñarse en que Thor, *nuestro pastor alemán, distinga a horca de Aristóteles.*

La Providencia es un bello rostro. El tuyo, por ejemplo. Si arañamos el porqué acabaremos en un laberinto. Y perderemos el tiempo. En contra de lo que predican teólogos y filósofos, Dios sí es comprensible. Pero no ahora. Estamos condenados —felizmente condenados— a entenderlo. Más aún, somos portadores de su semilla. Pero ¿por qué preocuparnos del master *de fin de carrera cuando apenas hemos estrenado la enseñanza primaria?*

La verdad es que no era de esto de lo que quería hablarte. Quizá, en otro momento, me aventure en ese resbaladizo terreno de la ilógica lógica del Dios que tenemos por Padre. La anécdota del doctor Liba lo merece.

Mi idea, siguiendo con el asunto del tesoro, es comentar una segunda parte, maravillosamente inevitable. Aceptando que lo dicho sea cierto, ¿qué beneficios consigue uno? ¿De qué me sirve aceptar ese increíble juego de la Providencia?

En primer lugar no olvides que te escribo, única y exclusivamente, desde mi experiencia. Un conocimiento, también es cierto, idéntico al de la mayoría de los otros socios del club. *Pero, atención, en mi caso —y sabes de mi natural torpeza— no ha sido un aquí llego, aquí te mato. ¡Ojalá! He necesitado años para olfatear las posibles ganancias. Aun así, tú tranquila. No te desanimes. Hay personas, en especial entre la juventud, que disfrutan de unos reflejos mentales tan rápidos que reducen él período de prueba a un pestañeo.*

Al principio, en una de las cartas, te dibujé muy por encima algunas de las más espectaculares ventajas que alcanzan quienes, como yo, apuestan por la fe en esa fuerza.

«Individuos afortunados», vine a resumir. Sé que, en los tiempos que corren, suena a cuento chino. Déjame que te explique. No te amontones. Y lo haré, si te parece, gota a gota, aunque tarde o temprano terminarás por comprender que este tesoro es un todo armonioso. Un juego que, lentamente y sin querer, se transforma en un estilo de vida.

Y para que lo mastiques y digieras con facilidad haremos un «guión» previo. Digamos que tu padre ve así esas formidables grandes ventajas:

1. PROTECCIÓN.

Un sentimiento-sensación que nos hace confiados. Y los socios del club *vamos por la vida con las manos en los bolsillos. Otros, en cambio, obsérvalo, parecen boxeadores: siempre en guardia. En otras palabras, sentimos y sabemos que la Providencia nos cubre... permanentemente.*

2. GOBIERNO.

Un sentimiento-sensación que, cuando ha sido igualmente verificado, tranquiliza. Sentimos y sabemos que la nave nodriza *guía él rumbo de cada existencia. Que en multitud de ocasiones no entendamos las aparentemente retorcidas actuaciones de esa fuerza es harina de otro costal. Al nacer aparecemos con una cuchara en la mano. Y está bien que quieras beberte a Dios. Pero, lógicamente, sólo podrás hacerlo sorbo a sorbo.*

3. ENSEÑANZA.

Una de las claves. Los del club *sabemos y sentimos cómo la Providencia se esfuerza y empeña en que el ser humano aprenda. He ahí —para nosotros— él gran objetivo, él único fin y destino. El*

hombre es, debe ser, un aprendiz de por vida. Por eso fue concedida la capacidad de dudar. Y ese aprendizaje lo abarca todo y en todo momento.

Quizá ahora veas con mayor claridad él porqué de la sabia respuesta del doctor Liba. La Providencia nos va mostrando —nos obliga a vivir— un sinfín de situaciones, con un propósito perfectamente definido: que nos vayamos llenando. Supongo que la tragedia de las tragedias, al pisar la otra orilla, tendrá mucho que ver con él hecho de que nos presentemos con un espíritu, no bueno o malo, sino vacío.

Y dicho esto, trataré de ir desmenuzando esas tres ventajas o beneficios capitales. Como notarás, todos ellos se subdividen en otras ganancias, a cual más atractiva. Y buscaré, para una mejor comprensión, la «fórmula del goteo». Analizaremos problemas conocidos, concretos y mensurables. Y lo haremos sobre la marcha, dejándome conducir por esa fuerza de la que te hablo. Naturalmente, no podía ser de otra manera. Quizá así, poco a poco, vayas descubriendo las diferencias, en estilo de vida, entre los socios del club *y el resto de los ciudadanos. Me parece que te quedarás con la boca abierta.*

En la anécdota protagonizada por el doctor Liba te apuntaba uno de esos problemas: el provocado por el odio y la venganza. En Israel, desde donde te escribo, es algo que llama la atención. Y no porque esos sentimientos sean propios o característicos de esta espléndida tierra. Lamentablemente, como sabes, la epidemia se halla extendida por todo el planeta. Aquí, no obstante, se desarrolla con un tinte especial, tan antiguo como tristemente llamativo.

La realidad es que, por las razones que sean —me niego a perderte y a perderme en semejante espiral—, odio y venganza han echado raíces entre árabes e israelíes. Todos dicen tener la razón. Y, probablemente, así es. Pero lo que cuenta es que, día a día, esa situación sólo conduce a la tragedia. Y la sangre derramada hace brotar nuevos odios y peores venganzas. Y vuelta a empezar...

Y me dirás: ¿Cómo es posible? Ambos pueblos, en efecto, son religiosos. Extraordinariamente creyentes, añado. Entonces ¿dónde está el problema?

En mi opinión, es decir, según el leal saber y entender de los socios del club, *todo nace de una incorrecta interpretación. Ni el odio ni la venganza han sido fría y suficientemente analizados, ni tampoco el verdadero papel de la Providencia en estos menesteres.*

Para la gente del club, *odio y venganza no son rentables. Fíjate bien que estoy hablando con términos monetarios o, si lo prefieres, de puro egoísmo personal. Olvídate por un instante de Dios y de las razones morales.*

El odio es niebla. Cuando aparece en el corazón de un hombre o de un pueblo los ciega. Borra todo horizonte. Y el individuo se ve forzado a la inmovilidad o a un avance incierto, tropezando e hiriéndose sin cesar.

Conclusión: no compensa.

En cuanto a la venganza, además de hipotecarnos, genera unos intereses que devoran a quien la practica.

Tampoco compensa. Y tratándose de la raza judía, me asombra que no haya descubierto aún que, tanto uno como otra, constituyen una pésima inversión.

Supongo que, dada tu rabiosa juventud, palabras como odio o venganza te sonarán lejanas. Mejor así. De todas formas, bien está que vayas considerando el pro y el contra de estos sentimientos a los que, alguna vez, tendrás que enfrentarte.

¿Y cómo reacciona un socio del club *cuando aparecen dichas tentaciones?*

Entre las ventajas que disfrutamos aquellos que creemos en esa especialísima fuerza te mencionaba la del aprendizaje o enseñanza. Pues bien, nosotros hemos aprendido, tal y como te decía, que odio y venganza son una lamentable pérdida de tiempo. Y sabemos igualmente que hacer de vengador es meterse en camisa de once varas.

Esta filosofía —salta a la vista— resulta muy económica. Si eres injuriada, desposeída o maltratada injustamente tienes la obligación de defenderte. Pero, siempre fría y serenamente, sin odio. Renunciando al bumerán de la venganza.

Entonces, te preguntarás cargada de razón, ¿quién hace justicia?

Segunda gran enseñanza:

Cuando conoces y aceptas la mágica realidad de esa Providencia, que todo lo envuelve y a la que todo pertenece, tomas buena nota y aprendes a no suplantar al Gran Cobrador de Facturas.

La experiencia me ha enseñado algo de enorme importancia y que, por descontado, tiene mucho que ver con el tesoro que intento transmitirte. Si alguien echa a rodar el odio y la venganza —es decir, el mal químicamente puro— debe saber que está poniendo en circulación una «letra» que, a diferencia de las otras, las humanas, será cobrada inexorablemente. En ese mal negocio, el Gran Cobrador se presenta siempre. Tarde o temprano, silenciosa o ruidosamente, pasa visita. Y puedo garantizarte que la factura no se paga, como creen algunos, en la otra vida. Nada de eso. Aquel que, a las puertas de la muerte, dice estar arrepentido añade leña al fuego. A sus culpas suma entonces otra falta no menos vergonzosa, tachando a Dios, a sí mismo y al prójimo de tontos de pueblo. Dios, me consta, es mucho más sensato. El mal consciente y fríamente trabajado es quizá lo único, con nuestro cuerpo, que se queda aquí abajo. Como algo indeseable, carece de «pasaporte al más allá».

Otra cuestión es que el injuriado llegue a tener cumplida noticia del «cobro».

Resumiendo: Los del club *sabemos que la venganza no es cosa nuestra. Si Dios hubiera querido lo contrario, convirtiéndola en una saludable gimnasia espiritual, hace tiempo que la Naturaleza nos habría arrojado al mar.*

En este aparentemente imaginario club, *cuando alguien es víctima de odio y de la venganza, nos limitamos a sonreír con amargura. Al igual que en el caso de la generosidad (de la que te hablaré en su momento), con la maldad sucede lo mismo. Ambas reciben el ciento por uno. Por puro egoísmo, por tanto, evita el mal.*

El día que el ser humano cae en la cuenta de esta ley universal, ese día, mi querida hija, tiembla al pensar en sus enemigos. Y no por miedo al daño que pueda recibir, sino, justamente, porque sabe que la maquinaria infernal puesta en marcha por el odio los triturará sin piedad.

Esta postura, como ves, amén de proporcionar una muy aceptable tranquilidad, permite aprovechar el tiempo en asuntos de verdadera utilidad. Esta «mágica fe», en definitiva, resulta altamente rentable. O dicho de otra forma: creer es crear.[1]

Un millón de besos y que la nave nodriza te siga cuidando.

[1] *La frase no es mía. Es de Giovanni Carella, padre de «Mágica Fe».*

KUWAIT

«CIEN DÓLARES, SEÑOR»

Nunca creí que pudiera ocurrirme. Sin embargo...

Y es que las sorpresas son como las canas. Inevitables por un lado y más numerosas y frecuentes conforme se cumplen años. Probablemente son el *taconeo* de Dios, cada vez más próximo.

Y sigo leyendo en mi cuaderno de bitácora:

«... El sol del desierto amanece furioso. Hoy descargará candela. Aprovecho el penacho del día para callejear. La ciudad vieja de Kuwait toma la delantera al calor.

»Y confiado, manos en los bolsillos y la curiosidad por centinela, voy penetrando en el sol y sombra del acelerado zoco.

«Zigzagueo, mal que bien, en la tela de araña de vendedores incansables, tenderetes de frutas y especias, aromas indescifrables y matronas de rostros cubiertos y túnicas negras y susurrantes.

»La nube humana me asfixia.

»Me asaltan paquistaníes risueños y embozados en telas primorosamente bordadas.

»Dos pasos más allá son hindúes, enroscados en oro y plata y haciendo volar interminables ojos azabaches.

«Después, persas gesticulantes, trovadores en mil idiomas de alfombras legendarias.

«Árabes de Saba y Petra, cargando supuestos perdidos tesoros de la mítica reina.

«Beduinos, en fin, de breve y tosco perfil, mostrando en un teatral secreto la auténtica espada de Saladino.

»Y es uno de estos nómadas del gran desierto del Nafud quien, finalmente, me atrapa.

«Divertido, le dejo hacer.

»Y ante el dócil extranjero desfilan diez alfanjes y una docena de dagas curvas, todos desenterrados —"¡que Alá me corte la mano izquierda si miento, señor!"— en las ardientes arenas de los Cuernos de Hittin. Todos con certificado de garantía. Todos —"¡que Alá seque mis pozos si miento, señor!"— pertenecientes al glorioso ejército musulmán que derrotó a Ricardo Corazón de León.

»Y admirado por la excelente representación accedo a comprar una de las oxidadas y cortas dagas. Más que el arma, me atrae la funda, forrada en una venerable tela azul tormenta.

»Y surge la sorpresa.

«Atraído, quizá, por el puñado de dólares que, imprudentemente, muestro a la hora de pagar, el sagaz beduino me retiene. Y dulce pero firmemente me arrastra hacia la trastienda del bazar. Y cuchichea algo que no termino de entender. Mejor dicho, que no quise entender.

«Una vez frente a la nueva e inesperada "mercancía", los ojillos del tunante chispean codiciosos. Y una sonrisa de complicidad arruga más, si cabe, el pergamino de su rostro, dejando al aire una dentadura en pleno naufragio.

»—¿Cuánto ofrece, señor?

»La pregunta es reforzada con el signo internacional del dinero.

»—¿Cuánto?

«Los dedos de aquel saurio bailan a un palmo de mi cara y de mi perplejidad.

»—Cien dólares, señor... Buen precio.

»No supe reaccionar. ¿Le insultaba? ¿Denunciaba a semejante carróñelo?

»—Última oferta, señor. Yo cambiar por cámara fotográfica.

«Atónito me inclino hacia la "mercancía".

»—Buena compra, señor. No lo dude. Fije usted el precio.

»Y al aproximarse, la niña, de apenas doce años, palidece. Y en su mirada, color miel, se alza el terror, rígido como una cobra.

«Supongo que mi angustia flota todavía en el sol y sombra del bullicioso mercado kuwaití.»

LOS HOMBRES DE COLORES

Kuwait

Mi querida niña:

La triste anécdota vivida en el zoco confirma lo que ya te adelanté: la Providencia, empeñada en hacernos aprender, va colocando al hombre como un peón en el tablero de ajedrez. Las mil y una experiencias que le aguardan deben ir llenando la botella de su vida. Y cuanta más información, más poder y sabiduría.

En este caso, la lección recibida por tu padre tiene mucho que ver con otro problema no despejado aún por la Humanidad: la desigualdad.

De esto quiero hablarte. Y apuntando más alto, de la vergonzante discriminación que, como mujer, tendrás que padecer. También en este doloroso asunto observarás cómo la posición del club *es radicalmente contraria a la que impera en el mundo.*

Y empezaré con otro cuento, fantástico en apariencia. Sólo en apariencia...

Veamos:

«Sucedió en un tiempo lejano. El buen Dios quiso que aquel planeta azul fuera habitado. Y dio forma, a su imagen y semejanza, a un hombre y a una mujer, enteramente transparentes. (Como sabes, Dios es transparente.)

»Y conforme a sus planes —también sabes que le encanta inventar—, la pareja tuvo seis hijos. Pero, invento curioso, ninguno era transparente. Aquello confundió a la familia. Cada hijo, para colmo, presentaba una piel de diferente color. (Dios no lo puede remediar: Es un guasón.)

»El mayor era rojo. El segundo, anaranjado. El tercero, azul. Y los tres restantes, verde, amarillo y violeta, respectivamente.

»Y los hombres de colores fueron derramándose por el mundo, conquistando tierras y mezclándose entre ellos. Y fue así como aparecieron otras razas, también de distinto color. Una de ellas, por ejemplo, tenía la piel negra. La última, en cambio, era blanca.

»Y ocurrió que el blanco, con los siglos, terminó dominando el planeta. Y cruel y despiadado fue aniquilando y esclavizando al resto de los pueblos.

»Y llegó, incluso, a fabricar toda clase de dioses. Blancos, naturalmente.

»Hasta que un día, de esto hace unos dos mil años, ese buen Dios (no me explico de dónde saca tanta paciencia) echó un vistazo y, temiendo que el "experimento" se le fuera de las manos, cortó por lo sano. Y envió a uno de sus Hijos, con él fin de aclarar la "broma". Y comentó para sí: "Lo pintaré de blanco. Y vivirá entre los blancos. Así será escuchado sin problemas."

»Y su voz, en efecto, fue oída. Pero los dueños del mundo —blancos, claro está—, temiendo perder el poder, lo prendieron, torturaron salvajemente y crucificaron.

»El buen Dios, sin embargo, no pestañeó. Y es que, como comprenderás, se las sabe todas.

»Y tirando del "as" que escondía en la manga, se marcó un "farol":

»Al tercer día de su muerte, el Hijo volvió a la vida. Y fue a presentarse en medio de los blancos, pero con un cuerpo "transparente".

»Y cuentan las crónicas que, desde aquella memorable partida de cartas, los hombres de colores han recuperado la memoria. Y saben de su origen y de su feliz e inevitable destino.»

Me parece, querida hija, que está clarísimo. Ésa es, justamente, la filosofía del club *respecto a la igualdad entre los hombres. La desigualdad, la esclavitud y la discriminación son la consecuencia de*

un «olvido». Una pérdida de memoria que, a pesar de lo optimista y bien intencionado del final del cuento, seamos sinceros, todavía perdura. ¡Y de qué forma!

Pero el mensaje, eso sí, fue entregado realmente. Lo que ocurre es que, por hache o por be, yace sepultado bajo cúpulas bien conocidas. Y para enredar aún más la madeja, algunos se han encargado de maquillarlo, presentando la visita de aquel célebre Hijo como un generoso gesto de salvación y redención del género humano. Como si el buen Dios, torpe y despistado, tuviera que «remendar» su propia obra. En mi opinión, ese mensaje, como refleja el cuento, era mucho más lógico y reconfortante.

Abusando de tu paciencia lo «traduciré» a imágenes:

Imagina un gigantesco sol. De él saltan, sin cesar, infinitas llamaradas. E imagina también que ese inmenso astro incandescente es el mismísimo Dios.

Y un día, esa colosal fuerza decide crear una criatura llamada hombre. (Para ese acto no tengo explicación... todavía.)

Y Dios, siempre económico, elige una fórmula magistral:

«Aprovecharé mis propias llamaradas.»

Y dicho y hecho.

Y nos fue creando uno por uno. Con nombre y apellidos. Y a cada individuo le fue regalando una de sus llamitas. (No me preguntes cómo lo hace, pero lo hace.)

Y así fueron apareciendo millones y millones de mujeres y varones, todos con el obsequio de la pequeña llama en su interior. Todos —físicamente— eran y son «minisol». Todos, en suma, son —físicamente— hijos del Gran Sol. Todos —agárrate— son, en consecuencia, físicamente «hermanos».

Y al morir, esa chispa queda libre e inicia una maravillosa carrera de vuelta hacia su verdadero origen: el Gran Sol. (Ya te dije que Dios es un guasón.)

Fin del mensaje.[1]

El Maestro, por tanto, fue un «recadero de lujo». Un mensajero oportunísimo que quiso refrescarnos la memoria: en tu alma parpadea algo así como la llama de un mechero. Y esa llama —¡qué gran tipo él Creador!— es un pellizco de Él mismo.

¿No es esto, mi querida niña, un regalo de campanillas? ¡Que no me hablen de salvación ni de redención! Tú y yo somos HIJOS FÍSICOS DE UN DIOS. Y ese Padre, ¡pobres de nosotros!, no condena ni salva. Sencillamente regala.

Lo malo, como te decía, es que este fastuoso mensaje ha sido deformado o, lo que es peor, olvidado. Y al perder la memoria de nuestra verdadera naturaleza, hemos caído en el foso de la injusticia. Porque eso es, hablando claramente, la desigualdad. Una injusticia dramática, teniendo en cuenta que los hombres de colores son, en realidad, originalmente «transparentes». Es decir, iguales.

Para los que han descubierto él tesoro que trato de comunicarte, él reconocimiento de ese único origen facilita las cosas. Por tanto, toda esclavitud, tiranía, diferencias de clases discriminaciones y desprecio son rechazados y calificados de «error estúpido». Y te diré más. Si te fijas, al margen de la cuna común, todos los seres humanos son superiores a ti y a mí, en algún sentido. (Te lo dije: Dios no para de «inventar».) Hasta los más débiles, desgraciados, ignorantes o sangrientos disfrutan de alguna cualidad que los ennoblece y que para nosotros quisiéramos...

Pero no pretendo entristecerte. Aunque no lo creas, soy un optimista incurable. Y sé que, en su momento, ese mensaje que yace medio enterrado en el polvo del camino será rescatado. Y la Humanidad quedará deslumbrada.

¿Comprendes ahora por qué te escribo? ¿Comprendes mi desolación cuando aquel beduino quiso venderme a la niña?

Te señalaba también, al principio de esta carta, mi deseo de profundizar en otro problema que se agita en la misma olla de la desigualdad y que, sin embargo, a los del club *nos parece que debe ser «cocinado» aparte.*

Como mujer ya lo has empezado a sufrir. En muchos aspectos, dice él hombre blanco, eres una ciudadana de segunda. Pues bien, en mi opinión, la viejísima discriminación que soporta la mujer —poco importa el color— tiene unas raíces que, aunque emparentadas igualmente con él fatal olvido de la cuna común, se adentran en otros terrenos, tan refinados como blasfemos. No se trata, únicamente, de desprecio o de reducir a la mujer a un ser inferior. Para la gente del club, *insisto, el pecado es más siniestro.*

Con dos pinceladas me entenderás.

Miedo.

Primera gran razón que empuja al hombre a mantener a distancia al sexo opuesto. (Te aseguro que no desvarío.)

El varón sabe que la mujer, en cualquier época y *lugar, goza de más inteligencia, sentido común, sutileza, valentía, tenacidad, imaginación, fe y capacidad de amor de lo que él pueda lograr. Hablo, naturalmente, en general. Y eso, querida niña, resulta insoportable. Y él vanidoso representante masculino, en lugar de reconocer tan espléndida verdad y unir fuerzas, opta por «huir hacia adelante», invocando toda suerte de falsas excusas. Incluso, astutamente, ha sido capaz de retorcer la palabra de Dios, afirmando que esa «inferioridad» está dictada en los libros sagrados. La sofisticación (palabra que significa falsedad)[1] es diabólica. Y es que no hemos comprendido que hombre y mujer forman una balanza- Si se desequilibra, perdemos todos.*

Desconocimiento de la divinidad.

Segunda razón. Y la más injuriante para todos, incluido el hombre. Me explico.

Dios —no te asustes— tiene más de Madre que de Padre.

Sólo así cabe comprender que haya rizado él rizo de su propia creación, dando vida a una criatura —tú— que habla con la mirada y con él silencio.

Una criatura capaz de guiarse, no sólo por las leyes, sino, sobre todo, por los sentimientos.

Una criatura que mezcla, como nadie, la dulzura con la razón.

Una criatura cuya sonrisa hace estremecer templos y doctrinas.

Una criatura a quien —como al buen Dios— le sobra tiempo.

Una criatura cuya generosidad le permite ser «dos en uno».

Una criatura —la única— que inventó el beso.

Pero él estúpido varón no sabe y no contesta.

¿Comprendes ahora la rabia de la gente del club *cuando se arrincona a la mujer o se la tacha de ciudadana de segunda?*

Recibe un millón de besos. Y gracias por ser mujer.

[1] No exactamente. El mensaje, en realidad, tiene dos partes. La segunda, de la que te hablaré más adelante, directamente relacionada con el «regalo de la llama», es el colmo de la bondad divina. Siento dejarte con la miel en los labios, pero el asunto se las trae y conviene tocarlo con amplitud. Una pista: el «negocio» tiene que ver con algo que, probablemente, ni siquiera te has planteado. ¿Te gustaría ser inmortal? De nuevo, disculpas. (Nota del malvado de tu padre.)

NUEVA DELHI

EL INSTANTE JUSTO Y EL LUGAR ADECUADO

India sin límites. India limitada por la miseria. India, paradójicamente, ilimitadamente feliz.

No puedo borrarlo de la pizarra de los recuerdos. Sé que la India es mucho más. Pero...

¿Quién guió mis pasos?

¿Cómo fui a desembocar en aquella magistral caricatura de la vida y de la muerte? Ni siquiera recuerdo el nombre del templo. ¿O no era un templo?

Mejor así.

El taxista, servicial, se ofreció para protegerme.

—No debería entrar solo...

Agradecí su buena intención. Pero ¿cómo explicarle que no me sentía solo?

Y poderosamente escoltado por esa fuerza que siempre me acompaña dejé hacer al instinto (?), perdiéndome en el rugiente barrio artesanal de Chandni Chowk, en la Vieja Delhi.

¿Cuál es la palabra? ¿Caos? ¿Delirio?

El atardecer, oblicuo y dorado, era lo único armonioso en aquel estallido de rostros fugazmente curiosos, de maderas milagrosamente verticales, de vacas sagradas sin norte, de arena y adobe jugando a callejones y de cloacas indescifrables.

Y por encima del martilleo, del trinar de las intrépidas bicicletas, de las risas desdentadas en torno al café turco o al té inglés y del incansable volar del vocerío infantil, el canto lineal y megafónico del muecín, llamando a la oración desde el lujo consentido de una mezquita.

Turbantes blancos, cabellos espesos y de un negro petróleo, sonrisas adivinadas tras los velos, saris encendidos de sol y cabezas rapadas por la miseria fueron ofreciéndome universos de mimbre, papel y cobre.

Y con desánimo voy rechazando la fina ferretería, los muebles usados, las muñecas de trapo, el sospechoso pescado, los castillos de verduras y las jaulas de palomas.

Un minuto para la perplejidad y rodeo las flautas de los encantadores de serpientes.

Y el ánimo, como la cerveza, se viene arriba ante la danza de unas plumas que, sentadas en la piedra y por dos rupias, escriben cartas de amor, negocios o amistad.

Y de pronto, en el instante justo y en el lugar adecuado, se presenta el auténtico e insospechado objetivo de aquel intrascendente (?) paseo.

¿Casualidad?

Sonrío divertido.

En un «claro», despegándose de olores y colores, veo subir una solemne escalinata. Me recuerda los blancos dientes de una pirámide. Y en lo alto, escapando del «cuerverío» que grazna y se acicala en la maraña de cables que va y viene, el bronce, el incienso y las puertas abiertas de un templo.

Pero ¿qué son esos bultos que salpican los escalones?

Cuento medio centenar.

Me aproximo curioso.

En el «claro», el trueno de la Vieja Delhi es sólo un eco amordazado. La gente camina casi de puntillas. Con prisas. Del brazo del respeto. Un silencio-policía vigila escalinatas y templo.

Comprendo a medías.

Los fardos, oscuros y horizontales, han conquistado la totalidad de los peldaños.

Primer escalofrío. Algunos pies humanos, descalzos, asoman por los extremos. Distingo también, malamente, cabelleras desmayadas.

Zumbantes borrones de moscas caen y se levantan sobre las mantas y harapos que cubren el misterio.

Pocos, muy pocos pies se agitan ante el acoso de los enjambres.

Sigo sin comprender.

¿Qué ocurre con aquellos desgraciados? ¿Por qué se alinean en las escalinatas?

Entiendo que se trata de mendigos.

Sí y no.

La «explicación», casualmente (?), llega en forma de carromato, burlonamente motorizado.

Segundo escalofrío. Dos sombras saltan del vehículo.

Se aproximan a los bultos del primer escalón.

Los inspeccionan silenciosa y mecánicamente.

Levantan las mantas.

Tercer escalofrío. Los afilados rostros parpadean.

La observación es breve.

Las sombras dudan.

Finalmente, los cubren de nuevo.

Segundo, tercero y quinto escalones. La operación se repite.

Súbitamente, una de las sombras alza el brazo.

Y del camión se despegan dos nuevas sombras. Cuarto escalofrío. Cargan el bulto y lo arrojan en la caja del carromato. El golpe, seco e inmisericorde, me duele.

Primera y segunda sombras continúan la macabra ascensión.

Tres fardos más corren idéntica suerte.

En media hora finaliza la «inspección».

Y las sombras ingresan en el carromato, burlonamente motorizado.

Y desaparecen, pistoneando entre las protestas de los grajos.

Mañana —me informan— otros «parias», la más despreciable casta de la India, serán igualmente recogidos por las sombras.

Son los «peldaños de la muerte».

Una singular UVI, a la que acuden, por su propio pie y como cansados elefantes de la miseria, aquellos que saben que van a morir o que, simple y dramáticamente, se han cansado de vivir.

Y lo hacen con el cuerpo y el corazón desnudos. Sin nada y sin nadie. En silencio y, sobre todo, sin temor.

Quinto escalofrío.

EL «REGALO» DEFINITIVO

Nueva Delhi.

Querida hija:

Tendrá que pasar un tiempo hasta que consiga ordenar las ideas. Lo visto, sentido y aprendido en este país ha sido tan fuerte que mi alma parece una camisa chorreante. Poco a poco iré destilando tanta enseñanza.

Habrás observado cómo la nave nodriza *guía los pasos. El encuentro con el carromato me puso los pelos de punta. Y me da pie para airear otro asunto que no voy a esquivar. Quizá, en un primer momento, te arrugue el corazón. ¿Por qué hablar de la muerte cuando sólo cuentas quince años? Tienes y no tienes razón. Pero no te atormentes. Sigue mi consejo: lee estas líneas y más adelante, cuando lo consideres oportuno, vuelve sobre ellas. Entonces comprenderás.*

Mi caso es distinto. Con cincuenta calendarios, y *habiendo visto de cerca a tu «prima», la de la guadaña, uno sí se hace preguntas. Y creo haber reunido algunas respuestas. Esta información, precisamente, forma parte del tesoro que intento comunicarte. ¡Y qué información!*

Para empezar, los del club *—no te rías— no creemos en la muerte. Me explico. No la interpretamos como un carpetazo y punto final. Todo lo contrario. Para nosotros, la vida es sólo un prólogo. Con la muerte empieza la «lectura de una historia interminable».*

Los del club *hemos aprendido (otra vez las ventajas) que el hecho físico de morir es tan sólo el enésimo invento de tu Jefe. (Recuerda: Dios = inventor.) Un invento que ha sido ideado sobre dos palabras: «hasta luego.» (He dicho «hasta luego», no «adiós».)*

Tus sospechas son acertadas. Entre las enseñanzas recibidas de esa fuerza, ésta es una de las más notables y esperanzadoras. Y no voy a cansarte con los miles de testimonios de personas que han visto y hablado con parientes, amigos o desconocidos ya fallecidos. Eso lo reservo para otro libro.

¿Un invento?

Así es. Un invento, querida niña, de difícil comprensión, como tantos otros. (Yo no he podido fisgar aún en el «taller» de Dios y no sé cuál es el truco.) Pero, que la concha de nuestra inteligencia no pueda contener el océano, no significa que el mar no exista. Y, menos todavía, que el invento sea malo.

¿Te has parado a mirar a tu alrededor? Ese invento concreto de tu Jefe funciona por todas partes. Vivimos rodeados de muerte. Y la Naturaleza no parece excesivamente preocupada por ello, ni verás que se vista de luto.

Mueren los días, el trigo, los cometas, las tormentas, los bancos de peces...

Y todo ello, ¡genial invento!, sólo provoca la vida. Que no lo entendamos, insisto, no quiere decir que Dios haya «metido la pata». Los del club *estamos convencidos de que el «invento de la muerte», además de económico, en el caso del hombre, resulta altamente instructivo. El paso del ser humano por la vida no es una excursión. Te lo dije: estamos aquí para aprender.*

Por tanto, si Dios inventa que de la muerte de un cordero surja la vida, ¿qué crees que puede haber inventado para una criatura como tú, que lleva su apellido?

Morir, para los «locos» del club, *viene a ser como entrar en un ascensor. Si te fijas, la estrechez de estos ingenios incomoda a casi todo el mundo. Pero, en segundos, te eleva y te sitúa en «otro piso».*

Y te digo más: a Dios le aburre repetir sus «inventos». Por eso, probablemente, sólo se mueren una vez.

Morir, querida niña, para los del club, *no es otra cosa que «mudarse de casa». Y con la tranquilidad que supone no tener que cargar en la mudanza con todos los muebles.*[1]

Todo esto, me dirás, está muy bien, pero ¿por qué la inmensa mayoría de la gente no quiere morirse?

Has tocado un punto clave.

Para los del club, *esa gran verdad nace de nuestra supina ignorancia. Y ese lamentable desconocimiento conduce, lógicamente, al miedo. El ser humano, bien está, se interesa por todo. Investiga, analiza y estudia cuanto le rodea. He visto individuos obsesionados por la lucha de clases, por el agujero en la capa de ozono o por la defensa de los animales. Sin embargo, ¿quién profundiza en el conocimiento de ese obligado «paso»? La muerte, ya ves, es una asignatura pendiente. Una materia —la más notable y la única que no tiene escapatoria— para la que no somos educados. Te aseguro que si fuera presidente de gobierno obligaría a los colegios —qué digo colegios: a las guarderías infantiles— a estudiarla obligatoriamente.*

En definitiva, es esa falta de datos lo que nos agobia y aterra. No hay mayor calamidad que enfrentarse a lo desconocido sin un mínimo de información. Eso, como te digo, provoca toda suerte de fantasías, angustias y, lo que es peor, nos puede hundir en la desesperación.

Si algo me impresionó de los parias que esperaban la muerte en Delhi fue, justamente, esa abierta actitud de entrega sin condiciones. Allí no había resistencia. Ninguno se aferraba a la vida. Seguramente estaban en el secreto.

He ahí la auténtica sabiduría: morir sin temor. Podemos sentir horror —yo también lo tengo— a la forma de morir. Es lógico.

Lo que no es lógico es que practiquemos la política del avestruz con nosotros mismos.

Lo que no tiene sentido es que vivamos enterrando muertos y nadie se preocupe de por qué morimos. Claro que, ya se sabe, la muerte es algo que sólo le ocurre a los demás.

Pero sigamos con el invento de tu Jefe. Porque lo más sabroso está por decir.

¿Recuerdas que te hablé de la segunda parte del mensaje que nos trajo el «recadero de lujo»? Éste es el momento de abrir la caja de los truenos.

¿Te gustaría ser inmortal?, te preguntaba.

Pues bien, los que creemos en esa inmensa y protectora fuerza sabemos que, además de llevar el apellido de Dios, el Gran Sol ha cometido la maravillosa «debilidad» de «adelantarnos la herencia». ¡Cosas del buen Dios!

¿Recuerdas la parábola del mechero? Pues, de parábola, nada de nada...

Esa «llama» que ilumina tu interior, ese pellizco «de monja» del mismísimo Padre, viene a ser como un pasaporte. Aunque, bien mirado, la palabra no es correcta. No me gusta. Es mucho más que un pasaporte. Los del club *lo traducimos por «patrimonio». Es decir, la herencia que un padre deja a sus hijos. Un tesoro —otro invento de ese Dios que «se lo pasa bomba» regalando— que entrega por adelantado y no al final, como sería lo acostumbrado. ¡Eso es un Padre!*

¿Y en qué consiste esa herencia?

¿Qué palabra podría usar? Es tan «definitiva» que Dios se ha superado a sí mismo.

Imagina el circo de la vida. Imagina al director de pista. Va y grita: «Y ahora, el más difícil todavía...»

Pues eso. El más difícil todavía:

La INMORTALIDAD.

Creo que Dios debe sentirse profundamente satisfecho. No lo había conseguido con los gigantescos carruseles de las galaxias. Tampoco con la perfecta geometría de un copo de nieve. Ni siquiera con el tren de sensaciones de la música.

Para los del club, *desde el instante en que el Gran Padre piensa en ti, decide crearte y su «chispa» se instala en tu alma, desde ese bendito momento, querida niña, eres un ser privilegiado. Eres una criatura que jamás podrá desaparecer. Eres «no mortal». Y cuando te toque el turno, cuando se agote la*

cinta magnetofónica de tu vida, te llevarás la sorpresa de las sorpresas. Sencilla y mágicamente: seguirás VIVA.

¿Pruebas?

Dime: de entre los seres vivos, ¿cuál de ellos tiene conciencia de sí mismo? (Thor, *cuando se mira al espejo, no se reconoce. Tú sí.)*

Dime: de entre los seres vivos, ¿cuál de ellos es capaz de imaginar a Dios? (Para Thor, *nuestro perro, yo soy su dios. ¡Pobrecito!)*

Dime: de entre los seres vivos, ¿cuál de ellos piensa en la muerte? Tú, ahora, sí.

¿Comprendes la formidable trascendencia del mensaje que nos trajo el «recadero de lujo»? ¿Comprendes nuestra rabia al escuchar palabras como «condenación» o «salvación»?

Tú sabes, por ejemplo, que tus padres, por muchas barbaridades que puedas cometer, jamás dejarán de amarte. Este fenómeno es tan natural como la luz solar, que ilumina por igual y sin preguntar al jazmín y al estercolero. Pues bien, ¿quién es más poderoso y sublime?: ¿Dios o tus padres? Si tu madre y tu padre son incapaces de condenarte, y mucho menos de por vida, ¿a qué retorcida inteligencia se le pudo ocurrir la repugnante idea del infierno? Entre tú y yo, la historieta de la condenación eterna es la mayor calumnia levantada contra él Padre.

¿Salvación eterna?

Otra estupidez-

¡Ya estás salvada! ¡Eres inmortal! ¡Te han regalado la llama eterna de un Dios! Por eso piensas. Por eso te estremeces. Por eso ríes y lloras.

Estás «condenada», sí, pero a ser feliz.

Y confieso que ahora mismo, al escribirte, siento en la piel el calambre de esa fuerza que me dice que no estoy equivocado...

Querida niña, entre los «socios del club» solemos decir que lo peor de la muerte no es la muerte, sino el no pensar en la muerte. El que lo hace, el que se «entrena» para morir, sólo muere una vez-El que la ignora muere cada día.

Recuerda, pues, que para pasar al otro lado tu único «equipaje» debe ser la información y unas gotas de confianza.

Recibe un millón de besos de tu padre (con minúsculas).

' *Aprovecho para expresarte un deseo que, probablemente, en este mundo con tan escaso sentido del humor, no podréis cumplir. El día de mi muerte, en lugar de esos coches tan fúnebres (no es un chiste), me encantaría que contrataseis un camión o una furgoneta de mudanzas.*

NEPAL

LOS BEBEDORES DE TIEMPO

Nepal.

Región de Khumbu (país de los sherpas).

Monasterio budista de Thangboche.

(Texto rescatado de un cuaderno de campo.)

«... Tiene que haber una explicación...

«Thubten Dorje, el monje, ha permanecido diez horas bajo los cerezos. Lo descubro mientras paseo por los alrededores del monasterio.

«Sentado, semivestido de amanecer, con una enigmática e intermitente sonrisa, el joven aprendiz de lama no ha dejado de mirar hacia el noreste.

»¡Diez horas con la vista puesta en el noreste!

»Simulo un encuentro casual. Lo saludo. Pero él inclina cabeza y sonrisa y continúa absorto, enganchando la línea de sus ojillos al, por ahora, dorado Everest.

»Regreso al mediodía y al atardecer.

»Sigue allí, igualmente inmóvil, sereno y sonriente.

»¿Por qué el Everest?

«Curioso, me uno al arco de su mirada. ¿Qué veo?

»E1 crepúsculo de noviembre está humanizando 8.848 metros de castaños, robles, rododendros, glaciares, rocas y nubes.

La tarjeta de visita del sol amarillea. Y las Himalayas, como un aviso a la miniatura humana, rezan sus últimas oraciones vistiendo un humilde pijama dorado.

»Las flechas de hielo y piedra del Everest y de sus "escoltas" —los picos Makalu, Lhotse y Nuptse— son fotos fijas. Gritos en la pared del firmamento. La presencia de un alto poder frente a un simple monje y un insignificante viajero.

»Y semivestido de atardecer, Thubten concluye el extraño ejercicio. Se aleja. Yo diría que flota.

«Segundo día.

»Thubten Tempa, también sherpa, también monje, ha ido a sentarse entre los árboles de mostaza.

»Y envuelto en idéntico misterio ha puesto los ojos en el sureste.

»Una incomprensible felicidad estira su piel de azafrán.

»Al final de la jornada merodeo de nuevo en torno al monje, mitad fucsia, mitad cobre. Y descubro atónito cómo las sonrisas, sin aparente destinatario, son ahora un bloque de beatitud.

»Persigo intrigado la mirada de Tempa. Y me estrello en la cordillera del Kangtega y su fábrica de nubes. Helechos y bambúes son los pies de esta dama de 6.767 metros, engalanada ya en blanco-nieve para el adiós solar.

»¿Por qué el Kangtega?

«Repaso los picachos. Veo que se empujan. Discuten en azul, en plata y en oro. Se estiran, sin moverse, disputando las primeras estrellas.

»Son el poder que no puede. Son mucho más y mucho menos que aquellos diminutos monje y viajero.

»Y semivestido de paz, Thubten se alza y retorna al monasterio. Yo diría que no es de este mundo.

«Tercer día.

«Thubten Wangdi: tercer sherpa, tercer monje y tercer enigma.

«Semivestido de silencio toma asiento en las terrazas de mijo. Saluda al verde lima de la tierra, al campamento de galaxias que se desmonta y a un horizonte que se mueve, amarillo y despeinado por la niebla del noreste.

«Los ojos, rasgados y horizontales por el peso de la paz, esperan pacientes a que los picos del Amadablam se despabilen de brumas.

«Esta vez me quedo. Tiene que haber una explicación...

«Como un costalero sevillano, oculto bajo el misterio, exploro también los 6.812 metros del Amadablam, el "doble" del Gran Poder.

«Pasan las horas. En mi rostro, sin embargo, no hay sonrisas.

«Los "amadablam", parsimoniosos y obedientes al martilleo del sol y capataz, se levantan sin levantarse.

»Si fuera la Macarena, alguien tendría que gritar:

»¡A1 cielo con ella!

«Luna y alba huyen respetuosas.

»Ya está el Señor del Gran Poder en la calle-techo del mundo.

«El sol y capataz sigue mandando.

«Nuevo martilleo de luz.

»Y el imponente Amadablam camina con paso racheado y largo.

»La túnica de la montaña, con la mañana, va perdiendo el acero y el morado. Y en cada pliegue resbala un rayo de luz.

«Mediodía. El bosque echa una mano y pinta el cíngulo de madera.

«Atardecer. El "doble" del Jesús del Gran Poder inclina el rostro, amarillo y agotado.

»Y la procesión de "nazarenos" —los barutse, los chopolu y los tse— hace piña, arropando al Amadablam. Ya veo el negro ruán de las túnicas y el fuego de los cirios a seis mil metros.

»Y la luna, con razón, abre las puertas de la noche.

»Y semivestido de alegría, el monje apaga también su mirada.

»Y los extraños oteadores de montañas del Nepal siguen sentándose a la sombra del monasterio.

»Y al abandonar Thangboche pregunté:

»¿Por qué lo hacen?

»Y el monje sherpa, sonriendo, replicó:

»—A1 contemplar las Himalayas bebemos TIEMPO. Bebemos libertad.»

EL TONTO DEL «TIC-TAC»

Katmandú.

Queridísima hija:

Fue preciso caminar tan lejos y tan alto para aprender que todo se halla a ras del corazón.

Los torpes necesitamos que la nave nodriza nos sacuda, devolviéndonos a la senda que, por próxima, perdemos a cada instante.

Hoy, en la capital de este país con alma en forma de montaña, creo haber comprendido a los sabios monjes de la región de los sherpas. Sus enseñanzas son idénticas a las recibidas por los socios del club *de la mágica fe. Es más, ellos son miembros destacados de la cofradía de la Providencia.*

«Bebemos TIEMPO.»

La profundidad de la respuesta casi me ha vencido. ¿Cómo transmitirte en pocas y sencillas palabras semejante tesoro?

Lo intentaré, aunque no respondo del resultado.

Antes de proseguir aclaremos un «detalle». Ni los monjes, ni yo, hablamos del tiempo común y corriente. Nos referimos a otra clase de tiempo. Al auténtico. Al olvidado. Al grande. Al que, al «beberlo», nos hace libres, humanos y verdaderamente hijos de un Dios. Déjame que vaya desarrollando, si puedo, esta ecuación indeterminada.

Partiré de una verdad indiscutible. Tú, querida niña, has nacido en un mundo que se dice libre y que, sin embargo, es esclavo del más estúpido de los sonidos: él «tic-tac».

Lo comentaba en una carta anterior. Hoy la sociedad corre y corre. El tiempo es oro, pregonan, pero nadie tiene tiempo para nada. Estamos confundiendo a los personajes.

Para el hombre actual, el único protagonista de esta demencial película recibe el nombre de «reloj». Y no hay más actores.

El TIEMPO que decían «beber» los budistas —a partir de ahora, si no te importa, para distinguirlo, lo escribiré con mayúsculas— poco tiene que ver con ese mediocre personaje (el reloj), tan necio que sólo sabe caminar hacia adelante. Ese TIEMPO es otra cosa. Para ti, quizá, resulte todo un descubrimiento. Echemos mano de los ejemplos.

¿Cómo «veo» yo ese TIEMPO?

Imagina un inmenso océano, sin límites. Sin horizontes. Y el hombre, en la playa, contemplando las olas. Pues bien, al rítmico y matemático golpear de ese oleaje le hemos colgado una etiqueta: «Tic-tac.» Y te pregunto: ¿Son las olas el océano? Sí y no. Más bien, no.

Sigamos con los ejemplos. Juguemos con el incombustible sentido del humor de Dios. Espero que no se enfade si comparo ese TIEMPO con otro de sus disfraces. (Ya estamos otra vez con los inventos divinos.)

Sabes que a Dios le encanta disfrazarse. Generalmente lo hace de alto, de ancho y de largo. Pero también usa un cuarto ropaje: el TIEMPO.

Y así se cuela en su propia creación. (No puede remediarlo, es un cotilla.)

Y ese disfraz, ese TIEMPO, es tan increíble que casi no hay palabras para pintarlo. Se me ocurren algunas pero, seguramente, tú encontrarás otras más acertadas.

Ese TIEMPO se presenta como una invisible espuma, que lo contiene todo.

Si lo prefieres, también adopta la forma de idea —lógicamente, difícil de tocar—, sin principio ni fin conocidos.

Una tercera posibilidad (?):

El disfraz me recuerda la más extraña sinfonía. Ora muda, ora vibrante y ala que, para colmo, hemos llegado cuando ya estaba empezada.

¿Difícil de encajar?

¡Dificilísimo!

Sin embargo, lo que sí es fácil de entender es que el reloj y los calendarios sólo son la propina, los flecos, las pisadas de algo infinitamente más extraordinario. «Muletas humanas», a fin de cuentas. Muletas para unos «inválidos» que, miopes como topos, confunden al «monaguillo» (tic-tac) con el «sacerdote» (Dios disfrazado). Al inventar el reloj, querida niña, hemos intentado colgarle cascabeles a Dios. Y así vamos tirando. Esclavizados por un «monaguillo» que nosotros mismos hemos creado y que, en él fondo, ni corta ni pincha.

¿Y qué papel juega ese TIEMPO —ese Dios camuflado— en nuestras vidas?

¡Agárrate, que viene curva!

Entre las enseñanzas (ventajas) recibidas por las personas del club *hay una que, personalmente, me encandila. No sé si será cierta, pero, en todo caso, es pura poesía. Y ya sabes: la poesía es un mapa de carreteras que Dios «olvidó» en la Tierra.*

Ese TIEMPO, dicen, es un anticipo de lo que nos espera al otro lado.

El Padre —el tuyo de verdad— es tan «buena persona» (iba a escribir «bromista») que, al disfrazarse así, ha metido la eternidad ante nuestras narices. Pero ¡que si quieres arroz, Catalina! El hombre continúa adorando al necio ese del tic-tac...

¿Y cómo ver, palpar o demostrar que el TIEMPO es un aperitivo del más allá?

Interesante. Dios, que está en todo, nos ha salido «mecánico». Y al nacer, en lugar de un pan, te coloca bajo el brazo un par de llaves inglesas, imprescindibles para ese maravilloso trabajo.

La primera de estas llaves es la más simple. Puedes abrir y desguazar al mismísimo Dios (TIEMPO), observando a tu alrededor. Para que este trabajo dé resultado, tendrás que olvidar, necesariamente, al tonto del tic-tac. Si olvidas las olas, si olvidas al monaguillo, descubrirás el lujo que contiene esa invisible y gigantesca espuma: perfección, equilibrio y belleza. ¿No es eso un anticipo de la eternidad?

¿Te has entretenido alguna vez —seguro que sí— en observar (no mirar) la mirada de un niño? Eso es Dios disfrazado. Eso es TIEMPO. Eso es lo que «beben» los sabios monjes del Nepal. Sea la mirada de un niño, sean las Himalayas, sea él negro zigzagueo de las golondrinas...

Y comprendo que el arrecife que nos impide desembarcar en esta idea no es otro que ese superconcreto y lamentable concepto en el que hemos sido educados: el tic-tac. Si fuéramos capaces de separar el tiempo del TIEMPO observaríamos que el segundo es Dios, mágicamente «batido y disuelto» en la Creación.

Segunda llave inglesa (made in Dios):

La imaginación.

Cuando sueñas despierta, cuando practicas ese deporte de élite que es imaginar, entonces, sobre todo entonces, estás abriendo una ventana a la eternidad. Entonces sí puedes decir que estás «bebiendo» a Dios. Estás «bebiendo» TIEMPO. Tú misma, entonces, eres puro TIEMPO.

Imaginación = DNI humano.

Documento nacional de identidad que nos diferencia de las otras criaturas.

Dios, que practica la caridad por hobby, tuvo que sufrir un montón al privar de esta llave inglesa a los animales. (Algún día le preguntaré por qué. ¿Te imaginas él libro que voy a escribir él día que tome él tren del más allá?)

A lo que iba. La cuestión es que, con esta herramienta, tenemos acceso a su taller y podemos empezar a desmontar sus continuas «bromas». (Te lo garantizo: Dios es un cómico frustrado. Se disfraza. Se hace TIEMPO. Agarra la batidora y se auto-disuelve en lo creado. Y partiéndose de risa, supongo, te regala la imaginación para que juegues a descubrirlo.)

¿Comprendes lo importante que es manejar —y manejar bien— ese «avión a reacción», mitad poesía, mitad sueños, mitad imaginación?

Cuando un niño juega, una hora (del tono del tic-tac) pasa en un minuto. Olvida él reloj y, sin darse cuenta de la llave inglesa que manipula, penetra en el TIEMPO. «Desatornilla» a Dios. Lo descubre. Y el Cómico, encantado de la vida...

«Está —se dice— en otro mundo.» Ya lo creo...

Y te pregunto: ¿no será ese mundo (TIEMPO), infinitamente benéfico, él verdadero hogar o morada que nos reserva tu Padre? ¿Qué tiene que ver este TIEMPO con el ridículo tiempo del reloj, iluso roedor de un Dios «batido» y hecho «espuma, idea y sinfonía»? Aquel TIEMPO llena. Puede «beberse». Es información. El del tic-tac vacía.

Y al final, ya lo ves —a veces me miro al espejo y tengo cara de tornillo transmisor—, hemos ido a parar a la CURIOSIDAD y a la IMAGINACIÓN. Dos tesoros casi olvidados por una Humanidad que se empeña en rendir culto a un «monaguillo». Dos problemas concretos que te afectan y que no podía dejar de incluir en esta particular herencia.

El mundo, en especial los niños y jóvenes, ha sustituido la «cocina casera», deliciosa y nutritiva de la imaginación, por la «comida rápida», fría e insípida, de las imágenes «enlatadas».

Fabrica CURIOSIDAD.

No te ruborices. Dios es el primer y más notable curioso conocido. Ha metido la nariz en el átomo y en los remotos cometas.

Pero, por encima de todo, querida hija, juega a IMAGINAR.

Navega hacia dentro y hacia afuera, soñando. Ábrele un «boquete» a Dios.

Sólo la IMAGINACIÓN es más poderosa que el poder. La sabiduría es muy recomendable, pero, como creo haberte mencionado, ¿de qué le serviría a Dios tanta enciclopedia, estadística y método científico si no fuera imaginativo?

Hazme un favor: olvida el tic-tac. Soñar es ganar TIEMPO. Recuerda siempre a los monjes sherpas: diez horas (sin horas) IMAGINANDO. Diez horas (sin tic tac) frente a las Himalayas para ser libres. Diez horas (sin tiempo) asomados al TIEMPO. Diez horas (burlándose del «monaguillo») practicando él nada fácil ejercicio de «ser humanos».

Prueba a explorar ese TIEMPO. Desafía al tonto del tic-tac. Descerraja la memoria. Comprobarás que los recuerdos no llevan reloj. Escucha el corazón. Tampoco hace tic-tac.

Los «locos» del club, *mal que bien, vamos aprendiendo que el tiempo (con minúsculas) es sólo un «acomodador». Lo que interesa es la «película», el otro TIEMPO.*

Huye, pues, de las prisas. Son una bofetada a la vida. ¿Por qué correr? ¿Por qué mal-vivir encadenados a una máquina que sólo sabe contar y cantar hasta doce?

La luna está ahí arriba antes que nosotros y jamás ha demostrado la menor prisa. La Providencia es una enferma de la puntualidad. Parece inglesa. Sin embargo, ¿la has visto correr alguna vez? ¿Imaginas el Gran Cómico Cósmico con un reloj de pulsera, agobiado por él «tonto del tictac»?

La prisa es un vicio moderno que practican y padecen aquéllos que no piensan, que no imaginan, que no son curiosos. La Naturaleza, en ocasiones, es rápida, pero nunca estúpida. ¿Crees que un lobo comete la torpeza de agotarse con cinco cacerías en una mañana?

Ser rápido, eficaz y diligente puede compararse con un hombre sereno. La prisa, en cambio, se asemeja a un borracho. Es difícil que no meta la pata.

No lo dudes: esclaviza al necio del tic-tac. Gobiémalo. Que te sirva. No le sirvas. Ten presente que sólo es un cabo a las órdenes de un General. Será entonces, al aprender a «beber» TIEMPO, cuando esa fuerza izará ante ti la bandera de la eternidad. Una bandera en la que ondea un inesperado escudo: un reloj sin agujas.

(Un estúpido tic-tac humano me grita que debo terminar esta carta. Y como los monjes del Nepal sonrío, lo olvido y me meto en el TIEMPO, imaginándote.)

Un beso y un millón de «recuerdos».[1]

[1] *Cuando puedas, no hay prisa, pasa esta carta a tus hermanos. En realidad, va dedicada a todos ellos. Las llaves inglesas están en el bolsillo del alma. Recuérdaselo a Iván, que es el más despistado. (Nota del Mecánico.)*

TOKIO

UNOS «INQUILINOS» COLGADOS DE LA PARED

La poderosa fuerza que siempre me acompaña es así. Se ríe de ella y de mí. Su control es tan exquisito, tan femenino, que deja hacer y planificar..., hasta que uno cambia la madera por el acero.

La reflexión viene a cuento de otra «trastada», ocurrida ayer mismo. Un guiño de la Providencia, tan habitual ya en mi vida, como esa calderilla que tintinea en la chaqueta y que siempre nos saca de un apuro.

Había programado una anécdota. Hasta anoche misino, en mi mente flotaba un singular suceso. Un imposible encuentro, vivido por mi buen amigo Albert Schommer, en la galaxia de ocho brazos del metro de Tokio.

Había subrayado, incluso, algunos de los párrafos de la historia, afortunadamente «a flote» en otro de los cuadernos de bitácora. Palabra más, palabra menos, el relato decía lo siguiente:

«... Entrando en el hotel, el New Otani, Schommer me hace un comentario: conoce a un japonés. A uno solo en todo Japón. Es fotógrafo como él. Le encantaría saludarlo, pero —dice— ignora su dirección y teléfono.

Pronuncia su nombre que, lógicamente, me suena a chino.

«Inconscientemente —ahora ya no estoy tan seguro—, en lo más íntimo, deseo que Schommer encuentre a su amigo. Ahí termina la primera parte de esta casi insignificante secuencia.

»Dos días después, olvidados comentario y deseo, sin otra aspiración que curiosear, Albert y yo tuvimos la infantil ocurrencia (?) de descender a los sótanos del gran hormiguero vertical de Tokio.

«Elegimos (?) la estación de metro más próxima al hotel: Akasaka-Mitsuke, en la confluencia de papel de las líneas roja y marrón.

»Por aquello de la emoción, en plena hora punta.

»¿Dirección? Schommer se encoge de hombros. Y deja actuar a mi instinto (?).

«Embarcamos en la roja. Quizá porque nuestras respectivas vistas no están ya para frivolidades de tono menor.

«Entre las ocho galerías de estas "catacumbas" de aluminio y cristal cuento más de 170 estaciones.

«¡Qué locura!

»E1 número de viajeros, a esa hora punta, supera el millón. Una disciplinada masa de ciudadanos, fervorosamente pegada a otro millón de libros y periódicos.

»E1 bueno de Albert alucina. La marea amarilla nos envuelve. Nos arrastra. Nos asfixia.

«Descendemos en un extremo de la "galaxia". Ya hemos visto bastante.

»En cinco minutos aparece otro "relámpago de metal".

»Las puertas resoplan.

»Y el *subway* arroja al andén una ola de libros y periódicos, disciplinadamente cerrados y plegados.

«Schommer —que dice no creer en la *nave nodriza*—, se estremece.

«Frente a él se materializa su amigo, el fotógrafo.

»—¡Imposible! —clama mi compañero.

»—¡Imposible! —clama el nipón.

«Servidor, divertido, sonríe...»

No recuerdo nada más. Anoche mismo, como digo, la Providencia debió trastear entre mis papeles. Y el cuaderno de campo desaparece (?) misteriosamente. Y con él, el nombre del fotógrafo japonés. Y mientras macheteo con desesperación en la jungla de los archivos (no he querido molestarte de nuevo, querido Schommer) una tarjeta de visita resbala (?) entre las carpetas.

«Mr. Nagamune», reza el texto, en inglés y japonés.

Y la *nave nodriza* me pasa un fax de urgencia. Y en mi memoria resucita otra anécdota, más ajustada a lo que intento transmitirte, querida Tirma.

Dios acaba de tocar el timbre de la puerta. Una vez más se ha hecho «calderilla» y suena muy oportuno. Y dócil me olvido del increíble encuentro en el metro de Tokio. Otro día te lo contaré. Y te hablaré también de por qué me da miedo desear algo...

Mr. Nagamune.

He aquí al conductor de una pequeña y también, en apariencia, intrascendente historia.

Veamos.

«Aquella mañana —otra vez la curiosidad— solicité permiso para visitar el último grito del progreso y la tecnología: el Centro Nacional de Detección de Terremotos de Japón. Ya sabes, cosas mías...

»No me equivoqué.

»E1 profesor Nagamune, con franciscana paciencia, fue mostrándome un edificio, orgullo del saber humano.

«Allí observé la fibra óptica, haciendo de "mensajero" y jugando al escondite con el "ojo estratosférico" de los satélites.

«Allí me presentaron a la madre computadora —¿de sexta generación?—, preparando un "sofrito" verde fósforo con millones de *bits.*

«Allí asistí a la "consulta" del padre láser —"tarotista" de seísmos—, echando las cartas a las 1.042 islas del gran Japón.

«Allí contemplé la incansable "estilográfica" de los sismógrafos, levantando acta, como notarios de alambre, de la respiración de la Tierra.

«Horas después, borracho de ciencia, abandonaba el lugar.

«Nagamune me acompañó hasta la salida. Y casi a las puertas, en la penúltima sala, "algo" me retuvo. (La "nave nodriza" y su guinda.)

»En la estancia, casi de juguete, no centelleaban las máquinas. Asombrosa excepción.

»Un científico, eso sí, sentado tras una modesta mesa de madera, vigilaba las paredes. Precisemos: vigilaba a los "inquilinos" que colgaban de los muros.

»—¿Y esto? —pregunté desconcertado.

»Nagamune, al estilo de los monjes de Nepal, sonrió conmovido. Y replicó, justificando a los "inquilinos":

»—Son los primeros en enterarse.

»En una treintena de jaulas cantaba, saltaba y dormitaba una cuadrilla de jilgueros, ruiseñores, churrucas, canarios, chorlitos anillados, petirrojos, golondrinas de mar y otras aves que no supe reconocer.

»—Son los primeros en detectar los terremotos...

»Y tras una estudiada pausa, el profesor hundió la frase hasta la empuñadura.
»... son un "toque" de humanidad.»

ALGUIEN HA ROBADO EL «OXÍGENO-BIS»

Tokio.

Mi querida hija:

Un paréntesis. ¿Recuerdas aquella carta? Te hablaba de esas «extrañas cosas que nos ocurren todos los días». Poco puedo añadir, que no hayas captado ya, a los «milagritos» del metro, de la inexplicable desaparición del cuaderno de campo (en mis narices y a pesar del orden germánico que sabes me consume) y de la tarjeta de visita que cae al suelo en él momento exacto.

Lo dicho: Dios rebozándose en la harina de lo cotidiano. Observa cómo la Providencia controla, guía, gobierna y enseña. Y lo hace —la muy puñetera, con perdón— de puntillas. Ahí está el problema.

Es tan sutil y silenciosa (¿tímida?) que sólo un largo entrenamiento y unos ojos bien abiertos permiten oír el suave roce de sus zapatillas.

Cierro el paréntesis. Y ahora, hablemos del Japón.

De mi estancia en esta colosal miniatura me llevo, en la maleta de los recuerdos, una «joya» y un paquete de sensaciones, envueltos, como los quesitos, en él papel de plata del corazón. (Otra ventaja del viajero. Recuérdame que te hable de la necesidad de viajar. Los meridianos y paralelos son cañas de pescar que alimentan generosamente a quien los hace suyos.)

Pero guardemos la «bisutería» para mejor ocasión. Prefiero dedicar unos minutos a la gran lección, a la deslumbrante «joya» que he encontrado (?) en Tokio y que, naturalmente, te envío en él papel de regalo de las palabras.

Lo diré sin rodeos. Los japoneses, de quienes se murmura tanto y tan mal, me han enseñado (me han recordado) que la ciencia, el progreso y él trabajo, en los que son maestros, siempre deben llevar «apellido». En el super Centro de Detección de Terremotos, por ejemplo, ese apellido (HUMANIZACIÓN) cuelga de las paredes de la penúltima sala.

«Son un "toque" de humanidad.» A fe mía que no pudo resumirlo mejor. «Humanizar la vida.»

Éste, mi pequeña Tirma, podría ser el titular. Ésta, la «joya» que brilla con la luz propia en el cofre del que tanto te hablo.

Para tus «primos» —los del club— *él negocio está clarísimo. El mundo que has empezado a conocer, aunque te cueste creerlo, ha perdido su primer apellido. El hombre debería llamarse SER HUMANO. Pues bien, se ha quedado en SER. Y va de Expósito[1] por la vida. Pero no por maldad (la inmensa mayoría de las personas es buena), sino como consecuencia de otra lamentable amnesia. Y la sociedad en general se maquilla de egoísmo, frialdad, mentira, envidia, tacañería y bajeza. Y esa máscara recibe el nombre de «deshumanización».*

¿Me dejas que vuelva a refugiarme en las parábolas? Las ideas, así, flotarán con más soltura.

Empezaremos bebiendo de la fuente original. Abramos el diccionario divino. Recordemos por qué el hombre se apellida HUMANO y no BESTIAL o DESHUMANIZADO, por ejemplo.

Leo en el manual de Dios:

«SER HUMANO: Yo mismo (a mi imagen y semejanza), en "rodaje y calentando motores", para la carrera y el reencuentro final. (Ellos lo entenderán conforme hagan kilómetros.)

»SER HUMANO: mi propia "chispa", envuelta temporalmente en el mono de aprendiz.

»SER HUMANO: Yo mismo, caminando sobre dos piernas, permitiéndome el capricho de la sensibilidad, la justicia y el beneficio por el beneficio.»

Cierro el manual de tu Padre (él verdadero) y pregunto:

¿Qué ha pasado con nuestro primer apellido?

Observa a tu alrededor.

¿Practicamos la sensibilidad? ¿Somos justos? Mejor aún (que Dios disculpe mi atrevimiento), ¿envolvemos la justicia en la sonrisa?

¿Beneficiamos por beneficiar?

¿Qué tenemos?

Un mundo Expósito al que, a fuerza de vagabundear indocumentado, perdida toda noción de origen y destino, le ha salido piel de elefante.

Un mundo cada día más cargado de leyes no humanas que, en lugar de elevar él globo de la igualdad (hombres de colores) y del amor (pésima inversión del odio y la venganza), lo arrastra a trompicones por el fango de la deshumanización.

Un mundo que beneficia sí, pero «a cambio de...».

Ciencia, progreso y trabajo.

Lentamente, de acuerdo con el manual de Dios, irás inaugurando estos soberbios escenarios. Pues bien, recuerda siempre, querida niña, que debes moverte en ellos como los japoneses: con una «jaula de pájaros» colgada en el ánimo. Con un toque de humanidad en cada sí y. en cada no. Sin olvidar quién eres y cuál es tu primer apellido. (Recuérdame que para tu cumple te regale el manual de Dios. Aunque sólo se ha hecho una corta edición, es guay)

¿De qué te hablaba?

De la ciencia, creo...

Hoy, cuando se deshumaniza, la ciencia se convierte en un «gallinero», en una pelea de diosecillos emplumados. En un moderno mercadillo de fenicios donde se comercia con la ética y con la vida.

¡Ojo con esa ciencia «expósita»! Termina tragándose él sapo de los «mercaderes de muerte».

Esa ciencia sin apellido (sin conciencia) vende su bella virginidad por él plato de lentejas de un curriculum, por el espejear de un galardón o por la falsa moneda del poder inmediato.

Huye de la ciencia que sacrifica el noble arte de descubrir por descubrir por el todo vale con tal de publicar.

Esa falsa ciencia —pordiosera, prostituida y prepotente— es un tiro de caballos que galopa sin carro. El carro que debe manejar el SER HUMANO.

Humaniza, pues, tus aventuras con la ciencia. Sonríe al ordenador. Háblale de tú. Pero, sobre todo, métele el programa de «Por y para beneficio de todos». Ennoblece las matemáticas, la química o el latín colocándoles la pegatina de «TÚ ERES GRANDE PORQUE YO SOY HUMANA». (Arsenio, tu padrino, te dará los detalles.)

Vamos ahora con el progreso.

¡Atención a la mercancía! El actual envase dice: «caducado.» No piques. Hoy, ese «ir hacia adelante» (eso quiere decir progreso) se vende sin apellido, sin toque de humanidad, sin «jaula de pájaros»...

Y la Sociedad de Consumidores en él limbo.

Veamos.

¿Tú crees que «vamos hacia adelante»?

Progresamos (?), sí, en velocidad, pero como habrás visto, de poco sirve si, al final del «viaje», sólo nos recibe el «tonto del tic-tac».

Progresamos (?), sí, en el «sofrito» verde fósforo de las computadoras, pero ¿de qué nos sirve si encadena y recorta la libertad y la intimidad humanas?

Progresamos (?), sí, en comodidad, pero ¿por qué nos sentimos incómodos al mirar al Sur?

Progresamos (?), sí, en altura, pero ¿de qué nos sirve si muchos de esos satélites artificiales tienen que navegar con dos pistolas al cinto?

¿Es esto progreso?

¿No será que estamos empuñando un falso «ir hacia adelante»? ¿No será que el auténtico estandarte del progreso («ir hacia adelante TODOS JUNTOS») ha resbalado de nuestras manos?

¿No será que ese progreso rueda con las ruedas cuadradas del desamor, la insolidaridad y él materialismo?

¿No será, en fin, que estamos dando vida a un peligroso Frankenstein?

Humaniza, pues, querida hija, tu particular «ir hacia adelante». Cuélgale una «jaula de pájaros». Acepta el yogur del progreso sólo si presenta la garantía de «todos para uno y uno para todos».

Trabajo.

Esto sí que es nitroglicerina...

Veamos si puedo manejarlo sin volar por los aires.

Aquí, además de asistir al desfallecimiento de un apellido (HUMANO), estamos soportando un robo.

Pero antes de «menear el frasco», la «nodriza» me pasa un fax con él siguiente texto:

«Érase una vez un planeta azul...

»Dios trabajó lo suyo para hacerlo habitable.

»Y se puso a imaginar cómo probarlo.

»Al final tuvo una idea diferente.

»—Esta vez —sonrió con astucia— las criaturas podrán divertirse.

»(Sobre todo Él, añado de mi cosecha.)[1]

»Y maquinó que todos los seres vivos disfrutarán de dos particularísimas características.

»(Deduzco, por tanto, que hay otros planetas más aburridos.)

»Inventó en primer lugar (ya estamos...) que las criaturas de ese mundo se movieran hacia adelante. Por supuesto, cada familia a su gusto: las aves volando, los peces nadando, las lombrices perforando, las fieras al paso, trotando y galopando y el hombre, en fin, caminando o ala carrera.

»Al rematar la faena Dios tuvo que contener la risa. Aquéllas criaturas, en efecto, fueron programadas para avanzar en una sola dirección.

»(No termino de verle la gracia pero, ya sabes, Dios iba para cómico.)

»Y regresando al taller discurrió el segundo invento: en su imaginación dibujó un hierro candente, con el que "marcar" a todo lo creado. En el extremo de ese hierro se leía la letra T.

»Bajó, pues, al planeta azul y, hierro en mano, hipnotizó previamente su obra.

»A continuación dejó su "huella" en la Naturaleza, sin olvidar al ser humano.

»Y su voz retumbó de nuevo:

»—A la cuenta de tres, ponte a trabajar.

»Y así fue. En su sitio, y a manera, hombres y mujeres, animales, selvas, océanos, vientos y volcanes iniciaron una frenética actividad (TRABAJO), que aún dura.

»(Toda una "broma" pesada, si se me permite.)

»Y dicen que el Gran Cómico Cósmico no ha dejado de reír desde aquél histórico "chasquido" de sus dedos.»

Fin del cuento.

Chistes aparte (ahora voy en serio, creo), ¿a dónde quiero ir a parar?

Pensamiento de los socios del club respecto a esa famosa T:

Para nosotros es otro inteligente capricho divino. Al igual que el «caminar hacia adelante», lo interpretamos como un soberbio «gol» (superior a los de Zarra y Marcelino), que ha puesto en pie al graderío de los universos y de los ángeles. Los adictos a la mágica fe *lo describimos como un sagrado «empujón», simultáneo al primer «paso hacia adelante».*

Dicho de otra forma:

Dios ha fabricado dos tipos de oxígeno. Uno lo ha diluido en el aire y nos permite vivir. El segundo, igualmente invisible, lo ha dejado caer sobre el espíritu de lo creado. Y nos permite VIVIR.

Conclusión matemática:

El TRABAJO no es una maldición bíblica. Es «oxígeno-bis». Es el distintivo (el hierro) de la casa de Dios.

Despejada esta importante incógnita, aclarado que el TRABAJO no es un invento humano (aunque, como siempre, el hombre ha robado la patente a Dios), auscultemos al «monstruo».

¿Qué ha sucedido? ¿Para qué el TRABAJO emite esos preocupantes sonidos? ¿Por qué escasea? ¿Por qué se ha convertido en el manicomio de nuestro tiempo? ¿Por qué ha perdido él primer apellido?

¿Recuerdas la amnesia? ¿Recuerdas al mundo, «expósito», por la vida?

Pues eso. Por ahí debemos empezar la exploración del «monstruo». El hombre ha extraviado su partida de nacimiento. (La palabra «extraviar» siempre sugiere la posibilidad de encontrar lo perdido.) Y en ese papel, Dios ha escrito con pulcra caligrafía: «El oxígeno-bis es tuyo.» O lo que es lo mismo: él TRABAJO («oxígeno-bis») es de propiedad pública. Y debe ser utilizado para VIVIR. Es decir, para caminar hacia adelante. Para caminar hacia uno mismo.

El conflicto aparece porque unos pocos —o unos muchos— se adueñan del «oxígeno-bis». Y con un «morro que se lo pisan» (la ignorancia es audaz) lo venden, lo explotan o lo esconden. Es entonces, querida niña, cuando el orden se altera, cuando sufrimos la tiranía, la esclavitud o el desempleo. ¿Qué pensarías si los poderosos (los de siempre o los de turno) decidieran repartir el otro oxígeno (el del aire) a su antojo?

Tanto él oxígeno, como él «oxígeno-bis», nunca faltan. El planeta es inmenso. Está todo por hacer. Y Dios no es un chapuzas. Como «jefe de mantenimiento» de la creación, además de emplear materiales de primera calidad, «está siempre al loro». Cuando construye, fabrica o inventa, lo hace en plan norteamericano: a lo grande. Que yo sepa, él libro de reclamaciones de su empresa sigue en blanco. Es a otros colegas nuestros a quienes tenemos que reclamar. Olvida, pues, la palabrería de políticos, gobernantes y demás «ladrones de oxígeno-bis». Las crisis económicas son excusas y montajes de esos «traficantes». El TRABAJO desaparece (?) de nuestro entorno porque a esa colección de «magnates» le interesa beneficiarse, en exclusiva, del «oxígeno-bis». Si cada ser humano escribiera en la puerta de su corazón: «No pises el césped (el TRABAJO); propiedad pública», otro gallo nos cantaría.

Y es en ese atraco, al apoderarse del botín del TRABAJO, cuando, para mayor desolación, el SER HUMANO vuelve a perder el primer apellido. Es inevitable. Si alguien roba un bien público, sus trapicheos terminan provocando toda suerte de conflictos, injusticia y dolor. En otras palabras: la deshumanización se instala como un cáncer.

Para humanizar él TRABAJO, para que vuelva a ser un bien común, conviene primero que recobre su sentido inaugural: «oxígeno-bis». Empujón divino. Un derecho. La gran característica. El hierro que distingue a las criaturas de la casa de Dios. El resto, desenmascarados los «ladrones», es tan natural como caminar «hacia adelante».

Ésta, querida hija, es la lectura que hacemos los «locos» del club *de la actual situación. (Como podrás apreciar, el buen Dios sigue filtrándose por los renglones de estas cartas. Allá Él...)*

Pero no todo se ha perdido.

Alguien, fiel al manual divino, está en condiciones de orientarnos y ayudarnos. Alguien que empezó esta maravillosa aventura de la vida al mismo tiempo que nosotros. Basta con mirar y copiar. Ese alguien, ya lo habrás adivinado, es la Naturaleza.

Ella fue hipnotizada y marcada exactamente igual que él hombre. (El cuento de la nave nodriza *tiene algunos errores. La Naturaleza tomó la salida un poco antes.) Ella cumple las dos consignas: camina hacia adelante y trabaja.*

Ella respira los dos oxígenos. Pero jamás la verás esclavizando, comerciando o regateando ninguno de los dos.

Ella, para nuestra vergüenza, sí luce él apellido HUMANA, aun sabiendo que no lo es.

Ella no roba. Nunca verás que él invierno «trampee», arrebatándole él color a la primavera. Nunca verás a las hormigas en la cola del paro. Nunca verás a los búhos (ni siquiera a los de tu colección)

consultando las ofertas de trabajo de los periódicos. Nunca verás a los árboles frutales, al rosal o a las cosechas respondiendo desde una ventanilla: «Vuelva usted mañana.»

Ella, más científica, progresista y trabajadora que nadie, mire usted por dónde, es la «jaula de pájaros» de los japoneses.

Si quieres ser «humana», querida hija, mírate en la Naturaleza. Cópiala. Y que esa «chuleta» te acompañe en todos y cada uno de los exámenes que te reserva la vida.

Sé humana, como ella, no por obligación, sino por cuna. Por lealtad a tu apellido y a tu origen divino. Sé humana por derecho.

Sé humana en todo y con todos hasta que el Gran Cómico vuelva a chasquear los dedos.

Si hablas, hazlo humanamente. Sin envidia. Como las flores: perfumando.

Si tocas, hazlo humanamente. Sin egoísmo. Como la brisa: acariciando.

Si escuchas, hazlo humanamente. Sin frialdad. Como tu fiel perro: con los cinco sentidos.

Si trabajas, hazlo humanamente. Sin mentiras. Como la semilla: beneficiándote para beneficiar.

Si amas, hazlo humanamente. Sin regateos. Como el sol: iluminando sin favoritismos.

Si juegas, hazlo humanamente. Sin tacañería. Como el oleaje en la playa: inundando.

Si lloras, hazlo humanamente. Sin vergüenza. Como las estrellas fugaces: iluminando con su dolor.

Si ríes, hazlo humanamente. Sin fronteras. Como la primavera: contagiando de poniente a levante.

Si sueñas, hazlo humanamente. Sin medida. Como el delfín: que imagina ser hombre.

Si piensas, hazlo humanamente. Sin olvidar la chispa interior. Como él buen Dios: regalando.

Estos «diez mandamientos», como sabes, se encierran en uno:

«Sé humana por Naturaleza.»

Recibe un millón de besos... humanos.

1Tranquila. Deja el diccionario en paz. «Expósito» = apellido «amañado», (Interpretación libre de tu padre.)

[1] Lamento los paréntesis. No he podido contenerme.

WASHINGTON

1.600 PENNSYLVANIA AVENUE

Anotaciones en un cuaderno de campo en el que, al parecer, (?) la Providencia no ha trasteado:

«... Esta vez puedo presumir. (?) El "éxito" ha estrechado mi mano. ¡Qué digo el éxito! ¡El "triunfo" hecho carne! ¡El gran vencedor, con su capa de gloria!

»Ese triunfador recibe el título de señor presidente. Lugar: 1.600 de la avenida Pensilvania, en la capital federal de Estados Unidos. Sarcásticamente conocido como la Casa Blanca.

»Un triunfador a veinte metros. Más que observar, lo devoro. ¿Y qué veo?

»Viste alpaca azul-poder. De mil dólares no baja.

«Diría que trae puesta una de las caras del actor consumado.

»Se mueve según guión.

»La moderna cirugía también ha triunfado en él, estirando y achicando —según se mire— sus setenta años.

»E1 márketing ha consentido un par de insinuantes patas de gallo. Parecer humano también vende.

»Tez bronceada en invierno, de acuerdo igualmente con el guión.

»Sonrisa en automático que, además, permita admirar las restauradas fauces del tiburón.

»Y alrededor, más trajes azul-metralleta. El último, más alto que el anterior. Hablan solos y hacia adentro. Sus oídos escupen cable. Es el teléfono con la oscuridad. Americanas abiertas. Gafas de sol, con intenciones que sólo puedes adivinar. Esas miradas —las que no acierto a ver— son, justamente las únicas de fiar en este teatro.

»El triunfador termina su discurso. Ha invocado la paz. Y las manos, maquilladas, doblan el guión. Aplausos igualmente maquillados. Todos y todo elogian al triunfador. Incluso el césped verde-vacío. Incluso los tulipanes, en formación roja y amarilla. Incluso los cañones ceremoniales, que retroceden avergonzados. Incluso el caballo del general Jackson, levantando las manos desde su inmovilidad de bronce. Incluso el propio Jackson, sombrero en mano, según guión.

»Y el triunfador —sonrisa en punto muerto— guarda el reclamo en el bolsillo azul-poder.

»Por más que miro, sin embargo, no veo que la paz se acerque al triunfador. Vuela —como el punto sobre la i— lejos de la Casa Blanca. Es incomprensible. El éxito, con su traje todo-dólar, con su sonrisa en amarillo-mentira, con sus gafas en negro-vigilante, con sus cañones en blanco-pólvora, con su general Jackson en bronce-comedia, no ha sido capaz de atraer a las palomas, que escriben de paz al otro lado de la verja. Cielo con cielo, como si dijéramos, con el triunfo.

»Y me pregunto por qué.

»Vencida la mañana, el éxito estrecha de nuevo las manos, según guión. Y regresa a su triunfadora soledad. Y el protocolo —mayordomo del éxito— nos muestra la salida. Y la Casa Blanca se queda rumiando su márketing. »Fuera, frente al 1.600 de la avenida Pensilvania, no hay triunfo. Y el pico de piedra del monumento a George Washington se ríe de mí. También es significativo que el obelisco del éxito se levante en la loma del Malí. »Una vez más me equivoco.

«La avenida de Pensilvania me reserva una edificante sorpresa. Las palomas —blanqueando el horizonte— lo habían anunciado.

»La Providencia da el alto. Me detengo conmovido y comprendo.

»Frente a un banco, las escritoras de paz aletean, se empujan y disputan por un insignificante personaje.

«Observo —lo devoro— con ternura.

«Viste el traje usado de la jubilación: gris alpaca del que nada puede.

«Diría que trae puesta la cara de hombre.

»Se mueve sin guión.

»E1 tiempo —cirujano-escoba— no ha perdonado, arrugando y arrugando, según se mire, sus setenta años.

»Por aquello del márketing divino, todo el rostro es una pata de gallo. Un guiño que recuerda que, sobre todo, es humano.

»Tez bronceada por la libertad.

«Sonrisa —siempre en "manual"— que no vende nada.

»Y en un extremo del personaje, unas manos desmaquilladas por el trabajo que sólo han conocido el éxito por los periódicos.

»Y entre los dedos, unas migajas de pan, cálidamente desmigado.

»Y la paz, agradecida, aplaude el discurso, picoteando en blanco y negro.

«Al alejarme hago mío el aviso.

«Hoy, en Washington, la Providencia me ha presentado el éxito y al ÉXITO.

EL «FANFARRÓN» DE LAS MINÚSCULAS

Washington.

Queridísima hija:

Doblo la página del tesoro (de tu herencia) y echo cuentas sobre otro asunto que, en breve, te rondará como un novio:

El éxito.

¿Es bueno? ¿Debo recomendártelo? ¿Por qué cierro la anécdota vivida en la avenida de Pensilvania mencionando dos tipos de triunfo?

Pensarás que me encanta retorcer las cosas. Nada de eso. La gente del club *es cinturón negro en claridad. El bisturí de la experiencia —algún día lo manejarás— debe ser usado bajo los focos de la verdad y con un solo propósito: sajar la oscuridad.*

(Disculpa un instante. La nave nodriza *repiquetea de nuevo.)*

Es otro fax. Lo arranco de la máquina de la imaginación y leo textualmente:

«Informe la transmisión.

»A la atención de Tirma.

»Fecha: 18 FEB. de 1994.

»Hora de comienzo: 18:21.

»Identificación del terminal remoto: club de la mágica fe.

»Modalidad: cuento.

»Tiempo: 00'45 segundos (del "tonto del tictac").

»Resultado: OK.

»Total páginas: 01.

»Texto:

»Ocurrió ayer. Ocurre hoy. Ocurrirá mañana.

»Dios, queriendo comprobar el nivel de aceite del motor de sus criaturas, bajo a la Tierra.

»Eligió un concurrido cruce de caminos y dejó en el suelo una corona de laurel.

»Y escondiéndose tras el narrador de este cuento esperó.

»El primero en llegar fue el león. Merodeó alrededor del extraño y aromático *objeto pero, considerándolo demasiado* frágil *(el subrayado no es mío), lo despreció, alejándose.*

»Al poco, el águila se posaba junto al llamativo *verde. Pero convencida de que* entorpecería su vista, *remontó el vuelo.*

»La serpiente fue la tercera en descubrirla. Mordisqueó las amargas *hojas y, decepcionada, segura de que aquello no* alimentaba, *reptó hacia la selva, maldiciendo al estúpido círculo.*

»También el alba, intrigada, se detuvo sobre la corona. Pero, comprendiendo que semejante ridiculez deformaría *su hermoso y único rostro, continuó persiguiendo el águila.*

»El viento hizo acto de presencia. Sopló sobre el laurel, invitándolo a volar con él. Pero, al descubrir que carecía de alas, *pasó de largo, ululando y burlándose de aquella criatura, incapaz de* avanzar *por sí misma.*

»Y Dios vio aproximarse al hombre. (Hasta esos momentos, su obra favorita.)

»El anciano alzó la corona. La estudió detenidamente. Reflexionó y, deduciendo que con aquel apetecible triunfo *en las sienes no sería* reconocido *por sus amigos, la depositó de nuevo sobre él polvo del camino. (Y Dios respiró.)*

»Por último acertó a pasar un segundo hombre. Caminaba pavoneándose, hablando de sí mismo y buscando la sumisión de las restantes criaturas.

»Y fue a tropezar con la corona, dando de bruces en tierra.

» (Dios frunció el ceño y se puso en lo peor.)

»Y el necio, haciendo encendidos elogios de su preclara inteligencia, capaz de descubrir un tesoro tan preciado, se adueñó del laurel, coronándose.

»Y de vez en cuando se le ve pasar por la Tierra, proclamando sus excelencias y exigiendo veneración. Pero el resto de las criaturas —advertido— se mantiene a distancia, riéndose del "triunfador". Todos —salvo él— saben que el éxito es frágil, que ciega, amarga, deforma, aísla y carece de alas.»

Fin de la transmisión.

El fax no ha podido ser más oportuno. Y es que la Providencia siempre está al quite.

Pues bien, hablemos del éxito, mi querida y futura TRIUNFADORA (espero). Y empezaré por la corona de laurel. Es decir, por el falso éxito. (Y no lo escribo con minúsculas por capricho.)

Para los del club, *esos «triunfadores» se mueven en sillas de ruedas.*

Sé que casi todos lo persiguen. Lo envidian. Hablan de él como el Dorado. Sueñan con sus trompetas de gloria. Muy pocos, sin embargo, lo han visto recién levantado de la cama y con rulos.

Sigue leyendo y comprenderás.

Analicemos. ¿Qué se entiende por éxito? Según la Real Academia no es otra cosa que «él resultado feliz de una empresa».

Bien. Enfoquemos con la lente de la veteranía.

Con él éxito —me dirás— llueve dinero. De acuerdo. Así ocurre en ocasiones. Y aunque reservo esta «pitón» para una próxima carta, te adelanto algunos de sus mortales abrazos.

Ese éxito (no lo olvides, con minúsculas) es tan frágil *(esta vez el subrayado sí es mío), se* desmorona *a tal velocidad, que el triunfador se ve en la penosa necesidad de realimentarlo con lo obtenido en las primeras vueltas de tuerca. Y entra así en un engranaje diabólico. Y desesperado, enloquecido, aferrándose a la cumbre con uñas y dientes, verá cómo el éxito le abre las entrañas, devorándolo. Y a corto o medio plazo, al mirarse en el espejo, descubrirá un ser infeliz, con una brillante bola de dinero al pie. Un dinero que encadena. Un dinero —en movimiento perpetuo— que no concede tregua. Y el triunfador recordará con nostalgia los días apacibles, en los que él dinero era una visita poco frecuente.*

Y te pregunto, ¿es esto el «resultado feliz de una empresa»? ¿Es éste el verdadero éxito?

Segunda «ventaja» (?):

El éxito te hace popular. Todo el mundo te conoce.

Puede ser.

Pero ¿qué ocurre a corto o medio plazo? Yo te lo diré, puesto que lo he sorprendido en «zapatillas».

Ese éxito no alimenta. *Sólo* engorda *la vanidad con un odioso y sofisticado régimen. Con las perversas píldoras del doctor Que hablen de mí, aunque sea mal.*

¿Y qué sucede si uno no suspende a tiempo el régimen?

Simple: enferma de éxito. Y cae en la trituradora de la peor de las bulimias, transformándose en un devorador de «yo, yo y yo». Necesita alimentarse de éxito. Lo busca desesperadamente. Sólo vive (?) para él.

Y al igual que en él caso de los drogadictos, si el triunfador se ve privado de la popularidad (aunque sólo sea durante una semana), su vanidad se agita. Suda ansiedad. Maldice. Critica. Pierde los nervios. En suma, «está con el mono». Y hará lo que sea menester para conseguir una «línea», un «pico» o un mísero gramo de éxito. Comerciará con la verdad o con la mentira. Todo es válido con tal de viajar al color de la imagen, a la onda mágica de la palabra o en el tren de alta velocidad de la letra impresa.

El triste fin de estos adictos al éxito está cantado. Cuando la dosis falle definitivamente entrarán en las cloacas de la vida, arrastrando, como mendigos, el carrito sepia de los recuerdos y de los recortes de periódicos. Y la infelicidad, con sus cuadrillas cadavéricas, acelerará la descomposición.

¿Es éste el «resultado feliz de una empresa»? Ese éxito —me dirás— otorga poder e influencia. ¿Tercera «ventaja»?

Es posible, al principio. Pero ¿qué nos encontramos a corto o medio plazo?

El éxito, si no has tenido la precaución de vacunarte o, mejor aún, de huir de él, **deforma** y **aísla.** *Cuando él triunfador percibe que el poder se ha tumbado a su pies, corre el riesgo de creérselo. Y envalentonado saca la fiera a pasear. Y los que le sirven son tiranizados. Y los que le ignoran o critican, despedazados.*

Y hechizado por la luna llena del éxito, se transforma en un lobo para él hombre. Vampiriza y se cubre con él pelo de chacal de la insensibilidad. Y sus enemigos se multiplican a cada paso y a cada gesto.

Y llega el día en que ese éxito, adiestrado para el mal, se revuelve contra el triunfador, pasándole factura. Y los esclavos bailan sobre su cadáver.

¿Es esto, mi querida niña, él «resultado feliz de una empresa»?

Sombrío paisaje y paisanaje, sí señor.

El éxito, como ves, es una alambrada electrificada a la que no interesa acercarse.

Y te confesaré un pequeño-gran secreto: del éxito que se arrastra por las minúsculas puedo hablarte con propiedad. Durante veintidós años he sido, y sigo siendo, perseguido por ese perro rabioso. Oportuna y afortunadamente para ti (y no digamos para mí), la Providencia pintó él árbol de la mágica fe *en plena huida. Y aquí me tienes: encaramado a las ramas, esperando que se aburra y me olvide.*

Cambiemos el paisaje y de paisanaje. Porque también hay otro ÉXITO: el «escalador de mayúsculas».

Al narrar de «causal» encuentro con el personaje que sifué capaz de congregar a las palomas te lo dije todo. Pero bueno será que, como él, desmigaje también mis pensamientos. (Rectifico: esos pensamientos son propiedad del club.)

Para los «ciegos» que empuñamos el bastón blanco de la Providencia, el ÉXITO de verdad, el auténtico, el que nos coloca en el podio de la olimpiada de la vida, no brilla. (Nuevo error.) En realidad sí brilla, pero con la luz sólida (coherente) e interna de lo sencillo y de lo cotidiano. El éxito, él fanfarrón de las minúsculas, es un flash en los ojos. El ÉXITO, en cambio, es un faro en el horizonte diario. Éste lo enciende Justo, el farero del sentido común. Alegra al caminante y lo orienta. Aquél estalla, lastima y se extingue.

El ÉXITO son tus zapatos. Siempre contigo. De día, a tus pies, sirviéndote. De noche, respetuoso, a los pies de tu cama, deseando volver a servirte. El ÉXITO se disfraza de tenacidad. Es la sombra inseparable de la responsabilidad.

Si te fijas, lo verás ponerse en pie con el silbido de la olla exprés.

El ÉXITO no es otra cosa que él sofocante «volver a empezar» del ama de casa.

Es el tercer ojo de tu madre, intuitiva e incansable apagafuegos familiar.

Es el muros adentro de la monja y del enfermo. Está acodado, de lunes a viernes, en él aburrido rosa-rosae de las aulas. Y pinta, día a día, el cuadro de las caras largas del autobús y él «sonría por favor» del funcionario.

Ese ÉXITO es la firma y rúbrica de los verdaderos héroes: los que se atreven con la mar abierta del pan nuestro de cada día. El otro, el «éxito del señor presidente», es un cobarde y un mal navegante. Sólo se aventura si tiene a la vista la costa de los aplausos. Es un éxito de cabotaje.

El ÉXITO escribe su discurso con una palabra: tolerancia. Y los que lo pronuncian, paradójicamente, son los sin voz. Aquellos que toleran la intolerancia de los supuestos triunfadores.

Ese ÉXITO también lleva escolta. Pero no viste de azul-metralleta, sino de blanco-para-servir-a-Dios-y-a-usted. Y presenta la máxima estatura conocida: la del pueblo bajo. No usa gafas de sol. La confianza es una mirada de «ida y vuelta».

Es un ÉXITO que gana amigos, no aduladores.

Juega la diaria partida de cartas con la vida y con la muerte. Y baraja y reparte sin trampas, sin la chulería de los cañonazos, sin guión previo y sin marcarse faroles con el «caballo» o con el «as» del general Jackson.

Ese ÉXITO dirige el tráfico en las carreteras del espíritu.

Se sacía con el ahora.

Entra en la Historia por la «puerta de atrás» de los vencidos.

Lo encontrarás en el gratificante vino de mesa de la comprensión.

Es un ÉXITO sin éxito y, claro está, despreciado por los triunfadores.

Estamos ante un ÉXITO que cae del cielo, pero en terreno previamente abonado por el trabajo y la humanidad.

Un ÉXITO, querida hija, que se distingue —cómo no— porque cuelga una «jaula de pájaros» en el corazón del hombre.

Un ÉXITO que hace horas extras, horneando el pan de la paz. (Siempre presente en los desayunos de Dios.)

Un obrero especializado en reparaciones de paredes interiores.

Un albañil, en fin, a destajo del Gran Empresario.

Pues bien, creo que estarás de acuerdo conmigo: esto sí es él «resultado feliz de una empresa». Éste sí es un ÉXITO con etiqueta y denominación de origen.

¿Comprendes ahora por qué hablo de éxito con minúsculas y mayúsculas?

Naturalmente, como en todo, la elección es cosa tuya. Yo me he limitado a pasar una nueva página del tesoro.

Y ya que estamos sobre el teclado de la intimidad, me adelanto a tus pensamientos.

Si preguntas cuál es mi imagen favorita del ÉXITO, te responderé mostrándote una querida polaroid, que guardo como oro en paño en él álbum de mis mejores años.

En esa foto del ÉXITO se ve a nuestro amigo Castillo, él pescador de los mares del Sur, navegando en la «Gitana Azul», con la caña del timón de la Providencia entre los tobillos, él cigarro de la sencillez humeando bajo el bigote y las manos en los bolsillos de la serenidad.

Ya sabes que Casti es un sabio.

Recibe un millón de ÉXITOS, futura TRIUNFADORA.

Miami

LAS ESTATUAS

Anotaciones casi perdidas.

Al abrir las lustrosas tapas de hule de otro cuaderno de campo leo:

«... Miami.

«Segundo día.

»Diez de la mañana.

»La sorpresa está al caer.

»Guntín (nombre supuesto) conduce plácidamente por Bay Point, rumbo al norte.

» La sorpresa se acerca.

»Por la derecha, los puentes desembarcan sin rubor en el lujo de Miami Beach.

»La sorpresa nos corta el paso.

»Cruce con la NE 55. Proximidades del Morningside Park.

»Mi amigo frena. Media docena de vehículos, detenidos en la calzada, impiden el avance. Los intermitentes, parpadeando en rojo, anuncian peligro.

«Conductores y pasajeros descienden, arremolinándose en la cabeza del atasco.

«Desde las aceras, los transeúntes se precipitan hacia el centro de la avenida, pintando la Bay Point con gritos y carreras.

»¿Un accidente?

»Nos abrimos paso entre los coches. Mi amigo es médico. Quizá pueda ser de utilidad.

«Escenario de la tragedia: una veintena de norteamericanos rodea una interminable motocicleta caída en el asfalto.

«Gesticulan. Vocean. Discuten.

»Un negrazo de dos metros, casco en mano, suda y lloriquea. Cerca de la rueda trasera, todavía en movimiento, de la Harley-Davidson, yace ensangrentada la víctima del atropello.

»Se pide a gritos una ambulancia. » —¡Que alguien haga algo!

»Una pareja de ancianos se destaca del nervioso grupo. La mujer se arrodilla. Toma la cabeza del infeliz y la sostiene con ternura. El abuelo susurra palabras de aliento.

»E1 negrazo continúa sollozando. E inmóvil como un poste repite mecánicamente: » —¡No pude evitarlo!

«Alguien se precipita en el interior de un turismo y telefonea al servicio de auxilio en carretera. » —¡Oxígeno! —reclaman otras voces. »Uno de los conductores se inclina junto a la anciana y vierte un poco de agua en la boca del jadeante atropellado.

»Mi amigo y yo nos miramos. Cuesta creer lo que estamos viendo.

»Y el doctor examina a la criatura. Mueve la cabeza negativamente. El golpe ha sido mortal. Y al manifestar que no hay solución, la histeria colectiva replica con las armas automáticas del insulto.

«Las amenazantes ráfagas —"Usted carece de humanidad" y "Mientras hay vida hay esperanza"— obligan a mi amigo a retirarse.

» —¡Qué pasa con la ambulancia! »E1 nerviosismo se encrespa.

«Uno de los presentes ofrece su coche. La anciana se niega. Y el resto aplaude la prudente decisión.

»E1 negrazo se derrumba.

«Minuto y medio después, un coche patrulla y una ambulancia ponen fin a la "tragedia". El personal sanitario, eficaz y silencioso, deposita el perro en una camilla, desapareciendo de Bay Point a golpe de sirena.»

Distancio la memoria de las lustrosas tapas negras de hule y me estremezco. Pero la historia continúa. Y sigo leyendo:

«... Miami.

«Quinto día.

«Tres de la tarde.

«Guntín y yo paseamos por el Downtown, el floreciente y concurrido centro comercial de la ciudad.

»La "nave nodriza" prepara una segunda y escalofriante sorpresa. ¿La otra cara —la auténtica— de esta metrópoli, orgullo (?) de los Estados Unidos?

»NW 6. Una céntrica calle.

»A derecha e izquierda, como en el resto del Downtown, se suceden, se pisan, los irresistibles cebos del gran "trampero" norteamericano. Un moderno e implacable "cazador" de dólares: neón en movimiento, escaparates con la atractiva fachada de lo superfluo, cantos de sirena a ritmo de rock, carteles epilépticos y hombres-reclamo tentando desde el pináculo del "todo rebajado" y del made in Japan.

»Y a derecha e izquierda, naturalmente, rebaños humanos que caen (caemos) como pardillos en el cepo de plástico de la tarjeta de crédito.

»Y entre la marea de insaciables, de pronto, a cosa de un tiro de piedra, descubrimos una pared humana.

«¿Otro vendedor ambulante hipnotizando al rebaño?

«Nos aproximamos.

«Rodeamos el cada vez más concurrido círculo, pero algo, tirando de la manga de la curiosidad, nos retiene. ¿Es quizá el inusual silencio del vendedor?

»Y ya en primera fila comprobamos atónitos cómo el supuesto vendedor es, en realidad, un "comprador". Un singular "comprador" de piedad...

»E1 graderío de las miradas está fijo en un hombre de mediana edad. Se halla tendido en la acera. Podría ser un mendigo.

»E1 miedo ha empujado los ojos fuera de las órbitas.

»¿Qué ocurre?

»Los salvadores de perros están embrujados. Ahora son estatuas.

«Silencio casi sepulcral, apenas violentado por el cuchicheo de algunas mujeres-estatuas y la lejana megafonía de un cubano que canta a la solidaridad.

»¿Qué ocurre? ¿Por qué nadie se mueve?

»E1 infeliz se agita. La mano izquierda se aferra impotente a un corazón que se niega a girar.

»Mi amigo, el doctor, cae sobre él. Lo explora. Pulso irregular. Sudor frío. Palidez que avisa. El dolor se retuerce y tuerce el rostro.

»—¡Un infarto!

»No hay eco.

»—¡Que alguien llame a una ambulancia!

»¿Qué ocurre?

«Nadie responde. Nadie da un paso.

»—¡Por el amor de Dios!

«El círculo engorda. Cuento treinta o cuarenta estatuas.

«Veo ejecutivos, maletín en mano y mármol en los ojos.

«Algunos jubilados sacan sus lenguas de piedra y se burlan, saboreando cucuruchos de fresa y chocolate.

«Dos taxistas cruzan la calzada. Preguntan y, automáticamente, quedan hechizados. Ahora son estatuas que rumian chicle.

»—¡Un teléfono!

»Y una de las estatuas, milagrosamente, apunta hacia ninguna parte.

»E1 médico golpea el pecho del fracasado "comprador" de caridad. Trata de reanimarlo.

»Y una voz imperativa, al fin, aclara posiciones:

»—¡No lo toque! ¡No se comprometa! ¡No sea estúpido!

«Varios jóvenes-estatuas se incorporan al grupo. Miran sin ver. Están en otra onda. Son esclavos de un tal walkman, un reyezuelo con auriculares. Y devoran palomitas sin perder el ritmo.

»Un niño negro avanza dos pasos. Se echa la cámara a los ojos y retrata la "tragedia". Y feliz con la «captura» se refugia de nuevo entre las estatuas.

«Busco desesperadamente un teléfono.

«Minuto y medio después, una ambulancia aparca frente a las estatuas, iluminándolas en amarillo-vergüenza.

»Y los embrujados —¡oh milagro!— cobran vida. Y dejan paso al personal sanitario que, eficaz y silencioso, deposita al ser humano en una camilla.

»Mi amigo llora de rabia. El mendigo ha fallecido entre sus brazos.

«Y la ambulancia desaparece a golpe de sirena. Y los rascacielos —azul-sorpresa y verde-ira— miran a los hombres sin comprender.

»Y las mujeres-estatuas siguen cuchicheando.

»Y los jóvenes-estatuas se alejan divertidos, marcando el compás del reyezuelo.

»Y los taxistas-estatuas retornan al desierto de su monotonía.

»Y los ejecutivos-estatuas son arrastrados por la marea de la NW 6. Su estela es pura escarcha.

»Y los jubilados-estatuas añaden hielo al hielo de sus corazones con el obligado "no somos nada".»

Cierro las lustrosas tapas de hule del cuaderno de campo y reniego de mi condición «humana» (?).

EL «PERFUME» DE DIOS

Miami.

Queridísima Tirma:

¿Lo has pensado alguna vez?

La vida, dicen en el club, es el perfume de Dios. Su colonia habitual.

Y puede que tampoco hayas reparado en otra lamentable circunstancia: cuanto más próspero y desarrollado (?) es un país, más atención y cuidados proporciona a los animales, cayendo, paradójicamente, en la frialdad y él desprecio hacia la vida humana.

La amarga experiencia vivida en esta nación, capaz de pisar la Luna pero que viste aún el «pantalón corto» de los sentimientos, me recuerda que debo hablarte también de un sagrado asunto. Quizá, la más sagrada de las páginas de este personal diario que intento dejarte como herencia. Un capítulo cuyo enunciado —el respeto a la vida— provoca vergüenza ajena. Pero así están las cosas.

No voy a descubrirte el Mediterráneo. Creo que lo sabes. El habitante de este planeta, a fuerza de vivir, ha olvidado el inmenso valor de la vida.

Como el pastelero, a fuerza de acarrearla, ha perdido el gusto por la mercancía.

Si te asomas a la realidad comprobarás que no exagero. El mundo (otra vez la «miopía») ha perdido el norte.

Observa la contradicción: El hombre aparece gracias a la vida. Es vida. Transmite vida. No obstante, es el mayor carnicero de la creación.

El hombre es la única criatura que aniquila por él placer de aniquilar. Más aún, pero nuestro sonrojo, justifica esa destrucción invocando, incluso, ideas, libertades y leyes.

Hoy, querida niña, la sistemática barbarie humana no distingue sexo, edad o condición. Se siega la vida ajena en beneficio de la comodidad propia. Se esgrimen derechos para ir contra el máximo derecho. Se dictan leyes para sepultar la más sagrada de las leyes. Se defiende la Naturaleza con una mano y con la otra se le clava un rejón de muerte. Se predica ecología y se derrama la sangre humana. Reclamamos, exigimos, respeto para los derechos humanos, mientras corremos de continente en continente con la tea y la gasolina de la guerra.

La vida es un suspiro y, sin embargo, en él colmo de la necedad, hacemos lo imposible para acortarla. En especial, para acortársela a los demás.

Hemos extraviado la brújula.

La vida, en efecto, es un kleenex.

El hombre, «miope y amnésico», no ve y no recuerda. No comprende que la vida es una «percha»: su propia «percha».

No se ha enterado (o no quiere enterarse) de que, gracias a la vida, está participando en la maratón de la creación. Y en lugar de respetarla con deportividad, se ensaña con los «corredores», poniéndoles la zancadilla. Miope total no distingue los carteles que cubren el circuito: «Lo importante es participar», «Juega limpio», «La meta, en tu interior»...

Y asistimos a un curiosísimo fenómeno.

La ciencia, por un lado, lucha a brazo partido para conquistar el secreto de la vida. Necesita conocer sus claves. Quiere «fabricarla». Y al mismo tiempo, en una pirueta burlesca, tanto la ciencia como la técnica y el progreso (?) en general, la asesinan sin respiro ni remordimiento.

Y me preguntarás:

¿Y por qué ese empeño en despejar el enigma de la vida? En realidad, a la vista de lo expuesto, no merece la pena.

La sociedad, de nuevo, está siendo estafada. ¿Recuerdas a los familiares «ladrones del oxígeno-bis»? La historia se repite. Las invisibles cúpulas que mueven los hilos del mundo —aquéllos que programan hoy las guerras y las crisis de la próxima década— saben perfectamente que el control de la vida representa el más fascinante de los poderes. El dominio y la esclavitud absolutos.

¿Y qué es la vida? ¿Qué tiene, qué encierra, para movilizar así a los «ladrones del oxígeno-bis»?

Te lo diré, en palabras del club:

Aquel que descerraje la puerta de la vida se encontrará cara a cara con Dios.

¿Te imaginas?

El hombre, de la noche a la mañana, suplantando a Dios...

Pero el buen Padre, femenino a fin de cuentas, está en todo. Cuando él hombre va, Él ha ido y ha vuelto siete veces...

A las pruebas me remito. A pesar de los dineros, de los poderosos laboratorios, de los siglos transcurridos y de las preclaras inteligencias al servicio de esa conquista, la combinación de la caja fuerte de la vida se resiste.

¿Te has preguntado por qué?

Echa un vistazo.

El hombre ha tomado el ascensor de los microscopios y ha descendido victorioso (?) a los sótanos de la materia. Pero la ciudad subterránea de la física cuántica se ha abierto ante él como un laberinto diabólico, infectado de direcciones prohibidas.

«Allí —proclaman— debe estar él secreto de la vida.»

Pero ¿cómo encontrar el camino correcto?

Y me dirás: cuestión de tiempo.

Y yo te digo: cuestión de enfoque.

El hombre domestica vientos y mareas. Ha enjaulado el sol. Y monta el toro salvaje de la luz.

«Ahí —cantan— puede estar él secreto de la vida.»

Pero, en ese rodeo atómico, los enfurecidos electrones y protones derriban a los científicos una y otra vez.

Y me dirás: cuestión de tenacidad.

Y yo te digo: cuestión de enfoque.

El hombre se ha metido a cartógrafo de sí mismo. Y hace mapas del cerebro. Y escala cromosomas. Y mide los tendidos eléctricos de las neuronas. Y se arriesga en las simas en espiral del ADN.

«Aquí —aseguran— se encierra él secreto de la vida.»

Pero el horizonte de la geografía cerebral aparece más y más lejano.

Y me dirás: cuestión de estudio.

Y yo te digo: cuestión de enfoque.

El hombre, en fin, se ha hecho con la pértiga del cohete a reacción. Y ha ensayado un primer salto. Y ha visto cómo salvaba el listón lunar. Y engreído se entrena para el salto a las estrellas.

«Allá —anuncian— nos espera el secreto de la vida.»

Y el año luz se muere de risa.

Y me dirás: cuestión de técnica.

Y yo te digo: cuestión de enfoque.

¿Cuestión de enfoque? ¿Hablo en griego? Para nada. El pensamiento del club *—observa— es casi de primaria: la llave de la vida no cuelga del llavero del tiempo. Tampoco la encontraremos en el cofre de la tenacidad. Y mucho menos en el desordenado taller de la técnica. La abertura de esa caja fuerte depende, exclusivamente, de cuatro letras. Una combinación tan elemental y simple que difícilmente puede ser imaginada por los científicos. Y no digamos por los «ladrones del oxígeno-bis».*

El gran secreto que nos permitirá «fabricar» vida algún día se escribe así:

AMOR.

Una «clave» que poco, o nada, tiene que ver con el actual enfoque. Una combinación que nos obliga a cambiar la valoración de la vida. Que supone, en definitiva, una nueva posición de la «clavija» del corazón.

«Cuestión de enfoque», te decía. Y creo que no nos falta razón.

Así de fácil, querida niña. Así de sencillo porque, aun siendo física, aun siendo luz y aun siendo matemáticas, la vida es mucho más. Es una fragancia única, compuesta por todos los olores imaginados y por imaginar. La vida es un todo indivisible:

Caballo y jinete. Sueño y ensoñación. Color y pintor. Agua y delfín. Granito y dureza. Alma y cuerpo. Hombre y Dios.

Somos nosotros, borrachos de amnesia, los que nos empeñamos en trocearla.

El buen Padre, que hizo la mili en la legión de la Nada, ha pegado tantos tiros que, como comprenderás, es imposible «colársela». Y precavido, al imaginar la vida, le dio también un santo y seña: «Respétame, tío.»

Al elegir su «colonia» habitual, por si las moscas, escribió en el envase: «Sólo recomendable para pieles amorosas.»

Dicho de otra forma: mientras el hombre no modifique su enfoque de la vida, la conquista del macrocosmos y del microcosmos está condenada al fracaso. Ahí afuera y aquí adentro vela una implacable «policía divina». Y la Humanidad, a bordo de su crueldad a reacción, será devuelta una y otra vez al punto de partida. El viaje hacia la vida (hacia la divinidad) deberá replantearse desde los cimientos. El único motor válido para esa aventura sólo quema amor.

Y ante tanta solemnidad quizá te preguntarás: ¿Cuál es entonces la razón de ser de la vida?

Utilizaré de nuevo el lápiz de las parábolas. Él trazará mi pensamiento mejor que yo. Verás:

«Hubo una vez un rey justo. Y queriendo conocer el porqué de la vida convocó a los sabios del reino. Y les pidió que rindieran cuentas.

»Compareció el físico y habló así:

»—La vida, señor, es acción y reacción.

»A continuación, se presentó él médico y habló así:

»—La vida, señor, es un fenómeno automático. »Le tocó el turno al filósofo y habló así: »—La vida, señor, es una ecuación con dos incógnitas: nacimiento y muerte.

»Desfiló después el teólogo y habló así: »—La vida, señor, es un botón de muestra de la bondad divina.

»Apareció finalmente el poeta y señalando el sol habló así:

»—¿Podéis verlo, señor?

El monarca asintió.

»—¿Os beneficiáis de él, señor?

»—Evidentemente —respondió el soberano.

»—¿Le habéis preguntado alguna vez "por qué" está ahí?

»Y el rey, comprendiendo, guardó silencio.»

Y planteo nuevamente tu pregunta:

¿Qué razón de ser tiene la vida?

Para los que creemos en la Providencia, ninguna. Y me explico.

La vida, querida niña, está por encima de todas las razones.

La vida, la que ondea en el mar, la que vuela en forma de V, la que cierra y abre tus ojos, la que perfuma desde él jazmín, la que difumina el día, la que carga las mochilas del trigal y la que le pone música al desfile de los átomos, es, sencillamente, un don. Y la sabiduría consiste en aceptar que la vida es un don.

La vida no lleva etiquetas. No se ajusta a la horma de los intereses personales. Es analfabeta en ideas. No danza al son de las leyes humanas. No es un recortable infantil. No cotiza en Bolsa. No se exhibe en las pasarelas de moda. Nunca está de moda.

La vida es una luminosa «sombra» de Dios.

Un benéfico e inesperado ¡Hola! del Gran Cómico.

La vida es un IVA que no hay que devolver.

Es Dios mismo, escrito en tinta «simpática».

La vida, como creo haberte mencionado, es el inconfundible «olor de Dios».

La vida, en fin, es sagrada por origen y naturaleza. Y en consecuencia exige un trato igualmente sagrado. Exige hombres sagrados.

Y mientras esto no sea así, mientras sigamos derramando, triturando y asesinando a Dios, nuestra consagración como «creadores de vida», como definitivos HOMBRE-DIOS, continuará en suspenso.

Por todo ello, cuando te enfrentes al prodigioso fenómeno de la vida, hazlo como una invitada al cumpleaños de un amigo. No cometas la descortesía de ensuciar o destruir la casa. No robes el pastel. No desperdicies el champán.

Cuando veas, cuando sientas, cuando intuyas la vida, arrodilla tu inteligencia ante ella.

Acaríciala. Disfrútala. Compártela.

Y sobre todo, practica la piedad.

Sé compasiva con las estrellas que se van, con la ola —irrepetible— que se humilla a tus pies, con la mirada suplicante del ignorado, con la Naturaleza que se entrega, con él río ultrajado de espuma, con el perro callejero y herido por el miedo, con el que está a punto de estrenar la vida y con él que se dispone a «mudarse» a la otra.

Sé compasiva, por encima de todo, con el «amnésico y miope» ser humano.

La compasión fortifica las murallas interiores y nos prepara para los inevitables cien metros lisos de nuestro propio infortunio.

Recibe un millón de besos y gracias por vivir.

CUBA

LA «ESCUELA DEL DOLOR»

De esta pequeña-gran historia también hace lo suyo...

Recibí la extraña carta en los tiempos en los que empezaba a golpear la puerta de mi propio corazón. Y en mi calidad de novato del «club» no supe prestarle la debida atención.

Pero la Providencia, en permanente vigilancia frente a la computadora del «todo en su momento», volvió a teclear en mi destino. Y la misiva y la fotografía que le daba color salieron a mi encuentro en una de las frecuentes escaramuzas libradas en el archivo.

Fue entonces, al trasluz de la experiencia, cuando aprecié la intensa pureza de aquel diamante de papel.

El mensaje procedía de un remoto y desconocido paraje en la provincia cubana de Matanzas. Lo firmaba, con una reposada caligrafía, el maestro del pueblo. Y lo hacía —según rezaba el manuscrito— por orden de un tal Samuel.

Breve y enigmático, como mero porteador, se limitaba a señalar:

«... Y puesto que usted tiene en mente escribir sobre el dolor y el sufrimiento, le aconsejo que, antes, visite al amigo Samuel...»

Emparejada con la contundente cuartilla aparecía, como digo, la foto de una casita de una planta. Mejor dicho, de su rústica fachada. Y sobre la puerta, pintado a mano, un cartel con la siguiente y desconcertante leyenda:

«ESCUELA DEL SUFRIMIENTO
NO SE COBRA. HORARIO: CUANDO USTED PUEDA.
SAMUEL (LICENCIADO EN DOLOR).»

Las dudas me atormentaron durante meses.

¿Quién era aquel insólito «licenciado»? ¿Cómo podía saber que la *nave nodriza* me preparaba para escribir acerca de tan delicadas cuestiones? ¿Por qué se manifestaba a través de una segunda persona? ¿Estaba ante un loco o un iluminado?

Naturalmente, sólo había una forma rápida y eficaz de resolver el racimo de enigmas.

Y una mañana de abril, tras cruzar el lujurioso valle del Yumurí, fui a presentarme ante el maestro de escuela. Pero el providencial y anciano intermediario se mostró tan críptico y misterioso como en su carta. Y se negó a darme explicaciones.

—... Mejor será que vea y juzgue por sí mismo.

Y solícito me guió hasta los confines de una aldea de juguete.

Allí, tumbada entre las blancas columnas de un palmeral, reconocí al punto la fachada de adobe y el cartel de la fotografía: «... SAMUEL (LICENCIADO EN DOLOR).»

Y el suspense redobló en el tambor del pecho del viajero.

—¡A la paz de Dios, don Efrén y la compaña! Pasen ustedes...

Aquel cayado sarmentoso y enlutado resultó ser la madre de Samuel.

Don Efrén (nombre supuesto) ensayó unos pasos en la penumbra.

Un quinqué de petróleo, con su laborioso y amarillo tartamudeo, y un cañón de luz, disparando desde un ventanuco sin cristal, fueron poniéndome al corriente de los inquilinos

y enseres capitales que animaban la más increíble «escuela» jamás vista por este trotamundos.

Una única y espartana estancia. Suelo apisonado por el ir y venir de la pobreza. Una mesa aquejada de cojera. Un simulacro de alacena, burlando inexplicablemente la ley de la gravedad. Platos y pucheros desconchados sin derecho a jubilación. Agua del Yumurí en un campanudo lebrillo, con su particular tormenta de mosquitos. Un calendario con vistas a la utopía: la sonora y turquesa luz de las playas de Varadero. Un cuadro con la imagen de la Virgen-muñeca de la Caridad del Cobre, con el oro, el manto y los cuernos de la luna transmutados por la alquimia de los años. Una somnolienta silueta de un perro, tibia y estratégicamente bañado por el cañón de luz. Dos achacosas sillas de anea, de pie en el silencio. Y en la última pared, simulando verticalidad, una litera de dos camas que alguien robó al mar. Y en lo alto del maderamen, unos ojos voladores contagiados del verde prieto de los manglares.

—... Le presento a Samuel.

¡Dios! Efrén hablaba con razón: «... Vea y juzgue por sí mismo.»

Y los ojos de Samuel, como una galaxia embotellada, radiaron un saludo. Después creí oír un hilo de voz.

¡Dios! ¿Cómo era posible?

Samuel: cuarenta años.

¡Dios! ¡Y cuarenta años en aquella litera, paralizado de pies a cabeza!

Sólo la mirada y la voz habían sido perdonadas.

Samuel: «licenciado en sufrimiento» por todas las universidades interiores.

Y en aquel instante dieron comienzo mis «clases particulares» en torno al dolor: otra «asignatura pendiente» que tampoco figura en el bachillerato.

Y en compañía de otros «alumnos» —desahuciados, tullidos, ciegos, viudas, desesperados y demás vasallos de la miseria—, tuve el privilegio y la fortuna de aprender sufrimiento desde el mismísimo sufrimiento.

Y allí supe, sobre todo, del «porqué» del padecimiento humano.

Allí, los universos aparcados en un hilo de voz me enseñaron a traducir el aparentemente inútil idioma de las lágrimas.

Una semana después, al despedirme, lo hice como Dios y mi corazón me dieron a entender: besando con veneración al destacado socio del *club de la mágica fe.*

Y sus ojos voladores me acompañan desde entonces. Meses más tarde, don Efrén enviaba una postrera carta.

Con una caligrafía incomodada por la tristeza me comunicaba la muerte de Samuel.

La noticia se presentó coloreada por otra fotografía.

En la imagen reconocí emocionado la casita de adobe y su puerta, a juego con el encalado-esperanza.

El viejo y familiar cartel había sido reemplazado por otro de similar porte, pero de contenido bien distinto.

Escrita igualmente a mano, la leyenda anunciaba:

«ESCUELA DEL SUFRIMIENTO
CERRADA POR RESURRECCIÓN.
SAMUEL SE HA LEVANTADO Y ANDA DE PALIQUE CON DIOS.»

UN PROBLEMA DE «TUBERÍAS»

La Habana.

Mi querida niña:

Lo confieso. A punto he estado de saltarme historia y país. Sin embargo, después de meditar, esa fuerza de la que tanto te hablo me ha hecho ver que, a pesar de mis continuos y cariñosos calificativos, tú ya no eres una niña. Y debes conocer también la visión del club, *respecto a ese inevitable y desagradable compañero de viaje: el sufrimiento.*

Algo sabes ya...

Un aviso. Esta carta, en realidad, te la escribe Samuel, «de palique con Dios»...

Otro aviso. Todo cuanto acierte a reflejar en el encerado de las palabras es fruto de aquél «cursillo intensivo» en la «escuela del dolor» y al que —entre tú y yo— fui empujado por la nave nodriza.

La clarividencia de aquél paralítico, que nació y murió sin cambiar de postura (se dice pronto), graduó los ojos de tu padre, ayudándole a enfocar un problema que aparecía borroso, inútil y cruel.

No lo he visto en el Guinness. Lamentable error.

La Providencia debería figurar en el libro de los récords por su habilidad en el juego de lo paradójico. Aunque, bien mirado, la jugada del buen Dios, moviendo la torre de la esperanza y la reina de la sabiduría en el tablero de un despojo humano, fue de jaque mate.

(Este Dios tuyo y mío es él «tramposo» más ingenioso que conozco. Sólo por eso merece la pena sentarse en la vida y disfrutar del espectáculo.)

A lo que voy. Las primeras cuestiones que plantea el fenómeno del dolor —servidor las ha mareado durante años— son de parvulario:

¿Cuál es su origen? ¿Tiene «patria»? ¿Por qué existe? ¿Qué se esconde tras su feroz lámina?

Y la guinda: ¿Te has fijado que el ser humano es la única criatura que llora?[1]

A poco que pienses tendrás que reconocer que, al igual que él hombre se diferencia del resto de la Naturaleza por su capacidad de reflexión, las lágrimas no son un complemento decorativo. Alguien las inventó (sé lo que estás imaginando) con un propósito nada gratuito y paradójicamente positivo. (Dios y sus «bromas».)

Analicemos esos interrogantes. Y lo haremos, siguiendo al pie de la letra las lecciones recibidas en la casita de adobe. (Sintiéndolo en el alma tengo que recortarlas. Aquéllos intensos debates con él hilo de voz darían para quinientas páginas. Pero sé cómo aborreces los libros de más de doscientas.)

Primera lección:

¿Quién «fabrica» el dolor?

Puede que nunca te lo hayas planteado. El sufrimiento llega, se instala, destroza y, con suerte, se va. Y vuelta a empezar. Pero ¿de dónde procede? Y me dirás: de ninguna parte. Es algo natural. Pues sí y no.

Para intentar descubrir al responsable, al «fabricante», del dolor, Samuel nos invitó a interpretar primero los «planos del edificio» por el que se mueve. Esa lectura es clave.

Y analizó una circunstancia altamente significativa en la que, si te digo la verdad, nunca había reparado. Un «detalle» escrupulosamente trabajado por la «ingeniería divina». Una aplastante realidad que viene a demostrar, según él club, quién es el «padre de la criatura».

Y arrancó por él «exterior» de la «obra».

El ser humano absorbe la alegría y él placer («yernos» de las lágrimas y la aflicción) por cinco «tuberías» concretas. Curioso: él hombre aparece dramáticamente limitado para la recepción de lo bueno. Esos conductos reciben él nombre de «sentidos corporales».

Pues bien, para lo teóricamente malo, ese mismo cuerpo dispone de trillones de «tuberías». Todo el «edificio» está diseñado para admitir la enfermedad y el sufrimiento. Cada átomo es un potencial nido de dolor. De hecho, así ocurre.

La conclusión es de cajón: si la totalidad del prodigioso «edificio» ha sido dibujada por el Gran Arquitecto, con la supervisión de su equipo de aparejadores celestes, ya tenemos un nombre. Ya sabemos quién es el «fabricante».

Y aquí no cabe especular con empresas subcontratadas. Tanto las «tuberías» que suministran deleite como las que se atascan con él barro de los padecimientos proceden de la misma y única «fábrica». Placer y dolor, por tanto, han sido concebidos en los despachos de la «dirección de obra».

Una afirmación muy fuerte, lo sé. ¿Es que Dios se ha quedado dormido sobre la «regla de cálculo»?

Nada de eso. Aquí, en el peor de los casos, los que fallamos somos nosotros. Esa ingeniería divina, como verás, es impecable.

De estar equivocado, la criatura humana nacería blindada contra el sufrimiento. Dios no es un «chapuzas». Si ha sido capaz de montar, por ejemplo, él «tinglado» del pensamiento —con él complejo sistema de «fuegos artificiales» de las neuronas— ¿cómo no iba a prever una «pintura antidolor»?

Observa, pues, querida niña, de qué forma tan simple —estudiando el «edificio»— podemos desembocar en él verdadero origen (a la «patria») del sufrimiento.

Bien. Y este descubrimiento (?) nos coloca al pie de la cuesta arriba de una segunda y no menos importante incógnita:

Si el hombre ha sido dotado de «tuberías» para el placer y el dolor, ¿qué secreta intención revoloteaba en la calenturienta imaginación de tu Jefe? ¿No hubiera sido más «humana» y edificante la construcción de un «modelo» sin la marcha atrás de la aflicción?

Segunda lección.

¿Qué se esconde tras la feroz lámina de esa odiosa «criatura»?

Samuel, hábilmente, nos colocó en él «antes y después».

¡Sorpresa!

«Antes» del dolor —hablo del físico y del espiritual, indistintamente, aunque el del alma es un ancla de mayor tonelaje— las personas, por lo general, se muestran como distraídas. Se las ve frecuentar el ring de la intolerancia. Y disfrutan paseando del brazo de la frivolidad.

«Después» del abordaje del dolor, en cambio, esos mismos individuos se «encienden» —temporal o definitivamente— con una atractiva luz propia.

Y espontáneamente, como si hubieran metido una marcha corta, reducen la velocidad y multiplican las revoluciones de la vida.

Se presentan envueltos en la reflexión.

Olvidan, al menos por un tiempo, él «cabaret» de la superficialidad y sacan a bailar a la fea del pueblo: la comprensión.

Ya no se les ve apurando la última copa de la ira.

En suma: «el cambio de aceite» mueve el motor de sus corazones con mayor sigilo y suavidad.

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible que algo teóricamente «negativo» consiga resucitar lo más noble del ser humano?

(Me parece que Dios acaba de guiñarte el ojo.)

A partir de aquí, la lección fue una cómoda cuesta abajo. Y Samuel, en el trineo de la sabiduría, en cabeza...

¿Por qué existe el sufrimiento?

Explicaciones del «licenciado»:

El dolor es una angina que provoca el «estirón» del infantil ser humano.

El dolor es un sueño que regenera él espíritu.

Pero esa regeneración —por «economía divina»— nunca es parcial. El «sueño» del sufrimiento duerme por igual al alma y al cuerpo. Cuando se presenta es una tempestad. Nada queda a salvo. Un parto, una amputación, la muerte, un dolor de muelas o un desengaño recorren el «edificio» desde los cimientos a la azotea, estremeciéndolo. Cuando sopla, el dolor es posesivo, tiránico y exclusivista. El placer y la alegría, entonces, se mantienen a una prudencial distancia. Cuando el halcón peregrino del dolor irrumpe en el paisaje, las palomas de la felicidad huyen. Saben muy bien el porqué de su presencia. Saben que tiene los «papeles en regla». Saben que está autorizado a cazar y a posarse en cualquiera de las ramas del árbol humano.

Como ves, al abrir la jaula del sufrimiento, él Gran Prestidigitador, en otro limpio y fascinante juego de manos, propicia el desarrollo de la «víctima».

¿Y por qué no estimular ese crecimiento interior con él placer?

Excelente observación.

Samuel, entornando él «tercer ojo» —él de la imaginación—, replicó:

—Dios lo hizo. Antes de firmar el proyecto humano se encerró en su «laboratorio» y probó. Los resultados no pasaron los controles de calidad.

Experimentó con la alegría, con la risa y con la sonrisa. Pero estos «aceites», extraordinariamente sutiles y volátiles, desaparecían a gran velocidad. Refrigeraban la maquinaria humana, sí, pero se evaporaban en un santiamén. Y él motor se paraba una y otra vez.

Para el «modelo de luz», en cambio, reservado para él gran rally del más allá, estos «aceites» eran perfectos. Al carecer del grosero «motor de explosión», programado para la carrera terrenal, el fórmula 1 (el «modelo de luz») respondía como un reloj.

Y la escudería divina, como comprenderás, tuvo que hacer algunas modificaciones técnicas.

Y al aplicar al todo terreno humano un «lubricante» más denso se llevó una sorpresa: aquel «aceite» sí movía él «modelo carnal» a plena satisfacción. Ciertamente se trataba de un producto fétido, pringoso y de un color desagradable. Pero lo importante es que él hombre funcionaba.

No hace falta ser muy despierto, querida niña, para deducir que el placer, por muy intenso que se presente, se esfuma tan rápido como llega. Y al poco es muy frágil y desdibujado recuerdo.

El sufrimiento, sin embargo, duro, espeso y sofocante, deja una huella tan profunda y violenta que no resulta fácil de borrar.

El primero, curiosamente, ofrece casi siempre un encefalograma plano. El dolor, muy al contrario, es un experto domador de voluntades y el más fructífero generador de arte.

Y Dios, finalmente, estampó su firma en el contrato de «fabricación» del «modelo humano», sabiendo que el sufrimiento quedaba registrado en el Manual de mantenimiento.

El dolor, en fin, no encierra otro misterio.

Si quieres, puedes compararlo con una obligada y necesaria ducha espiritual. Un periódico baño que limpia, que nos hace madurar y que nos aupa a la condición de verdaderos HOMBRES.

El dolor, contemplado como un aprendizaje, adquiere una imagen radicalmente distinta.

Pierde la tradicional y equivocada aureola de maldición divina. Y se presenta como un maestro corrector. Como el calcio que nos hace crecer hacia adentro y hacia arriba.

El dolor, desde el punto de vista del club, al hacernos descarrilar, nos obliga a ser más cuidadosos y a revisar de continuo el sistema de frenado de la locomotora humana.

El dolor, en el fondo, es un hormigón armado. Las varillas de hierro de la enfermedad y de la aflicción penetran, duelen, pero, al fraguar, proporcionan firmeza y estabilidad a la estructura. Y permiten seguir levantando pisos.

El dolor se asemeja a un cirujano. El bisturí de los padecimientos corta. Es sangriento y traumático. Pero, misteriosamente, limpia el mal con él mal. Y nos devuelve la agilidad y la salud.

El dolor es un inteligente peaje, situado por la Providencia en momentos estratégicos de la autopista de la vida. Pagamos, sí, pero compramos seguridad.

El dolor me recuerda un incómodo desembolso que, a medio plazo, genera interesantes dividendos de prudencia, seriedad y paz interior.

En la deslumbrante ingeniería divina, él sufrimiento actúa como una desconcertante herrumbre que afila él cuchillo de la inteligencia. Como un incomprensible barro que limpia él agua de la voluntad.

En palabras de Samuel:

—Si el dolor no existiera habría que inventarlo.

Tercera y última lección:

El gran «truco».

Cuando el ser humano comprende y admite que el sufrimiento forma parte del «plan Marshall» de Dios, sus visitas son menos habituales. Y el «huésped», si retorna, es recibido con la alfombra roja del silencio. El hombre, entonces, consciente, se cubre y no responde a los golpes con los ganchos de la blasfemia, la cólera o la desesperación. El hombre, entonces, sabe por qué sufre. Y ese pensamiento, además de ennoblecerlo, alivia y acorta el siniestro abrazo.

Es matemático. Dios es un «hincha» del equilibrio. Si el fruto está maduro, un solo gramo de dolor podría malograrlo. El problema es: ¿Quién está lo suficientemente maduro?

Como puedes imaginar, bajo el paraguas de esta filosofía, alzar el puño contra los cielos o contra nosotros mismos por causa del sufrimiento es un error de «pantalón largo».

Lamentos como «Dios no es justo» o «¿Qué habré hecho yo para merecer esto?» demuestran, una vez más, nuestra miopía cósmica.

Acusar a los demás de la aflicción propia es de ignorantes. Acusarte a ti misma es una estupidez. Acusar a la Providencia es hablar de oídas. No acusar a nadie es empezar a comprender.

Y me viene a la memoria una oportuna y brillante sentencia del meteorólogo Julio Marvizón Preney (entrañable fray Larousse para los íntimos):

«Culpar a Dios del dolor es como hacerle responsable de la lluvia.»

Quizá, a partir de ahora, intuyas el porqué de tus desgracias (de nuestras desgracias).

El ser humano, en la mayor parte de los casos, no tiene arte ni parte en las periódicas revisiones de su motor. Es un cliente que mira, aguarda y paga. Sin embargo, torpes y maleducados, insultamos al Mecánico y, lo que es peor, a cuantos nos rodean.

No tiembles, pues, querida niña, ante la idea o la presencia del sufrimiento.

Sí te dejas vencer por él, volverá a vencerte.

Aquel que se agobia, que se niega a vivir, por culpa del dolor no merece vivir.

El último día en la «escuela del sufrimiento», Samuel me pidió que prestara atención a sus ojos voladores. Y añadió:

—Cuando ya no quedan lágrimas, el camino está cumplido.

¿Qué quiso decir?

Simple y difícil de verificar: el hombre, según el Manual de mantenimiento de la escudería divina, viene al mundo con una medida exacta de lágrimas. Y debe pasar al «otro lado» con él tanque vacío.

(Recuerda las normas: en el rally del más allá correrás —madurarás— con un fórmula 1 refrigerado por luz.)

Las lágrimas, por tanto, son el cuentakilómetros de la existencia terrenal.

Cada uno es un acierto en la quiniela de la vida.

Al igual que la mies prospera con él rocío, tú deberás beneficiarte de las lágrimas.

Esas lágrimas, precisamente, como un telescopio interior, te aproximarán al sol y al arco iris del corazón.

Dios, previsor, ha puesto las lágrimas cuando faltan las palabras.

No lo olvides: cuando la mirada se seca, el camino está cumplido.
Recibe un millón de besos de Samuel, «de palique con Dios», ya sabes...

[1] *Los cocodrilos son hombres disfrazados. Por eso lagrimean. (Nota de tu hermano, que estudió ciencias.) También las tortugas marinas «lloran» al poner los huevos. (Nota del puntilloso Julio Marvizón.)*

VOLCÁN IRAZÚ

EL «PACTO»

Que la Providencia afloja o tensa (según) la brida de esta especie de diario no hay quien me lo quite del sentido.

Y es que ha vuelto a suceder. «Alguien» hace juegos malabares con mis intenciones y papeles.

Domingo, 13 de marzo.

Leí el documento con placer. Y la elocuente «anécdota» vivida en Lima apareció en colores en la pantalla de la memoria. Ése sería el siguiente capítulo. Y así lo dispuse.

Lunes, 14 de marzo.

Cuando me senté a escribir, ese «alguien», con una frialdad implacable y mineral, retiró la red. El papel en cuestión, con nombres, datos y detalles, había hecho las maletas. Y hasta hoy...

Y el «trapecista», sin la red de la información, optó por no saltar. Menos mal...

Y apaleando a la muía que llevo dentro descendí al infierno de los archivos, más perplejo que desesperado.

¡Esas «extrañas cosas que nos ocurren todos los días»! ¿Cuándo aprenderé?

Y buena parte de ese histórico lunes fue hipotecada en otro frenético buceo, a la pesca de la carta-menú de aquel inolvidable restaurante peruano en la que había garrapateado la curiosa historia.

Ni que decir tiene que la empresa fue una completa ruina.

Y a las nueve de la noche, la *nave nodriza* dijo «aquí estoy yo».

Una súbita llamada telefónica me anunció el fallecimiento de un amigo-hermano.

Y desarmado y bajo mínimos fui a ocultarme en la rebotica del corazón. Y marcando el número de urgencia de las lágrimas rogué al buen Dios que agilizara los «trámites». Mi amigo —socio del club— merecía incorporarse al rally de la luz sin colas ni papeleos.

La Providencia, sin embargo, a lo suyo, se limitó a levantar la persiana de los recuerdos. Y en el cada vez más repleto escaparate, una lejana escena me hizo señas.

Y. olvidando lágrimas, amigo y plegarias, ante la sorpresa de propios y extraños, me obstiné en averiguar la hora exacta de la muerte de Andreas Faber Kaiser.

Cuando, al fin, supe el momento de su «partida», mi reacción —de la incredulidad a la euforia— puso en guardia a mi gente. Y temieron lo peor.

Y todos los planes, obviamente, fueron modificados. ¡«Esas extrañas cosas...»!

Pero bueno será que me interrumpa a mí mismo y explique, desde el principio, la no menos increíble historia protagonizada con Faber Kaiser en un volcán de Costa Rica y en otro lunes, también 14 (!).

Así fue registrado en el cuaderno de bitácora de turno: «... Volcán Irazú. «Lunes, 14 de octubre de 1985.

»(Hasta ahora me había resistido a pisar el hielo de las fechas y números. Pero la Providencia se ha puesto seria.)

«Alguien, en la animada tertulia de sobremesa (¿fue el propio Andreas?), saca a escena el personaje de la amistad. Y cada cual —pisco va, pisco viene— lo viste y desnuda según su real saber y entender.[1]

»Jacques Vallée:

»—Aléjate de tus enemigos y guárdate de los amigos.

«Protestas generalizadas.

»Enrique Castillo:

»—Un amigo, un tesoro.

«Aplausos.

»Andrija Puharich:

»—La verdadera amistad aparece en los duelos.

»División de opiniones.

»John Lilly:

»—Los auténticos amigos no piensan, actúan.

»¡ Bravo!

»Ricardo Vílchez:

»—Muchos aduladores, pocos amigos.

«Vuelven los aplausos.

»Jacobo Grimberg:

»—Los amigos, una especie en extinción.

» Ovación cerrada.

»Faber Kaiser:

»—La amistad, como los sentimientos y la inteligencia, es inmortal.

«Sorpresa.

»Y Andreas es obligado a desenredar la idea.

»—Los amigos, con mayúsculas —puntualiza echando por delante su proverbial ironía— son los únicos de fiar... aquí y allá .

»E1 fiscal del escepticismo protesta.

»—Aceptada. Explíquese, señor Faber.

»—Después de la muerte —redondea—, la verdadera amistad continúa intacta.

»Y la sala, cómo no, se agota en la cuadratura de las suposiciones.

»Observo al provocador.

»Y la *nodriza* —digo yo— va y me empuja hasta el filo de una loca proposición.

«Atardecer.

«Antes del regreso a San José arrastro a Faber hasta la boca del Irazú. «Silencio. »Las estrellas, con su casco de minero, no tardarán en bajar al tajo de la noche.

«Finalmente me decido. Desafío su hipótesis y le reto a un duelo singular.

«Como viejos amigos —que visten el calificativo con el traje de los domingos (y a mucha honra)— nos sentamos a la mesa de la intimidad.

«Divertido (lo sabía), encaja el discurso.

»—Hecho.

«Sólo hay una fórmula, que yo sepa, para verificar la esperanzada convicción de Andreas. Y sellamos el pacto en los siguientes y heterodoxos términos:

»—El primero en fallecer (si la amistad, en verdad, continúa intacta después de la muerte) queda obligado a iluminar al superviviente con una señal.

«¿Estamos locos? Lo estamos.

«Algunos "mineros" descienden por el ascensor del firmamento.

»Y Faber Kaiser, seguro de sí mismo, se va con ellos, cruzando la raya de lo imposible (?).

»Su audacia me descabalga.

»—¿Qué te parece?

»Miro a los "mineros". Se acercan. Y sin pensarlo me subo al tren en marcha de la imaginación.

»—-Hecho.

«Andreas ha colocado el listón a la altura de los "mineros". La señal huele a sobrenatural. Es inexpugnable. De cumplirse, el amigo vivo se encontrará con una estrella en las manos. En el fondo, ninguno de los dos creemos en semejante locura. Pero los "mineros", a decenas, barrenando el crepúsculo, nos han embrujado.

»—Si lo que defiendo es cierto —atornilla con su mente germánica— el primero en morir deberá hacerlo en un día, mes y año cuyos dígitos sumen su número favorito...

«Estamos maravillosamente locos.

»—... En mi caso —toma nota— ese número especial es el diecisiete. Si lo prefieres, por simplificar: uno más siete - ocho.

»Y apuntilla:

»—ANDREAS FABER KAISER, convirtiendo cada letra a un número, según el método de Cagliostro, también se reduce a ocho.[1]

»Y los "mineros", a millares, nos iluminan curiosos.

«Por mi parte, dudando entre el seis y el nueve, me inclino por el segundo.

«Pero el lance continúa.

»En un oportuno flash añado leña al fuego del "más difícil todavía". Deportivamente, el intuitivo escritor e investigador acepta.

»—Puestos a meter la cabeza en las fauces del Destino —sugiero—, ¿por qué no acorazar la señal con la hora exacta de la muerte?

«El trato está ultimado:

«Hora, día, mes y año del fallecimiento del primero deberán dar, en la suma final, un ocho o un nueve.

»(Sin que Faber me vea toco madera.)

«Y cerramos el pacto a la antigua usanza: palabra y apretón de manos.

«¿Testigos?

»El viento de felpa de una conmovedora esperanza. El cráter negro ceniza de los cuarenta años. El rayo de la imaginación, que no cesa. Una cuadrilla de "mineros", saludando casco en mano y, sobre todo, la plata líquida de la lealtad.

» Suficiente.

»El trato, sin embargo, en estos últimos y agitados ocho años fue lógicamente arrinconado en el desván del "ya veremos". Sólo el recuerdo y la Providencia lo han regado y mantenido vivo.

»Hasta que un lunes, a eso de las nueve de la noche, Enrique Marín me anunciaba el "hasta luego" del amigo.

»(Ahora dudo: ¿quién golpeó en la cristalera de mi memoria? ¿Fue Andreas, recordándome el pacto? Todo es posible en el *club de la mágica fe*.)

»Y sumé y sumé los dígitos hasta el agotamiento.

»Faber Kaiser, muerto a las 20:20 horas del lunes 14 de marzo de 1994, había cumplido.

»Dicho en lenguaje numérico:

20 + 20 + 14 + 3 + 1994 = 35 = 3 + 5 = 8.

»Hora, día, mes y año, bombardeando las posiciones de la lógica, arrasaron y me arrasaron.

»Faber estaba en lo cierto:

»La amistad —¿por qué será?— es la única tarjeta de crédito que nos llevamos al otro lado.

»Ahora tengo la absoluta certeza de que mi amigo-hermano está "vivo".

»Y sé que cuento (no olvides pasarme información sobre lo que tú ya sabes) con un incondicional y poderoso "embajador y confidente" en la corte del Gran Cómico.

»Y esa noche del lunes, catorce, uno de los "mineros" —recién llegado—, agitó su casco de luz, respondiendo a mi plegaria con sus familiares ¡Ciao! y ¡Suerte!»

[1] Del 14 al 19 de octubre de 1985 se celebró en San José de Costa Rica un congreso internacional sobre «Las nuevas fronteras de la ciencia». En él, entre otros destacados investigadores, participó Faber Kaiser. (Nota del autor.)

[1] El mago Cagliostro asignaba los siguientes valores numéricos a las letras del alfabeto:

1	*2*	*3*	*4*	*5*	*6*	*7*	*8*
A	*B*	*C*	*D*	*E*	*U*	*O*	*F*
I	*K*	*G*	*M*	*H*	*V*	*Z*	*P*
Q	*R*	*L*	*T*	*N*	*W*		
J		*S*			*X*		
Y							

(Nota de Faber, desde los cielos.)

LOS FABER KAISER

Volcán lrazú.
Queridísima hija:
He vuelto al viento de seda, a la ceniza lunar y a las estrellas (casco en mano) de este cráter. Se lo debía a Faber...
Sé que lo comprenderás. Estas líneas, escritas en la cuerda floja de la tristeza y de la esperanza del «hasta luego», son un continuo caer y levantarse. Los recuerdos me atropellan. Discúlpame.
Con tu permiso, aunque seas la destinataria, me gustaría dedicar esta carta a Mónica y Sergio, los hijos de Andreas. Gracias por tu gentileza.
Pues bien, obedeciendo órdenes (ya podéis suponer de quién), y puesto que los tres habéis empezado a tantear —en serio— en el laberinto de los espejos de la amistad, dejadme que abra el armario de la experiencia y os muestre lo que Faber y yo entendemos sobre tan delicado negocio.

Sabemos que es prematuro. No importa. Asumimos el riesgo. La travesía de la amistad —espejismos incluidos— debe ser emprendida sin demoras.

Faber Kaiser, que trataba de usted a la mar, comparaba el concepto amistad con una larga y, en ocasiones, penosa singladura. Un viaje que, por su propia naturaleza, no puede ser valorado en profundidad desde la playa de la juventud. La auténtica trascendencia de ese tesoro se destapa más adelante, en la mar abierta de la vida: en la bonanza de los días lineales, en el vendaval de la desgracia, en él levante machetero de la ruina y en él oleaje arbolado o montañoso de la envidia, la hipocresía y la mentira. Será ahí, en la calma y en las adversas condiciones, cuando aprenderéis a maniobrar con soltura y a distinguir los arrecifes de la adulación y las traicioneras corrientes de la enemistad.

Veamos qué dice el club *al respecto. Y arrancaremos con los peligros.*

«Arrecifes.»

En las cartas de marear de la existencia aparecen perfectamente señalados. La Providencia siempre juega limpio.

Y conviene detectarlos con precisión y celeridad. De lo contrario, esas implacables agujas, semiocultas bajo el lomo ondulante del día a día, pueden abriros el casco y echaros al fondo. Estos escollos —muy abundantes— figuran en los mapas con un indicativo en clave: «adulación».

Después de cincuenta años de navegación, Faber y yo hemos aprendido que esos arrecifes son especialmente dañinos. Mucho más, incluso, que las violentas corrientes, visibles a distancia.

Es preciso, pues, marcarlos con él lápiz rojo de la cautela y sortearlos, a fin de que el cargamento de vuestra inocencia no se derrame por la borda.

Y preguntaréis:

¿Cómo identificar al adulador?

Atentos al fax que envía Faber:

«Lo descubriréis a vuestro lado; confortablemente instalado en él carro del "OK". Si el carro, de pronto, pierde una rueda, saltará sin despedirse siquiera.

»Como buen oportunista lo encontraréis en el vestíbulo del dinero, del triunfo (recordad: con minúsculas), de la belleza (¡ojo, Mónica y Tirma!) y de la vanidad.

»Es maestro en excusas. Las tiene y las conoce todas. Y tira de ellas para "entrar y salir".

»Apuñala cuando habla. Si calla es que ha sido apuñalado por otro adulador.

»Debilita e invierte (su gran objetivo) con estudiadas dosis de elogios.

»Su especialidad: la caza del ignorante.

»Su pieza favorita: el necio. A su sombra se reproduce como los hongos en primavera. Y el necio que lo escucha queda irremediablemente vampirizado.

»Es un experto en la imitación. Raras veces lo hallaréis en los títulos de crédito de la originalidad, el arte o la constancia. Carece de nombre. En su tarjeta de visita se lee: "amigo de..."

»Una infalible señal que os ayudará a desenmascararlo: su proximidad provoca en los espíritus nobles un incómodo sarpullido de rubor.

»Antídoto: practicar la diaria "gimnasia" del ÉXITO (con mayúsculas).»

Segundo peligro.

Mar adentro observaréis también unas fortísimas y alevosas corrientes. Son los «enemigos».

¿Cómo reconocerlos?

Sigamos leyendo el fax.

(Me parece que el diligente Faber tiene ahora más trabajo que antes.)

«... Vosotros —me dicta el "minero"— no seleccionáis a los enemigos. Son ellos quienes os eligen.

»Son sieteciencias. Esconden su mediocridad, atacando la brillantez del injuriado.

»Su enfermiza personalidad sólo les permite construir sobre el no.

»Están castrados para la imaginación que vuela. Para la que se arrastra son sementales.

»Practican el derecho de pernada con las ideas.

»Su estilo: el tiro en la nuca. En el cara a cara enmudecen.

»Son el Perogrullo de sí mismos.

«Conocen dos únicos temas de conversación: el otro y el yo.

"Frecuentan los lugares donde todo gira a su alrededor. Su yo no soporta sombras ni competencias. Sólo sumisión.

»A pesar de su esmerada educación, ese yo suda y apesta por cada uno de sus poros.

»Se coronan con las ínfulas ajenas.

»Allá donde van envían su curriculum por delante. Y siempre es más pomposo que el vuestro.

»Varean el estiércol de las habladurías y lo amasan en forma de dogmas.

»Son tan engreídos y prepotentes que, incluso cuando dicen amor, se llenan de sí mismos.

»Dicen tener amigos. Falso. Son aduladores. Y serán aplaudidos mientras el necio les sirva.

»No admiten que podáis tener amigos. La lealtad la conciben como un vasallaje. Y esos amigos se convierten en sus nuevos enemigos.

"Desconfiad del "amigo" que se declara amigo de vuestros enemigos. ¿Desde cuándo es posible disparar dos arcos a la vez?

»La generosidad, para el enemigo, es un personaje de ficción.

»La envidia, la calumnia, la mentira y el desprecio, en cambio, son las cuatro ruedas de su existencia.

«Guardaos, pues, de esas corrientes. Y tened en cuenta que no hay enemigo pequeño.

»Un consejo del club: *no los aplastéis. No os coloquéis a su nivel. No malgastéis con ellos un solo gramo de tiempo y energía. Eso sí, mantenedlos a distancia, como a las víboras. Y observadlos. Entonces descubriréis cómo es en realidad la persona a la que atacan. Ejemplos:*

»Si el enemigo es violento, tened por seguro que él otro (el odiado y criticado) es pacífico.

»Si el enemigo es de verbo acampanado —si sólo se escucha a sí mismo—, sabed que el otro es sencillo, sin doblez y amante de la claridad.

»Si el enemigo es subterráneo y sinuoso, el otro es noble y directo.

»Si frecuenta las medias verdades, dad por hecho que la verdad está en él otro lado.

»Si revela el porqué de su inquina, atención, ahí tendréis, justamente, su gran carencia.

»Si golpea vuestra verdad, regocijaos porque la está engrandeciendo.

»Si destruye, no os alarméis. Recibirá el "ciento por uno".»

Fin de la transmisión.

Tranquilos. No os inquietéis. Nosotros navegamos en el magnífico y muy marinero velero de la amistad. Tenemos ventaja.

Y preguntaréis, claro está:

¿Cómo saber —«sentir»— que estamos frente a un amigo de ley?

Ahora el fax es de mi cosecha. (Eso creo, al menos.)

Medidas ideales del amigo:

«90-60-90.

»Es decir: todo corazón (90).

»Cintura de bailarín para la discreción (60).

»Entrega total (90).»

Traducido al cristiano:

«Los auténticos amigos —los Faber Kaiser— no saben nadar y guardar la ropa.

»Os lo dije: son "veleros". Aunque, más que navegar, vuelan.

»Su estela es inconfundible: arranca y termina con una sonrisa.

»Están hechos de una fibra insumergible al desaliento.

»Y la gaviota herida por la necesidad siempre halla refugio y auxilio en sus cabos y mástiles.»

Interpretan y dirigen los sentimientos desde el afecto. Y jamás pierden el compás.

En la partitura de la vida, el metal del oro, el viento de la desgracia y la percusión de la justicia suenan armónicamente bajo su batuta.

Tienen «duende». Y emiten en su mágica frecuencia.

Habitan la casa del detalle.

Son analfabetos para el «ya veremos». Van y vienen en el coche oficial de Dios: el ahora.

Se resisten a planificar más allá de los treinta segundos.

Son rompehielos de lo imposible.

Como socios del club *pagan religiosamente la cuota del «toma». El «dame» es cosa de gentiles.*

Practican la fe del carbonero: el amigo no necesita pruebas ni argumentos.

Jamás prometen. Hacen y están.

Nacen por generación espontánea. Sólo Dios, él Gran Amigo, conoce el misterio.

Si desaparecen es que nunca existieron.

Son «paracaidistas» del sexto sentido. Caen de pie, en el momento justo y en el lugar adecuado del corazón del amigo.

Han sido entrenados en él difícil combate del saber escuchar.

Gozan de «patente de corso» para la censura. Es su primer y más sagrado deber.

Miran en dos posiciones: de frente y hacia arriba. Cuando pasan al otro lado utilizan una tercera: hacia abajo.

Son brillantes recitadores de silencios.

Cuando juegan los dados de la vida, siempre salen los mismos amigos.

Si lo desean llegan tarde a la alegría. Ante los SOS son supersónicos.

Su lema: «Al amigo, con razón o sin ella.»

Son el segundo «raíl», sólidamente anclado al primero por las traviesas de la generosidad, la mutua estimación y él cariño limpio y desinteresado.

Se niegan a decir adiós. Prefieren el hasta luego.

Y cuando se «van» —como Andreas—, no se «van».

Recibid un millón de besos de vuestros «amigos».

GALÁPAGOS

UNA PELOTA DE GOMA

Por una vez y sin que sirva de precedente, ¡al diablo el rigor científico!

Poco importa que los razonamientos del viejo guarda de la Estación Biológica Charles Darwin fueran discutibles. Una imagen o una sensación pueden contener más verdad que un premio Nóbel.

Y el viejo guarda, tomando una pelota roja de goma, se dispuso a lanzarla.

—Observa la reacción —advirtió.

Y el juguete se precipitó en las violetas aguas de cabo Marshall, al noreste de la isla Isabela.

Y al punto, las focas, alborozadas, se zambulleron, emprendiendo una muy particular y gozosa competición de water-polo.

Hembras, crías y machos se disputaron la esfera, alzándola, equilibrándola sobre sus caras de oso y palmoteando como niños.

Y a cada pase, la familia, con sus húmedos y refulgentes impermeables de doble pelo, mugía complacida.

En el roquedo, los uniformados pingüinos «rebuznaron» estupefactos, reprochando a sus vecinos tan descarada frivolidad. Algunos, más que molestos, mirando siempre por encima del hombro, nos dieron la espalda, y se alejaron a pequeños saltos.

Y el juego se prolongó hasta el agotamiento.

El sencillo experimento fue repetido con las gigantescas tortugas e iguanas terrestres.

La pelota rodó hasta los acorazados reptiles. Pero sólo provocó malas caras, recelo y una huida a cámara lenta.

Y el viejo guarda sentenció:

—... Como ves, el fenómeno del juego también se da en los animales. Sin embargo, curiosamente, sólo los más jóvenes e inocentes lo aprecian y practican.

Es extraño. A pesar de haber dado la vuelta al mundo setenta y cinco veces —quizá más—, mi capacidad de asombro continúa virgen. Y a cada instante se abre primeriza y conmovedora.

En ocasiones no es un paisaje o un suceso capital lo que la estimula. En más de una y en más de dos oportunidades lo que ha acertado a ponerla en pie ha sido algo tan venial como una pelota de goma..., y sus «protagonistas».

He aquí mi «postal» favorita, la que acerté a depositar en el buzón de los recuerdos, tras la visita a las islas Encantadas, también conocidas como archipiélago Colón o islas Galápagos. Una segunda arca de Noé, varada en medio del mundo.

Una sensación, cabalgando a pelo sobre una briosa imagen.

Así son las cosas y así debo confesarlo.

Aun reconociendo su belleza, no fue la lava basáltica, gris, oscura, suave y cristalizada —acordonada por el dedo distraído de Dios— lo que más me impresionó de estas trece islas y sus cuarenta y ocho, islotes satélites.

Aun reconociendo su belleza, no fueron los dos mil quinientos volcanes en miniatura de la isla Isabela, sus campos lunares, en blanco y negro, de piedra pómez o los seis mil galápagos —fotos fijas de la prehistoria— lo que más me impresionó de este paralelo cero del tiempo.

Aun reconociendo su belleza, no fue el «ojo de cíclope» de isla Fernandina, con su aterradora caldera de novecientos metros de profundidad y sus centurias de amarillas iguanas terrestres, coronadas de espinas, lo que más me impresionó de aquel «gólgota» americano.

Aun reconociendo su belleza, no fue el bosque de palo santo de isla Santa Cruz, en blanco paranormal, ni tampoco los cactus Opuntia, siempre en procesión, siempre en perpetua rogativa, lo que más me impresionó de estos cielos, sordos a la lluvia.

Aun reconociendo su belleza, no fue el pelo rojo de las islas Plaza o sus lobos marinos, orondos «marujos y marujas» del archipiélago, lo que más me impresionó de esta pedanía de los mares, afortunadamente olvidada por los corsarios de la tarjeta de crédito.

Aun reconociendo su belleza, no fue el pálido cutis de las islas Daphrie, maquillado en azul por los cientos de parejas de «piqueros» silbadores, lo que más me impresionó de aquel Pacífico, todavía sonriente.

Aun reconociendo su belleza, no fueron los gavilanes de isla Santiago, con su garfio de bucanero, o los pájaros «brujos», riéndose en rojo de la cadena perpetua de la lava negra, lo que más me impresionó de este Edén sin ángel exterminados

Aun reconociendo su belleza, no fue isla Rábida, con su playa en púrpura cardenalicia y su Vaticano de pinzones de Darwin, lo que más me impresionó de aquel retiro espiritual de «sor Naturaleza».

Aun reconociendo su belleza, no fue el libro abierto de rocas ígneas de isla Pinzón, con sus renglones torcidos de magma, lo que más me impresionó de esta hoja del calendario geológico, que alguien olvidó arrancar.

Aun reconociendo su belleza, no fue el verde esmeralda de la playa de isla Floreana —disculpable «cabezada» de Dios en su semana laboral— lo que más me impresionó de este «apéndice del Espasa divino».

Aun reconociendo su belleza, no fue la Roca Kicker, «león dormido» sobre las aguas de isla San Cristóbal, lo que más me impresionó de aquel «laboratorio» del dios terremoto.

Aun reconociendo su belleza, no fueron las escuadrillas de albatros de isla Española, con sus pellizas de vuelo, lo que más me impresionó de esta «base naval de los sueños».

Aun reconociendo su belleza, no fueron los tiburones blancos de isla Santa Fe, asesinos a sueldo del océano, ni la guardia pretoriana de los cactus, cerrando filas frente a las fumarolas, lo que más me impresionó de aquella redondeada esquina de la Historia. Una Historia que ni siquiera ha comenzado.

Aun reconociendo su belleza, no fue la humilde horizontalidad de isla Genovesa, con sus negras iguanas marinas, buceadores de combate y policías de costas, y sus «piqueros» enmascarados, siempre diciendo sí, lo que más me impresionó de este «cuartel general» de la supervivencia.

Aun reconociendo su belleza, no fue el roquedo de isla Marchena, gimnasio de los forzudos cangrejos «zayapas», dormidos al sol en puritanos trajes de baño sangre-fuego, lo que más me impresionó de aquel archipiélago, encantado por el «nada que hacer».

Aun reconociendo su belleza, no fue la arena negro-firmamento o los acantilados «hasta el cielo» de isla Pinta lo que más me impresionó de esta «torre de Babel» de lo que vuela, nada o se arrastra.

Aun reconociendo su belleza, no fue el oleaje de cristal, en pulso eterno con los perfiles de las islas Darwin y Wolf, ni tampoco sus remiendos de líquenes anaranjados, verdes, grises y blancos, lo que más me impresionó de aquel «juglar» del ayer.

Lo que más me impresionó, como digo, fue una modesta pelota de goma...

Una pelota lanzada sobre la inocencia.

Una pelota arrojada después frente a la cara de serpiente del aburrimiento.

Una pelota echada a rodar por último entre las garras de la desconfianza.

Una pelota y dos actitudes.

Las focas, con sus abrigos de doble pelo, apostando por la alegría y el placer del juego.

Las tortugas e iguanas terrestres, «pasotas» de la evolución, refractarias a la ingenuidad, siempre en guardia, siempre dibujando fealdad, siempre mecánicas, siempre muertas para el asombro y el aplauso, siempre reptando y desafiando. Siempre sospechosas. Siempre caballeros de la triste figura.

—...Jugar o no jugar —resumió el viejo y sabio guarda de la Estación Charles Darwin—. He ahí la cuestión...

EL «ESMOQUIN» DE LA OTRA VIDA

Galápagos.

(A bordo de la motonave Santa Cruz.)

Mi querida niña:

Acodado en la borda, con un sol en pijama y él horizonte recogiendo sus últimos azules, he pensado en ti y en tus hermanos. ¡Qué tontería! ¿Desde cuándo es posible pensar en alguien que se lleva dentro? Tú me entiendes. Mi vida, ya ves, es una paradoja: cuanto más lejos, más cerca...

Y digo que pensaba en vosotros porque, en esta larga travesía por las islas Encantadas, la «nave nodriza» me ha recordado algo que os afecta. Y lo ha hecho, como tantas veces, desde él «córner» de la vida, levantando el banderín de lo aparentemente trivial: unos animales y una tonta pelota de goma. Y mis ojos se han abierto de nuevo. Y la lección aprendida frente a las focas, las gigantescas tortugas e iguanas terrestres —«jugar o no jugar»— me ha animado a iniciarse en otro capitulito de este tesoro que, no sé si acertadamente, he dado en llamar testamento. Una página del día a día a la que, muy probablemente, no has prestado demasiada atención. Una especie de letra pequeña de la existencia que, estoy seguro, te hará sonreír con indulgencia. No importa. Escribo hoy, sí, pero él «matasellos» lo pondrá la Providencia. Ella hará de cartero en el momento oportuno. Entonces, sólo entonces, comprenderás y me comprenderás.

Prosigamos.

Si te soy sincero, no sé cómo desembarcar en el tema. Más aún, casi me da vergüenza plantearlo. Supongo que as normal en un mundo tan desquiciado. Pero me he propuesto atacarlo y lo haré. La intuición —esa consejera con los pies alados— no hace otra cosa que gritarme:

—Háblale de la inocencia.

Pues bien, de eso se trata. Como habrás imaginado, detrás del «jugar o no jugar» se esconde algo mucho más delicado y vital: la necesidad de ser inocente.

Me gustaría explicarte, demostrarte (?), la inmensa importancia de la inocencia. Un término, también lo sé, prácticamente descatalogado en una civilización (?) en la que todo tiene precio.

(Me parece que esa benevolente sonrisa que te mencionaba acaba de sombrear tu precioso rostro. Y lo comprendo. ¿De qué estoy hablando? ¿De la necesidad de ser inocente? Efectivamente, tu padre no es de este planeta.)

Te lo advertí. Mi tesoro, el que ahora pongo en tus manos, es tan especial e increíble que sólo los «socios del club de la mágica fe» pueden hacerlo suyo.

Y me dirás: aclaremos conceptos. ¿Qué es y qué representa hoy la inocencia? ¿Para qué sirve?

Lo primero que se me ocurre es que, envueltos como estamos en la confusión, ser inocente se interpreta en la actualidad como una suerte de «retraso mental», digno de piedad o de burla. ¿Cuántas veces lo hemos afirmado u oído?: «Ése es un inocente.» Y en la expresión flota él sulfúrico del desprecio y de la chanza. Ser inocente, pues, es sinónimo de «tonto sin solución».

Para el club, *en cambio, la inocencia —es decir, la ausencia de malicia— es el doctorado que corona y justifica al ser humano. Un estado, fronterizo con la santidad, muy difícil de conquistar y que exige un durísimo entrenamiento.*

Te adelantaré la definición del club:

Ser inocente equivale a vestir en vida el ropaje de Dios.

¿Exagero? Juzga por ti misma.

A poco que te fijes tendrás que aceptar que el buen Dios es el «no va más» de la inocencia.

Recuerda:

Lo suyo es regalar. ¿Hay algo más inocente que la práctica del regalo?

Nunca regatea un amanecer.

Nunca pone precio a la primavera o al invierno.

Se comporta como un niño. ¿Conoces mayor inocencia que la de la niñez?

Juega por él placer de jugar. Su vida es un juego. Tú y yo somos consecuencia de ese juego.

Sólo sabe preguntar. Y te mira de frente, sin doblez, en cada sentimiento.

En el colmo de la ingenuidad, sigue creyendo en lo creado. ¿Sabes de algo más inocente?

Y me atrevo a pensar que ha llegado al «generalato» porque —inocente— ama por amar. Sirve por servir. Dios usa las manos, claro está, pero nunca para reclamar.

Y es esa inocencia la que le permite vivir permanentemente sentado en el asombro. En la «olimpiada» del asombro, tu Jefe ha acaparado siempre el «oro, la plata y el bronce».

Y esa inocencia se nutre del todo y de la nada. Dios, como buen inocente, se pasa el tiempo (y él no tiempo) estudiando. Por eso está lleno.

Otro ejemplo: La Naturaleza —que imita a Dios— es inocente «por naturaleza».

Es confiada —otra de las características de la inocencia— en el «antes, durante y después».

Si cortas una rosa, se refugia en el silencio.

Si abres los mares, la estela te sigue sin protestar.

Si te subes al viento, los cielos se apartan respetuosos.

Si recoges la cosecha, la tierra no arruga el ceño. Y se prepara para la siguiente.

Si se altera, te avisa.

Ser inocente, en fin, nada tiene que ver con esa deformada idea del «retraso mental».

Ser inocente, querida niña, como te dije, es vestir en vida él esmoquin de la otra vida. Un privilegio de los «enchufados» de Dios.

Y es el turno de la primera gran pregunta: ¿Cómo conseguir ese deslumbrante esmoquin? Según él club, *el secreto está en el 9. (Cuando cumplas los cuarenta, si la kábala te sale al encuentro, descubrirás que Dios no «respira» oxígeno, sino matemáticas.)*

Una pequeña historieta —recibida hace unos instantes de la «nodriza»— te ayudará a comprender la «broma» (?). El fax dice así:

«... Hace de esto algún tiempo (?), el buen Dios se encerró en el taller de "bricolaje" de los sueños.

»Y divertido —inocente como un cubo de agua— se puso a enredar con la palabra INOCENCIA.

»Y jugando se le ocurrió separar las letras.

»¡Oh maravilla!

»De pronto, cada una cobró vida propia. Y fueron transformándose.

»Así, la I, sonriente, apareció como la "Ingenuidad".

»La N, previa reverencia, se identificó como la "Nobleza".

»La O, abriendo sus redondos ojos, dijo ser el "Olvido", aunque no estaba muy segura.

»La C se inclinó hacia el Creador y observó. Y Dios sonrió complacido: era la "Curiosidad".

»La E tendió su mano y estrechó la de Dios. "Soy la Espontaneidad", dijo.

»La segunda N miró hacia arriba. Y Dios, olvidando el protocolo, la tomó en brazos, estampándole un sonoro beso. Después de todo había adoptado la forma más querida, la de un "Niño".

»La segunda C fue la única que se presentó desnuda. Era la "Confianza".

»La segunda I, aupándose sobre los descalzos dedos de los pies, se adelantó a los pensamientos de Dios. "Mi nombre —susurró— es Intuición."

»Por último, la A, convertida en espejo, reflejó él "Asombro" de Dios.

»Y el Gran Manitas, feliz, sopló con fuerza. Y las letras se dispararon por todo lo creado.

»Y guiñando un ojo a los superuniversos dejó caer, como quien no quiere la cosa:

»—Ahí va mi secreto. Aquel que consiga reunir-las poseerá la INOCENCIA.»

He aquí, según el club, *la fórmula para hacerse (en propiedad) con el seductor esmoquin. Para*

merecer, en suma, el magnífico título de inocente. Un estado, como te previne, a caballo entre lo humano y lo divino. Una conquista muy compleja, que exige el conocimiento y la práctica de esas nueve condiciones. Todas a un tiempo. Todas a plena potencia.

¿Las repasamos?

I (Ingenuidad).

Ser inocente es ser auténtico. Manifestarse a cuerpo descubierto. Tal como eres. Con sombras y luces. Sin camuflajes. Sin maquillar el alma ni las formas. Sin recámara. Borrascosa o plácida, como la mar.

N (Nobleza).

Ser inocente significa «más arriba». Con los sentimientos en el ático: por encima de lo habitual. El noble —el aristócrata de corazón— no habita en los suburbios de la mezquindad, sino en las lujosas urbanizaciones de la generosidad.

O (Olvido).

Ser inocente supone armarse para el desarme del olvido. Si lo prefieres, para el perdón. La inocencia olvida el mal con la tenacidad y elegancia de la ola, que borra tus huellas en la playa. Para ser inocente tendrás que aprender a programar el disco duro de la memoria para un continuo «no existe», «no recuerdo»...

C (Curiosidad).

Ser inocente lleva impresa (de fábrica) la condición de curioso. Sólo los espíritus nobles confiesan su abrumadora ignorancia. Y ello los convierte en alcohólicos del saber. Ser inocente es una condena. Una maravillosa condena a beber conocimiento. A beber como un poseso. Y el inocente, con tal de apagar su sed, recurre a todo y en todo momento: al vino de las preguntas, al coñac de la lectura y al champán del yo interior.

E (Espontaneidad).

Ser inocente es tener vida y movimiento propios. Autopropulsarse. Circular por los carriles personales —asfaltados o polvorientos— de tu nombre y apellidos. No depender del semáforo del qué dirán. Crecer con las nieves y la sequía de tu inteligencia. Sin los pesticidas de la hipocresía. Entonando la tabla de multiplicar de la naturalidad, prima hermana de la ingenuidad.

N (Niño).

Ser inocente es volver al pan y chocolate del corazón: la niñez.

Para conservar el valioso cargamento de la inocencia conviene contratar al 007 de pantalón corto. Conviene volver, aferrarse, recuperar al «niño» interior. Al que fuimos. Al que añoramos. Al que llevamos escondido bajo él rígido almidón de las conveniencias sociales y al que acariciamos cuando nadie nos ve.

Inocente = niño = anarquista de lo gris = objetor de lo fosilizado.

Que tu alma, en lugar de sumar, reste cumpleaños.

No te ruborices si la mediocridad se ríe de las trenzas de tu espíritu.

Que tus ojos se encandilen con lo que los otros ignoran o desprecian.

Entra sin temor en él túnel de la risa del porqué.

Sonríe por cualquier cosa. Para los inocentes es gratis.

Al igual que él bebé, llévate la vida a la boca.

Recuerda que Dios —él Gran e Incorregible

Niño— siempre empieza por el postre: ¿no te hizo niña antes que adulta?

Ser inocente es ganar sin arriesgar.

Como el niño, el inocente ama por inercia. Confía por naturaleza. Juega por necesidad. Vive sin saber que vive.

Si te acusan de inocente o de niña, ¡felicidades! Habrás entrado en el club.

C (confianza).

Ser inocente —creo haberlo escrito en alguna parte— es ir por la vida con las manos en los bolsillos. Es decir, en pasaje de lujo.

Ser inocente = confiado, es portar la pancarta de la esperanza. La única que no irrita, que siempre aparece en blanco, que desmiente al futuro y que arrastra.

Ser inocente = saber y entender lo que el resto no sabe ni entiende.

Ser inocente = confiado, es pisar el acelerador del ánimo, manteniéndolo en la zona roja del doscientos por hora. Y hacerlo con un vigor que haga exclamar: «no es humano».

Ser inocente es confiar hasta la locura: único atajo a la cordura.

I (Intuición).

Ser inocente —suma y sigue— te convertirá en mago. Sentirás lo que los demás sólo saben. Y cruzarás en cabeza todas las metas volantes de la carrera humana.

Ser inocente es abonarse gratis al fax de los cielos. La operadora (la intuición) será entonces tu confidente. Ella te avisará con la telegrafía sin hilos de los sentimientos. Después, la pesada maquinaria del razonamiento le dará la razón. Es él clavel en la solapa del esmoquin.

A (Asombro).

Ser inocente es nacer continuamente. Una y otra vez y por el invisible y elástico canal del asombro.

Ser inocente es asombrarse del ahora, del ayer y del último segundo, cuando no quede ya nada de qué asombrarse. Asombrarse de lo nunca visto y, sobre todo, de lo siempre visto.

Ser inocente es nacer (asombrarse) cada mañana ante la cambiante sonrisa de tu fotografía en la pared.

Ser inocente es nacer (asombrarse) ante el pájaro que hace escala técnica en tu ventana.

Ser inocente es nacer (asombrarse) ante el brazo convertido en almohada.

Ser inocente es nacer (asombrarse) ante la danza del vientre de la llama de una vela.

Ser inocente es nacer (asombrarse) ante el milagro empaquetado de un mando a distancia.

Ser inocente es nacer (asombrarse) ante la femenina curvatura de la luz.

Ser inocente es hacer (asombrarse) ante el voluntarioso ir y venir de lo cotidiano, ese pariente pobre y olvidado.

Ser inocente, en fin, es imaginar el asombro como un Dios-Niño tocando los porteros automáticos del alma y echando a correr.

Todo esto, como puedes suponer, hace de la INOCENCIA el enemigo público número uno. Los «ladrones del oxígeno-bis» la temen.

El inocente —ingenuo, noble, olvidadizo para él mal, sediento de saber, espontáneo, niño, confiado, intuitivo y siempre en posición de asombro— es invulnerable e incorruptible. Es el bien, químicamente puro. Su luz inquieta, traspasa y desarma.

Dios los escolta personalmente. ¡Y ay de aquellos que escandalicen a uno de estos pequeñuelos! Pisotearlos es un puntapié en la espinilla de Dios.

El peor pecado, querida Tirma, no es dejar de creer en las hadas. Lo que no perdona el Cielo es que un niño deje de creer en ellas por nuestra causa.

Y concluyo con la segunda gran pregunta:

¿Para qué sirve la inocencia?

¡Maldito utilitarismo! (Perdona el desahogo y recuérdame que te hable de esta moderna epidemia.)

La cuestión, a mi parecer, no está bien planteada. Si me autorizas, te responderé a la gallega.

Dime:

¿Para qué sirve el palmoteo de las focas de las islas Galápagos?

¿Para qué sirve el redondo amor de una madre?

¿Para qué sirve el frío de una despedida?

¿Para qué sirve él calor de un ¡hola!?

¿Para qué sirve el sol sin paracaídas del atardecer?

¿Para qué sirve el verde hierba de tu mirada?
Tú misma te has respondido: hay cosas que «son» y cosas que «sirven».
Recibe un millón de besos, mi querida «niña».

ISLA DE PASCUA

FELICIDAD Y SU SOBRINA, DOÑA PAZ

Tercer viaje a Pascua. Tercer cuaderno de campo. Tapas rojas deshilachadas, mordisqueadas por una vida que se me va a chorros en esta insoportable búsqueda de la felicidad. Pero ha merecido la pena. La inútil búsqueda ha terminado. Ahora sé qué es la felicidad y dónde y cuándo encontrarla. Y los apuntes, en el diario de a bordo de mis cincuenta años, han quedado en suspenso.

Abro el histórico manuscrito y leo:

«... Tercer encuentro con Rapa Nui, el "ombligo del mundo". También aquí exploro la felicidad. Y un familiar cosquilleo en el alma me avisa. La *nave nodriza* acaba de anclar en los cielos de la isla. ¡Ojo...!

»Me reúno con el Norte.

»Me siento frente a la belleza y la playa de Anakena me dicta:

»—... ¿Buscas la felicidad? Mírame.

»Soy otro arco iris desertor.

»E1 azul habita en las aguas. Y permite al color blanco espumear en la roca.

»E1 negro ha elegido la piedra. Y la viste de luz.

»E1 rojo, altivo, anida sobre el moai, ennobleciendo la escoria.

»E1 verde pinta el bosque, contoneándose en el palmeral.

»Y el naranja, redondo, siempre el último, al perseguir al sol avisa que —como tú— sólo somos una ilusión.

»Una ilusión llamada "Rapa Nui".

»¿Es la belleza la felicidad? ¿Está la felicidad en la belleza?

»Si es así, acaba de borrarse. Y debo seguir explorando.

»Me reúno con el Sur.

»Escalo los islotes sagrados.

»Me siento sobre la eternidad del Motu Nui y los peñascos me dictan:

»—... ¿Buscas la felicidad? Míranos.

»Más que eternos, somos reveladores.

«Hemos sido dibujados, labrados y derramados en un stop del vuelo de Dios.

»Y la mar —novia engalanada— le canta y nos canta horizontes.

»Aquí abajo, a tus pies, todos respiramos espuma. Todos hablamos a media voz. Todos susurramos.

»No sea que Dios despierte y reemprenda el vuelo.

»¿Es la eternidad la felicidad? ¿Está la felicidad en la eternidad?

»Si es así, acabo de espantarla. Y debo seguir explorando.

» Salto al Motu Iti.

»Me siento en la aguja de su poder y la roca me dicta:

»—... ¿Buscas la felicidad? Mírame.

»Soy la fuerza marina.

»Soy el inmóvil poder del basalto, asomado a la móvil explosión del azul.

»Somos la misma cosa: Dios omnipotente.

»Una, femenina y cambiante, jugando a ir y venir.

«Otro, imperturbable, canoso de vientos.

»Y ambos te acogemos graciosamente.

«Como un frágil suspiro de Dios. Como un hombre.

»¿Es el poder la felicidad? ¿Está la felicidad en el poder?

»Si es así, desheredado de todo poder, debo seguir explorando.

»Me reúno con el Este.

»Me siento en el libro por descifrar de la cantera del Rano Raraku. Y cada página —cada moai— me dicta:

»—... ¿Buscas la felicidad? Míranos.

»No somos estatuas.

»Somos tu impotencia.

»Somos la insolencia.

» Somos la imaginación.

«Somos un aviso del silencio.

«Somos el anticipo del "no tiempo".

«Impotente (tú) para arrancar nuestro secreto.

«Insolentes (nosotros) que ni miramos ni respondemos.

»Somos la imaginación pura, "radio-ayudas" del Dios Misterio, que tiene en Pascua su torre de control.

«Torre de la "Mágica Fe".

»¿Es la imaginación la felicidad? ¿Está la felicidad en la imaginación?

«Si es así, acabo de rozarla. Y debo seguir explorando.

»Me reúno con el Oeste.

»Me siento en la cima de la soledad. Y el Maunga Terevaka, montaña vigía de la isla, me dicta:

»—... ¿Buscas la felicidad? Mírame.

«¿Por qué me llamáis "rosa separada"?

«Sólo puedo asomarme a la Luna, es cierto. Pero no estoy separada. Sólo preservada.

«Soy "ombligo" del corazón.

»Y un océano, guardián circular, me limpia, protege, ama y preserva.

«Siempre estuve aquí.

«Soy la negra-blanca alma de unos corazones que vinieron y jamás partieron.

»"Rosa separada", en todo caso, de un mundo sin alma.

»¿Es la soledad la felicidad? ¿Está la felicidad en la soledad?

»Si es así, voy por el buen camino. Pero debo seguir explorando.

»Me reúno con el Interior.

»Y me siento, por último, entre los hombres. Y lo hago —por deseo expreso de la Providencia— entre los "últimos de la fila". Y la *nave nodriza,* implacable, me dicta:

»—... ¿Buscas la felicidad? Míralos.

«Papiano Ika, Joel Hereveri, Rafael Tuki y Napoleón.

«Leprosos.

«Devorados por la enfermedad de Hansen. Lepra seca.

»Sin dedos y ríen. Sin rostros y ríen. Sin pies y ríen.

»¿Cómo es posible reír desde la "nada"?

«Napoleón y Rafael (sin dedos) "trabajan" la madera. Y ríen sin cesar.

«Joel (sin dedos) "pinta". Y ríe sin cesar.

«Papiano (ciego) "ve" crecer las flores. Y ríe sin cesar.

»Y ahora pregúntales...

»Y obedezco:

»—¿Conocen ustedes la felicidad?

»—Sí —ríen—, pero viene poco por el leprosario. Su sobrina, en cambio, doña Paz, no falta un solo día...

»¿Es la paz la felicidad? ¿Está la felicidad en la paz?

»Si es así, acabo de encontrarla.»

Y cierro el cuaderno de campo. La búsqueda ha terminado.

UNA CUCHARADA DEL «MENÚ» DIVINO

Hanga Roa.

Queridísima hija:

No te alarmes. Tu vista es perfecta. Has leído bien. Tu padre dice «saber qué es y dónde y cuándo encontrar la felicidad». (Si no fuera socio del club**,** *en efecto, solicitaría el Nobel. Pero nuestra única aspiración, como sabes, es «colgar una jaula de pájaros en él corazón».)*

¿Deliro? Algo sí, para qué voy a engañarte. Es otro de los dulces síntomas de los adictos a la parabólica de la fe.

Pero no confundas. Saber y tener suelen ser antípodas.

Que mis ojos se hayan abierto no significa que sea feliz. Muy al contrario, soy infeliz, a Dios gracias.

«Esto es un manicomio —pensarás—. A mi padre, con tanta nave nodriza, *tanta* mágica fe *y tanto testamento, le chirrían las bisagras.»*

Es lógico, cuando te niegas a ser engrasado por la estupidez-Pero no me distraigas. La idea es otra. Te explico.

Por unos de esos típicos «despistes» —no sé si de la Providencia o mío— he permanecido cincuenta años en el andén de la vida, sin billete y viendo pasar los trenes de alta velocidad de la oportunidad. Cincuenta años subido al mulo de la necedad. Y de pronto, frente a los rostros sin rostro de unos leprosos, he sufrido un particular Damasco. La astuta nave nodriza *ha soltado un «off the record», una información privilegiada, que, lógicamente, me apresuro a trasladarte. Y espero y deseo que no precises de toda una vida para entenderla. Por favor, cuando concluyas estas apresuradas líneas quema el inútil carnet de consumidor de felicidad. Ese «mercadeo» es un fraude.*

Hoy, la búsqueda de la felicidad es un «acné» que nos traumatiza, y al que estamos aplicando remedios equivocados.

La felicidad —torpe traducción humana de plenitud— se ha convertido en el más cínico engañabobos de la Historia. Nos acostamos soñándola y nos despertamos deseándola.

La felicidad se saca a subasta. Nos la ofrecen en directo o enlatada. Se vende a plazo fijo, a bajo interés o en cómodos plazos.

Te la recomiendan por correspondencia, en cursos intensivos o puerta a puerta.

Se incluye en viajes organizados. Tiene sabor a aventura.

Puedes encontrarla en un ataúd de caoba o con vistas al mar.

Se disfraza de político con niño en brazos, heroína, salvación eterna y portada de revista.

Es cantada en campañas electorales, pulpitos y planes de jubilación.

Y el ser humano —incauto— hace (hacemos) cola en las ventanillas de la belleza, del dinero, del triunfo (el fanfarrón de las minúsculas) y del poder.

Y cuando abre el «paquete», siempre obtenido «a cambio de», comprueba (comprobamos) con desesperación que ha sido timado. El paquete de supuesta felicidad sólo contiene una reluciente y sutil cadena que nos engancha y obliga a seguir buscando y consumiendo. Y él marketing se frota las manos.

La búsqueda de la felicidad se ha convertido, en suma, en una estudiada y diabólica fosa común. En una orquestada guerra santa, en la que nadie sabe por qué pelea. Porque, dime, ¿qué es exactamente la felicidad? A la hora de definirla, en efecto, nunca hay acuerdo.

¿No te parece que deberíamos empezar, por tanto, por saber qué es, dónde se halla y cómo se mueve este Moby Dick de la esperanza humana?

¿Qué dice el club *al respecto? (Observa él detalle: él hallazgo no procede de los templos de la intelectualidad o de la supuesta sabiduría. El descubrimiento —«bromas» de tu Jefe— se ha presentado en un leprosario...)*

Quizá un ejemplo te ayude a digerir.

En mis tiempos —no sé si en los tuyos— los profesores de ciencias naturales (¿o eran los de física?) disfrutaban lo suyo hablándonos de un clásico experimento de laboratorio. ¿Te suena la experiencia del pájaro y la campana de cristal?

La historieta es tan gráfica como trascendental. Todo consistía en introducir un pajarito en él interior de dicha hermética campana. A continuación se le suministraba oxígeno puro. Y el animal, súbitamente, se mostraba eufórico. Feliz.

Al cabo de un tiempo, si lo mantenías en esa atmósfera, pasaba de la «borrachera» a la muerte.

Pues bien, esto es la felicidad, según las enseñanzas del club:

Oxígeno puro.

Éste es el gran hallazgo.

Las «tuberías» humanas —¿recuerdas?— están fabricadas para admitir y transportar ese oxígeno puro. Pueden hacerlo —de hecho lo hacen— sin dificultad. El problema aparece en las regiones nobles del organismo. En la computadora. El cerebro, como también sabes, no ha sido diseñado para trabajar de forma continuada con ese elemento gaseoso. Y la Naturaleza, sencillamente, hace de escudo, combinándolo.

Con la felicidad sucede tres cuartos de lo mismo. Estamos capacitados para respirarla. Y lo hacemos de vez en cuando. Pero siempre en cortos períodos de tiempo. Somos felices a ratos.

Y al inhalar felicidad (oxígeno puro) nos excitamos. Enloquecemos. Nos «emborrachamos». Somos catapultados a un estado de conciencia desconocido y del que nadie quiere regresar.

Pero, como te digo, él modelo terrenal no ha sido concebido para ese rally. Y él buen Dios —sabedor de los catastróficos efectos de una respiración excesiva de ese oxígeno puro— cierra él grifo inexorablemente. Y la criatura humana, miope una vez más, patalea y protesta. No entiende el porqué. Y deslumbrada por esa incomparable sensación se empeña e hipoteca hasta las cejas, con tal de repetir la «borrachera».

Y busca y lo prueba todo. Y a nuestros viejos «amigos» —los «ladrones del oxígeno-bis»— se les saltan las lágrimas de alegría.

Resumiendo: aunque te sorprenda, tu hermoso cuerpo no funciona con felicidad.

Y te digo más: en el club *sabemos que la ciencia terminará por demostrarlo. Algún día, la Humanidad contemplará estupefacta cómo un hombre sometido a la acción ininterrumpida de la felicidad fallece en días o semanas.*

Y replicarás: ¡Qué crueldad!

¿Qué sentido tiene respirar felicidad si no estamos preparados para ello?

Lo tiene, querida niña. Ya lo creo que lo tiene. Y según él club, *por partida doble. Ese esporádico suministro dé oxígeno puro obedece a las siguientes e importantes razones:*

En primer lugar constituye una inteligente y necesaria terapia de choque.

Cuando él ser humano presenta síntomas de asfixia, cuando la vida amenaza con intoxicarlo, cuando cae en la anemia del pesimismo, la Providencia —aparentemente por casualidad (?)— acude presta y le aplica la mascarilla. Y él hombre se recupera. La felicidad (oxígeno puro) le devuelve el equilibrio, aunque sólo sea temporalmente. Si te fijas, una persona reanimada por la felicidad se transforma. Se incendia. Y despega como un cohete.

Por último, el conocimiento de la felicidad —aunque sea a base de pellizcos— responde a un propósito infinitamente más loable y afilado. Al consentir la cata del oxígeno puro, tu Jefe, que se

muerde las uñas de impaciencia, nos avisa. Nos autoriza a «meter el dedo» en el «pastel del más allá». Nos ofrece una primicia.

Los momentos de felicidad no son otra cosa que el sabor de la otra vida.

Creo haberlo mencionado: cuando seas «luz» respirarás «luz».

Mirándolo así, la felicidad se presenta como un oportuno «chiringuito» en el sofocante desierto humano. Y en el interior, el Gran Barman, sirviendo cerveza helada.

La felicidad, por tanto, no es un estado. No aquí. En esta vida, como mucho, es un alto el fuego. Una cucharada del menú divino. Una gotera del mal llamado «cielo», que Dios no tiene intención de reparar.

¿Comprendes ahora por qué tu padre dice «saber qué es la felicidad y dónde y cuándo encontrarla»?

¿Comprendes ahora lo inútil de esa búsqueda?

¿Comprendes ahora la repugnante maquinación de los vendedores de felicidad?

«Comprar» felicidad es tan ridículo como «comprar» lluvia, puestas de sol o pensamientos. Sencillamente, no está en tu mano. No es lo convenido ni lo natural. La patente, además, es de Él.

Dice una vieja sentencia sufí:

«La felicidad es respirar fuera del agua» (conversación entre dos peces).

Y hablando de sabiduría sufí me viene ala memoria un significativo pequeño-gran cuento:

«... Refieren las crónicas que, en cierta ocasión, Dios quiso probar a los hombres. Y abrió una taberna. Y en la puerta colgó el siguiente anuncio:

»Se vende felicidad.

» Cosecha propia.

»Y acertó a entrar un necio. Probó el excelente caldo y terminó borracho. Y Dios tuvo que arrojarlo a la oscuridad.

»Le visitó después el poderoso. La degustación lo enloqueció y quiso comprar el negocio. Y Dios tuvo que arrojarlo a la oscuridad.

»Pasó por último el prudente. Saboreó el vino y, elogiando al Tabernero, prometió volver. Y Dios, complacido, le abrió crédito.»

Y habrá quien insista: ¡Qué crueldad! Dios monopoliza la felicidad.

Sí y no.

Es cierto que «Dios, S.A.» se ha hecho con la exclusiva de la producción, reparto y mantenimiento. Como accionista mayoritario de lo creado está en su derecho. Nosotros, a fin de cuentas, aunque herederos, sólo representamos un uno por ciento de los accionistas.

Pero es que, además, olvidamos que la bondad divina dispone de «escalera de incendios».

Tu Jefe, querida niña, que conoce la intensa frustración postfelicidad, ha pensado en todo. Y se las ha ingeniado para suavizar el mal trago.

¿Solución? Un «motor auxiliar». Una especie de derivado de la felicidad que no catapulta, pero sí puede mantenernos en el aire. Una suerte de linimento que, bien dosificado, calienta la musculatura y la prepara para la carrera final.

Si lo prefieres, aunque él término no es muy afortunado, una felicidad «descafeinada».

Una felicidad con amortiguadores.

Una felicidad «diluida y sin efectos secundarios». A medida del modelo terrenal.

Una felicidad con todas las proteínas, pero desnatada.

Una felicidad —en tono menor— que recibe él nombre de doña Paz.

¿Cómo conseguirla?

Toma nota: basta con alargar él corazón. Basta con volver la vista hacia la «estantería de las pequeñas cosas».

No hay mayor misterio.

Entonces comprobarás cómo doña Paz —«sobrina» de doña Felicidad— es una «vecina de toda la vida».

Siempre ha estado ahí. Lo que ocurre es que es «muy poca cosa».

Entra y sale por la puerta de servicio.

Y al igual que Dios, su Tío, se pasa las horas muertas sacando brillo a lo insignificante. (Su Tío —te lo comentaba en una carta anterior— es un coleccionista de pequeñeces. Las galaxias, superuniversos y milagros, por ejemplo, no son su hobby. Son sus negocios. Él disfruta mucho más jugando a los bolos con el átomo.)

Para intimar, pues, con doña Paz sólo tienes que sumar con los dedos.

Y empezar por sumar lo que eres. Es decir, saber dónde empiezas y dónde terminas. Marcar tus fronteras interiores y exteriores. Tus limitaciones. Y una vez «amojonado» el territorio, cuando conozcas los «metros cuadrados útiles» de que dispones, entonces, querida hija, «entrar a matar»: aceptarlo y aceptarte.

A partir de ese nada fácil momento, cuando el insobornable topógrafo (el yo) haya certificado las lindes de tus defectos y virtudes, estarás en condiciones de tutear a doña Paz. No antes.

El resto es pura mecánica. Vaselina.

Doña Paz te mostrará cómo sacar agua de tu pozo interior. La mayoría nos empeñamos en ser felices (?), tomando como referencia la felicidad (?) de los demás. Eso viene a ser como intentar respirar por nariz ajena.

Y esa paz interior crecerá en ti en la medida en que, generosamente, permitas que los otros curioseen en la tuya.

Doña Paz tiene la extraña cualidad de multiplicarse cuanto más la prodigamos. Es el canasto de panes y peces del Evangelio.

Doña Paz, por si fuera poco, no paga impuestos. Todo lo que necesitas para formar sociedad con ella es agitar la hucha de la buena voluntad y contribuir a tos gastos con unas monedas. Pura «calderilla».

Participar con la «calderilla» de una caricia a tiempo.

Participar con la «calderilla» del «No lo necesito».

Participar con la «calderilla» del «Déjame ayudarte».

Participar con la «calderilla» del «Cuéntame».

Participar con la «calderilla» del «Sé que esto le gusta».

Participar con la «calderilla» del «No te muevas, yo lo hago».

Participar con la «calderilla» del «No faltaría más».

Participar con la «calderilla» del «Es mi obligación».

Participar con la «calderilla» del «Tú, tranquilo».

Participar con la «calderilla» del «No hay problema».

Participar con la «calderilla» del «Mañana será otro día».

Participar con la «calderilla» del «¿Puedo besarte?».

Doña Paz (interior) no frecuenta el «bingo» del cambio o la «ruleta» de la revolución. Estamos hablando de la mesa camilla, el parchís y los garbanzos del «puertas adentro».

Doña Paz (interior) raras veces come fuera. Estamos hablando del amor en delantal.

Doña Paz (interior) no deja estela. Estamos hablando de navegar en él fregadero familiar.

Doña Paz (interior) no es un chalet de lujo. Estamos hablando de un piso interior y de las cuatro paredes del alma.

Doña Paz (interior) no sale en televisión. Estamos hablando de un Dios «en zapatillas».

Doña Paz (interior) no es negra ni blanca. Estamos hablando «de corazón».

Doña Paz (interior) no es un coto privado. Estamos hablando de la inmensa mayoría.

Doña Paz (interior) no es la octava maravilla. Estamos hablando de la lamparita que ilumina tus sueños.

Doña Paz (interior) no es el todo. Estamos hablando de su «sobrina».

Recibe un millón de «pequeños» besos. Y recuerdos para Araceli (doña Paz), tu «vecina» del segundo derecha.

LIMA

DOS TAXIS EN TREINTA SEGUNDOS

¿Menor? ¿Otra anécdota menor?

Mis amigos no opinaron así. Pero dejémoslo. La discusión es laberíntica. Para unos, lo extraordinario es un «prófugo» de la realidad. Para otros —los socios del club, por ejemplo— lo normal es, justamente, lo extraordinario. Somos nosotros los «desertores» de la verdad.

La cuestión es que acepté. Sonreí divertido y esperé.

«¿Treinta segundos?»

Suficiente. La Providencia puede descabalgar al mundo en mucho menos.

En realidad, el suceso vivido en Lima no encerraría mayor enjundia, de no haber sido por la «atmósfera» que lo precedió. La «dinamita» estuvo en el planteamiento...

Aclararé antes un «detalle», vital para situarnos y comprender el alcance del pequeño (?) incidente.

Aquellos excelentes periodistas y viejos amigos llevaban tiempo polemizando con una de mis habituales y más chocantes cantinelas:

«La *nave nodriza* proveerá.»

El «contencioso» siempre había discurrido en los «pasillos» de la broma y de la superficialidad. En el fondo, salvo contadas excepciones, nadie deseaba entrar en el «hemiciclo» del asunto. Una cuestión que, de haber sido «negociada» en serio, habría desequilibrado las «brújulas» personales.

Y lo comprendo y les comprendo.

Servidor, hace veinte años, también sonreía maliciosamente. También juzgaba la «presencia y acción» de esa poderosa «fuerza» como una bella e infantil quimera.

Y aquella noche, mis compañeros vieron el cielo abierto. E implacables, me retaron. Mejor dicho, el sutil desafío no fue dirigido a mi persona. El «guante» fue arrojado a la «cara», al espíritu mismo, de la supuesta e inquietante quimera.

Y lo hicieron, comprometiendo a la Providencia con «algo» de poca monta, palpable, inmediato y, en consecuencia, de juicio «sumarísimo».

Deseaban y exigieron una prueba por la vía de urgencia. Una demostración, en fin, de la realidad de ese invisible y benéfico «gobierno» de los cielos.

Y digo yo que fue cosa igualmente de la Providencia que el momento, lugar y forma se presentasen como se presentaron: natural e improvisadamente. Con un altísimo grado de pureza. Sin trampa ni cartón. Imposible de «desteñir» por la suspicacia.

A saber:

Dos de la madrugada.

Una interminable, oscura y desierta callejuela de la capital peruana.

Un alegre grupo, compuesto por ocho veteranos de la prensa, radio y televisión, abandona el restaurante Las Trece Monedas. (El «documento», con los nombres de los periodistas que cubrían la visita oficial de SS. MM. los Reyes de España a Perú, sigue sin «aparecer» [?]. Por aquello de no caer en injustas omisiones, he preferido silenciar las identidades.)

Transcurridos un par de minutos, alguien se alza por encima del jolgorio y advierte de lo avanzado de la hora y de la dificultad para encontrar un medio de transporte. El hotel se halla a considerable distancia.

Nadie se alarma. La solución está a nuestras espaldas. Basta con entrar de nuevo en el local y telefonear a una parada de taxis.

De pronto, espontáneamente, el grupo desenfunda las acostumbradas chanzas. Me sitúa en el punto de mira y provoca el desafío:

—¿Y para qué está la *nave nodriza?*

La iniciativa se anima.

—Telefonear es una tontería.

El ataque se generaliza.

—¿Qué mejor oportunidad? Si la Providencia, como predicas, está al loro, que lo demuestre...

Y la cuchilla del sarcasmo remata.

—Necesitamos dos taxis... y en treinta segundos.

El «guante» está en el aire.

Me observan. Y dan por hecho que «saltaré en marcha», alegando que la *nodriza* no se ocupa del «transporte público».

La reacción los descoloca.

—Muy bien —replico sin perder la sonrisa—. Treinta segundos. ¿Quién cronometra?

Silencio.

Lo que empezó como un inocente juego se desmanda.

Alguien consulta un reloj y canta el pistoletazo de salida:

—¡Ahora!

No puedo creerlo, la Providencia buscando taxis...

Las bromas se disuelven. El reto va en serio.

Dirijo la mirada hacia uno de los extremos de la calle. Y el personal, intrigado, se une a la exploración.

Yo mismo estoy sorprendido. Mi seguridad es tal que ni siquiera me he molestado en formular la insólita petición:

«...Dos taxis y en treinta segundos...»

La zona, alejada del centro, no se presta a «casualidades». Pero, aun admitiéndolas (?), los astutos periodistas lo han puesto «duro».

—Veinte segundos... —anuncia solemne el cronometrador.

La negra callejuela continúa muerta. Ni una luz, ni una señal de vida.

—Veinticinco...

Las mujeres se agitan inquietas. Nadie comprende mi absoluta e irritante calma. (Yo tampoco.)

—Veintisiete...

Los rostros palidecen. Reloj y corazones se detienen.

¡Un piloto verde flota en la lejanía!

Avanza lento hacia el atónito grupo.

Alguien tartamudea. Y comenta, con no demasiada convicción:

—Dijimos dos taxis...

El silencio, mal contenido, se espesa.

Y en un «alarde», una segunda y diminuta luz verde entra en escena.

—¡Treinta segundos! —proclamo feliz.

Y los ánimos se desatan. —¡La madre que lo parió! —¡Imposible!

Del resto no recuerdo gran cosa. Tan sólo un elocuente silencio. Un incómodo «pasajero» que montó con nosotros en aquellos «históricos» taxis. Un «pasajero» que aún permanece «sentado» en el recuerdo y en el ánimo de mis queridos amigos. Algunos —lo sé— han hecho suya la frase:

«La *nodriza* proveerá.»

«LA INTENDENCIA NO ES COSA VUESTRA»

Lima.

Queridísima niña:

Mira por dónde me parece que acabo de penetrar en el sancta sanctórum de esta especie de testamento (o lo que sea).

Y tiene gracia. Me he quedado en blanco.

Estoy delante de mí mismo, contemplando el «arca de la alianza» de mi más sagrada intimidad y, cuando más necesito el bombeo de las ideas, enmudezco.

No sé cómo explicarte. Los sentimientos —materia prima de ese legado— están ahí. Los veo. Brillan y planean en mi interior. Sin embargo, no sé cómo decirte que no acierto a empaquetarlos en las palabras. Escapan. Se escurren entre las redes de la voluntad.

Quizá debe ser así. Quizá aspiro a ofrecerte un océano en él cuenco de la mano. Quizá pretendo que toques el cielo desde la ridícula silla de mi entusiasmo.

Si es así, pido y te pido perdón. Sólo soy una hormiga que, deslumbrada, se ha salido de la columna. Espero que el buen Dios haga la vista gorda y me permita jugar a cigarra, aunque sólo sea durante esta breve carta.

Sólo pretendo cantar y cantarte mi fe. Algo tan concreto como «dos taxis en treinta segundos» y, al mismo tiempo, tan esquivo e inconcreto.

Probablemente, al manipular la intimidad, estoy buscando —¡pobre iluso!— la destilación de la luz. Por mucho que me empeñe no puedo traducir él alma. Así que lo único que se me ocurre es que te agarres a la mano de mi profundo amor y me acompañes. Sencillamente, siente conmigo. A lo mejor acertamos...

Si te soy sincero, tampoco fui capaz de explicarme y explicárselo a los periodistas. Y bien que lo intenté.

Pero ¿cómo reflejar con las palabras que esa confianza —casi suicida— en la Providencia es una criatura dentro de otra criatura? ¿Cómo decirles que esa fe es un ciego que ve? ¿Cómo someter un sentimiento a los rayos X de la lógica?

En él único nivel en el que sí acerté a moverme con una discreta soltura —menos mal— fue en los sótanos de esta magnífica propuesta. Les hablé, hasta él aburrimiento, de esos largos veinte años de continuas y minuciosas comprobaciones. Porque esa seguridad, ese reclinar la cabeza en los cielos, no es ciencia infusa. Ha sido media vida analizando y midiendo a Dios. Y tu Jefe —santo varón—, en el banco de pruebas de la desconfianza, de probeta en probeta.

Finalmente, convencido de la realidad de esos hilos, me he «bebido» a Dios.

Y aquí me tienes, con el alma rapada, encantado de mi nuevo empleo (soldado raso) y practicando —a mis años— el pasotismo del «qué comeré, cómo pagaré, y qué vestiré y dónde dormiré».

No te oculto que, para la gente del club, *esta fe ciega en la «nodriza» es una* VISA *oro. Una ventaja de cinco estrellas. La más provechosa desde un punto de vista puramente doméstico. (Lo de los taxis, comparado con otros servicios, es de risa.) Y también, insisto, una de las verdades más indomables. Sólo mencionarla, la razón cae desmayada. El mundo, cuándo coincide con ella, la observa como un monstruo de feria. Y se rasga las vestiduras, bramando:*

—¿Quién puede vivir mirando hacia arriba?

«Extraña filosofía —pensarás—. ¿Cómo es posible vivir así? Más aún, vivir así es imposible.»

«Tú lo has dicho: él ser humano debe luchar y embarcarse en el día a día.»

Lo he dicho y lo sostengo.

Los socios de esa mágica fe *son (somos) incansables inversores de los talentos divinos. Pero sólo de ocho a tres.*

Me explico. Inversores con inteligencia y fieles a las enseñanzas recibidas.

Estamos al corriente de la importancia de la supervivencia. Pero sabemos igualmente que él hombre no ha sido creado para sobrevivir.

Nos ocupamos. *No nos* pre-ocupamos.

La obsesión por el «qué será de mí», amén de una lamentable pérdida de gas, se nos antoja una grosería. Una falta de consideración hacia él «fundador y socio número uno» del club. Alguien a quien venero y cuyas palabras son la carta magna de este estilo de vida. Ese Alguien, que tenía la facultad de «estar en misa y repicando», dijo:

«... Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros... Y vuestro Padre celestial las alimenta...

"Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan... Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos...»

Dicho de otra manera:

«La intendencia no es cosa vuestra.»

He ahí la gran enseñanza que anima esa «mágica fe».

¿Frases brillantes? ¿Se trata sólo de eso?

Para nada. Verdades como puños, querida niña. Toda una noticia de primera página que, lamentablemente, la endémica ceguera humana ha valorado a una columna e insertado en la sección de pasatiempos y curiosidades.

Inversores de ocho a tres.

Ocupados en todo, menos en la intendencia.

Mírate a ti misma. ¿Alguna vez te ha preocupado él «qué comeré o dónde dormiré»? Ésas, en efecto, son cuestiones que afectan a tu madre y a tu padre. Tus ocupaciones y obligaciones son de otra naturaleza. Y vives plenamente confiada, como debe ser.

Pues bien, plagiando al Hermano Mayor de esta fascinante cofradía, si tú eres infinitamente más valiosa que la hierba —y mira cómo te viste Dios— ¿por qué dudar de su intendencia y de los planes que tiene pensados para ti?

Y te diré más. Si tu padre hubiera tenido la fortuna de dirigir la Oficina de Prensa de Jesús de Nazaret habría empapelado el planeta con la noticia de los «lirios y las aves del délo».

Y apuesto doble contra sencillo a que el Artista se quedó con las ganas de redondearla. ¿O lo hizo y no nos hemos enterado?

Con su permiso y el tuyo se me ocurren algunos apéndices. Por ejemplo:

... Contemplad el sol y la luna. Sólo tienen cara y sin embargo caminan.

... Fijaos en el relámpago. Sólo vive un instante y, sin embargo, vuestro Padre celestial lo engalana como una novia.

... Reparad en el árbol. No habla ni sabe de química y, sin embargo, comercia con la luz.

... Prestad atención a las mareas. No conocen las horas y, sin embargo, jamás se retrasan.

... Seguid el vuelo de la abeja. No usa brújula y, sin embargo, encuentra el camino de vuelta a la colmena.

... Escuchad al ruiseñor, ¿dónde aprendió música?

... Explorad las estrellas y galaxias. Giran desde hace miles de millones de años en el carrusel de Dios y jamás le han preguntado «¿qué será de mí mañana?».

... Descended a vuestro interior. ¿Cómo podéis explicar el trébol de cuatro hojas del pensamiento?

Si esto es así —y mucho más—, si la Naturaleza es «alimentada, adornada y aupada» por la intendencia divina, ¿qué no sucederá con la supernaturaleza? (Los hijos del Gran Intendente.)

Todo ello, querida niña, nos conduce al campanario de la cuestión: en el club *nadie pide. Sólo damos gracias.*

¿Para qué pedir? ¿Por qué perder el tiempo si, como advirtió el Artista, la Providencia sabe? Y sabe, mucho antes de que acertemos a abrir los labios.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo adivina tus más frágiles y secretos deseos?

Querida Tirma: sólo soy una cigarra. ¿Puedes imaginar siquiera a una cigarra marcando un número de teléfono?

Quizá —pensamiento de una cigarra— tu Padre celestial es un Jefe de estación y la física cuántica él tablero de control. Esos trenes (perdón, esos deseos), como bien sabes, viajan a la velocidad de la luz. Algunos, incluso, infinitamente más rápidos, ni siquiera viajan.

Quizá —pensamiento de una cigarra— tus pensamientos son la frontera de Dios. Lo que Hawking llamaría «horizonte de sucesos». Una región cercana a un agujero negro de la que no podemos conocer nada en absoluto.

Quizá —pensamiento de una cigarra— tus necesidades son un libro ya escrito. Y Dios, en este supuesto, se limitaría a pasar las páginas.

Quizá —pensamiento de una cigarra— tú no eres otra cosa que Él.

Además ¿qué importa el cómo? ¿Por qué «preocuparse» de quién pulsa el timbre? Lo interesante es que suena.

Arrodillarse, pues, y solicitar bienes y favores es reducir al Intendente al volumen humano. Es confundirlo con un servicio de telepizza. Con un cajero automático. Es reclamar luz a la luz.

El ser humano está mal enseñado y peor acostumbrado. Exige y demanda, sin caer en la cuenta de que se halla sentado en las rodillas de su Padre. Y buena parte de culpa —seamos francos— la tienen las iglesias. El famoso «pedid y se os dará» cojea. Si Jesús de Nazaret hubiera pronunciado esas palabras habría caído en una aparatosa contradicción. ¿En qué quedamos? ¿Nos comportamos como las aves del cielo y pedimos?

No, querida niña. Al «pedid y se os dará» —como en tantas otras referencias evangélicas— le han borrado algo. La frase completa apuntaba en una dirección más sutil:

«Pedid respuestas *y se os darán.»*

Ésa sí debería ser nuestra obsesión: pedir información y conocimiento.

En este sentido, en el club *somos implacables. Acosar a Dios a preguntas es un deporte que te recomiendo.*

La fe no está reñida con la información. Al contrario. Como en la selva, las zonas bajas y oscuras son siempre las más raquíticas. Sólo los árboles tocados por la luz se fortalecen y ganan altura.

Y puedes tener la seguridad de que tu Jefe cumple. (No lo digo yo. Lo dijo el Artista.)

Ahora bien, no olvides tampoco que tratamos con el Gran Cómico. Sus respuestas son imprevisibles. Un día llegan vía Nepal, otro vía leprosario o vía taxis en treinta segundos.

El buen Dios es así. No te calientes la cabeza. Es alérgico a la lógica. Salta a la cuerda con la ilógica. Juega al escondite con la razón. Vive con el chupa-chups de lo absurdo en los labios. Es un provocador de la línea recta. A fin de cuentas, siendo «luz», es comprensible que le fascinen las curvas...

Él mismo cierra el sobre de las respuestas y lo entrega en mano, pero disfrazado de azar.

¿Respuestas?

¿Y qué información necesita una persona que malvive en la miseria?

«Me hablas —argumentarás— de una Providencia que cuida de las aves del cielo y los lirios del campo y, sin embargo, descuida a millones de seres humanos que mueren de hambre, enfermedad y guerra.»

Lo esperaba. Sabía que, tarde o temprano, te descolgarías por ese razonamiento.

Pues bien. Apunta (el fax —fulminante— no es mío):

«... Observa las aves de Somalia y Ruanda. ¿Mueren de hambre? Por supuesto que no.

»Fíjate en los pájaros de Etiopía y Nueva York. ¿Se alimentan por igual? Por supuesto que sí.

»En cuanto a los lirios de la India y Holanda, ¿visten con idéntico lujo? Por supuesto que sí.

»El trigo no es asiático ni europeo. Germina y crece sin pasaporte. ¿Por qué?

«Respuesta:

»Dios no regatea el suministro.

»La intendencia divina no circula en primera, segunda o tercera clase.

»Somos nosotros quienes cortamos las manos a Dios.

»Es el propio hombre (los "ladrones de oxígeno-bis") quien interrumpe o desvía el río de los cielos.

»Sencillamente, "esto es un atraco".

»Es el Norte, pistola en cinto, quien está robando al Sur.

»No culpemos al remitente de los pecados del cartero. Ni Dios ni el diablo tienen nada que ver en este sabotaje.»

Fin del fax.

Recibe un millón de besos y recuerda: no te molestes en «pedir intendencia». Tus «padres» (Él y yo) «saben».

AMAZONAS

EL GANZÚA Y CARA DE LUNA

Nunca lo supe. Nunca conocí su nombre. Para mí, a lo largo de aquel segundo viaje al Amazonas, fue Cara de Luna.

También el otro fue «bautizado». En la intimidad de papel del cuaderno de campo consta como El Ganzúa.

El primero, un indio de la tribu amazónica de los yaguas. Un supuesto salvaje, a juzgar por su origen, aspecto y condición.

El segundo (decía llamarse Dietrich), un alemán de la tribu del dólar. Un supuesto representante de la civilización, a juzgar por su origen, aspecto y condición.

Pues bien, por encima de cualquier consideración, éste es el «retrato» de dos ejemplares humanos. Uno, sin títulos académicos y supuestamente ignorante. El otro, nacido y educado en el progreso y supuestamente superior.

Obviamente, en aquella expedición —partiendo de Leticia y remontando el gran río hacia el norte— ocurrieron otras cosas. Pero, de momento, sólo referiré algunas de las significativas y plásticas diferencias entre el «salvaje» y el «civilizado». Dos formas de ser y entender la vida de las que —creo— obtuve sabrosas enseñanzas.

Entresaco una selección de apuntes, plasmados en las desteñidas páginas del diario de a bordo:

«Primera jornada.

»E1 destartalado lanchón tabletea río abajo. ¿O es río arriba? El Amazonas, cargado de negra transparencia en esta región fronteriza con Perú, Colombia y Brasil, es el colmo de la pereza. No sé si va o viene. Las aguas se apartan, eso sí, pero de mala gana. La corriente es tan discreta que los meandros han tenido tiempo de "adoquinarla" con cientos de lotos. Esto es un insulto. Algunos superan, incluso, los dos metros de diámetro.

«Atracaremos en Sao Paulo de Olivenga al anochecer.

«Como un niño me trago la selva en cada recodo. Pero la Amazonía, con sus cuatro millones de kilómetros cuadrados, es indigerible. Esto es una ofensa a la pequeñez humana. A derecha, izquierda, al frente y a nuestras espaldas sólo percibo un insulto verde, púrpura y amarillo.

»No hay orillas. Eso se queda para los "aprendices" de río. El Amazonas, con sus 6.300 kilómetros y 84.000 metros cúbicos por segundo, no puede andarse con toques femeninos. Las márgenes —quizá para evitar tentaciones— son paredes. Murallas inexpugnables de treinta y cincuenta metros. Un Jericó de árboles, lianas, palmeras, raíces y arbustos, naciendo y muriendo sin trompetas y en la más disciplinada indisciplina.

»Luz arriba, en la cresta de la exuberancia. Oscuridad abajo, en un suelo que sólo se adivina y en el que, de vez en cuando, respiran los yacarés, esos cocodrilos con "gafas".

»¿Es esto silencio? No. Son 84.000 metros cúbicos de silencio por segundo. El silencio más caudaloso del mundo.

«Cara de Luna, contratado por el alemán como "chico para todo" (un dólar por día), permanece en cuclillas la mayor parte del tiempo. El sofocante calor (treinta grados siendo

benévolo) y la dueña y señora de estas latitudes (la humedad: al cien por cien) no lo incomodan. Abre los frágiles y tostados brazos y se refrigera con la tímida brisa que espanta el barco.

»Su cara circular, chata, aniñada y modelada en ébano rueda calculadamente, como la Luna. Está y no está. Mira y no parece que mire. Sin embargo, nada escapa a sus limpios ojillos asiáticos.

»Me intriga el afilado colmillo que luce en el cuello. La cabellera, negro carbón y recortada como un fraile, a juego con el calzón, más negro si cabe. ¿Fue un pantalón vaquero?

«Machete al cinto. Piernas de garza. Fibrosas y sin un solo vello. Los pies (casi dos cuartas), otro insulto: incomprensible y provocadoramente descalzos, con "suela" de elefante. Se ríe, sin reír, de mis pesadas botas y de la película de sudor que me debilita. Hasta ahora no lo he visto sudar.

«Cara de Luna vigila el inseguro ronroneo del motor. Se asoma a proa y popa, aliviando el casco de la marea de hierbajos y ramas que amenaza con cegar la hélice.

»E1 Ganzúa, tan poco hablador como el indio, simula patronear. Su cara de caballo cabecea sobre el timón. Bajo el toldillo, siempre al alcance, la cantimplora, con un incendiario e imbebible pururuca (brebaje de yuca y maíz) y un anciano pero todavía temible Winchester 44.

«Aquí, las horas no pasan. Se soportan.

»Me he quedado dormido. Los gritos del alemán me sobresaltan. La barcaza, sin motor, se halla detenida en una de las mil curvas. El sol no tardará en encender el "balizaje" del atardecer. ¿Qué sucede?

»E1 yagua discute con su patrón. Tarde o temprano tenía que ocurrir. El Amazonas ha cantado su primer "órdago". La hélice ha sido estrangulada. Lo más probable es que se trate de maleza a la deriva.

»No hay alternativa. Alguien tiene que sumergirse y liberar las palas. Asisto a un elocuente duelo entre el hombre "progreso" y el hombre "primitivo".

«Dietrich inspecciona el lugar. El indio lo ha hecho mucho antes. La orilla derecha está a un paso. El alemán insiste. Cara de Luna sigue negándose. El recodo es peligroso. Aguas prácticamente muertas. Las pirañas frecuentan estas áreas semipantanosas, sin apenas corrientes. Arrojarse al río es una temeridad. En alguna parte he leído que estos bancos de peces carnívoros, atentos a la menor salpicadura, han devorado un capibara (gigantesco roedor amazónico de cincuenta kilos de peso) en menos de un minuto. Y cuando digo "devorar" me refiero a "blanquear" el esqueleto.

»E1 Ganzúa se empeña. Muestra el rifle y trata de tranquilizar al indio. ¿Un Winchester contra una masa de cientos de veloces y voraces depredadores de treinta centímetros?

»"*Cariba* (extranjero) estúpido", masculla el yagua entre dientes.

»Cara de Luna termina aceptando, pero a su manera. El alemán le tacha de cobarde. Colaboro con las pértigas. El lanchón es empujado hasta la espesura que se columpia sobre el agua. Una colonia de ibis escarlatas despega molesta.

»E1 yagua salta a "tierra" (?). Y desaparece en el caos verde.

»Las copas de los árboles se agitan. Y un batallón de loros, pájaros perezosos y barbudos, remonta el vuelo, parloteando con razón.

»E1 Ganzúa abrevia la tensa espera refugiándose en la cantimplora.

«Minutos después el indio regresa a la embarcación. En su mano izquierda cuelga un notable ejemplar de mono aullador. Es un viejo macho. El cuchillo aparece enterrado en el corazón.

»Sin mediar palabra, el alemán se hace con el mono. Cara de Luna limpia el machete con meticulosidad. Sin prisas. Dietrich se coloca a proa y aguarda.

»El yagua se desliza por la popa. Entra en el río lentamente. Midiendo cada movimiento. En absoluto silencio. Antes de sumergirse hace una señal. Y El Ganzúa arroja el sangrante cadáver a diez metros de la proa. Acto seguido empuña el Winchester. Apunta y dispara. Uno, dos, tres impactos. La sangre se derrama. Los balazos hunden

al mono. Las aguas se agitan. El aullador reaparece. Ibis, pericos y demás flota aérea vuelve a los cielos, que cambian provisionalmente de color.

»Me estremezco. El verde y rojo borbotean. El Ganzúa relincha satisfecho. El mono, de pronto, es alzado materialmente sobre la superficie. Espuma. Sangre y decenas (quizá cientos) de reflejos dorados y rojizos. La carga de las pirañas es terrorífica.

»Salto a popa. Cara de Luna continúa en las profundidades. Algunos mazos de hierbas suben lentos. Y con ellos, una columna de burbujas.

»Las piernas me tiemblan. Vuelvo a la masacre. Las pirañas no tardarán en acabar con los restos del primate. Sus dientes son hachas. Las extremidades del aullador se doblan. Son empujadas fuera del agua. Parece vivo.

»Minuto y medio. El indio aparece. Le grita al alemán y, ante mi desesperación, se sumerge de nuevo.

»E1 Ganzúa ha comprendido. Se echa el rifle a la cara y vacía el cargador sobre la informe masa. Uno de los tiros decapita al mono. La cabeza gira y salta, semioculta por una "pelota" de nerviosos y destelleantes carniceros. El festín entra en su última fase. Ahora, muchas de las pirañas se ensañan con sus hermanas heridas o despedazadas.

«Minuto y medio. Una eternidad. Cara de Luna concluye la limpieza. Salta a cubierta. Respiro. Me mira y sonríe. Debo de estar pálido.

»El motor arranca. El Ganzúa carga el Winchester. La calavera del aullador, peinada de pirañas, se pierde entre las raíces de la orilla. Caimanes y yacarés la escoltan recelosos.

»El "salvaje", de nuevo en la proa, arranca las sanguijuelas que cuelgan de sus piernas y espalda. Le ayudo. A pesar del dolor, su redonda y aniñada cara permanece ausente, como la Luna.

»"*Cariba* bueno", es todo lo que acierto a escuchar. Supongo que me da las gracias.

«Segunda jornada.

»San Antonio de lea, el último poblado, ha quedado atrás. Y con él, la última cerveza, la última sopa caliente, la última noche bajo techo, la última música en FM y el último cigarrillo.

»Con el alba nos adentramos hacia el este. La aldea ticuna (mi objetivo) se encuentra a tres días de marcha.

»Ahora sí empiezan las dificultades.

»Cara de Luna, en cabeza, machetea la selva. Yo, a cuatro metros, lucho por igualar el ritmo del yagua. Lo veo difícil. Una nube de mosquitos se ahoga en el sudor que me deshidrata. Y a esa nube le sucede otra y otra. El alemán, con el rifle en bandolera y la mochila de las provisiones, cierra la expedición.

«Machetazos, plantas tronchadas, jadeos y manotazos, aplastando insectos, es la única "conversación" durante horas.

»La vegetación se espesa. Es increíble: arriba, a cuarenta metros, un sol implacable. Aquí abajo, una oscuridad que casi nos obliga a usar las linternas.

»El perfil, más y más accidentado, fuerza a trepar y a deslizarse. ¡Qué digo deslizarse! Esto es un penoso y continuo resbalar y caer. No respiramos aire. El aire es agua. No cortamos selva. Cortamos humedad. Las botas son kilos de barro. No puedo agarrarme. Ramas y raíces, podridas, se quiebran y desgajan. Mochila y ropas se han vuelto rojas. Es mejor olvidarse del lodo.

»Un alto para reponer el ánimo. Cara de Luna ha localizado un claro.

»Huevos duros, conservas y un termo con café. Pan, carne y civilización son lujos imposibles. La humedad lo enmohece todo.

»El indio nos ignora. Parece absorto en la floresta que amuralla el calvero.

»E1 Ganzúa devora.

«Cara de Luna, al fin, llama la atención del hombre "progreso". Señala los penachos de las majestuosas palmeras babassu. ¿Dónde están los ruidosos tucanes, los "payasos" de la selva? El indio se extraña. Un clamoroso silencio, en efecto, nos envuelve. Me pongo en pie. ¿Un jaguar? Rechazo la idea. Estos felinos suelen cazar durante la noche. Por más que repaso la espesura no consigo distinguir una sola familia de loros. Los parlanchines "pericos" y los alegres y multicolores colibríes deberían estar ahí.

»Dietrich entorna los ojos. Busca, pero el sol y el pururuca lo ciegan. Termina riendo a grandes carcajadas y "bendice" al indio con media docena de improperios. El más-"dulce" "marica de cocotero".

»Al reanudar la marcha compruebo, una vez más, quién es quién.

»El Ganzúa pretende atravesar el claro. A primera vista parece lo más razonable. El yagua se niega. Discuten. Cara de Luna dirige la mirada hacia las altas hierbas y carrascos que prosperan en el calvero y habla de peligro. El inusual silencio va a más y avisa.

»—Mejor rodearlo —defiende el "salvaje".

»Dietrich lo maldice. Exige una explicación. Cara de Luna no sabe. Sólo "siente".

»E1 alemán desprecia al yagua. Gira sobre los talones y se adentra en el claro. Cara de Luna me retiene.

»—*Cariba* equivocado —repite—. Tú, *cariba* bueno, conmigo.

»No sé a qué atenerme. El hombre "progreso", al que he contratado (cien dólares por día), se vuelve y me apremia. ¿Debo seguirlo?

»La zozobra es breve. Dietrich, oculto por el matorral, lanza un aullido.

»Cara de Luna (un dólar por día) salta como un gamo y corre en auxilio de su "patrón". Yo, con el corazón en la boca, salto tras él.

»E1 alemán ha soltado la mochila. Grita. Blasfema y se retuerce. El indio lo engancha por la espalda y lo arrastra con violencia.

»—¡*Cariba,* atrás! —me grita el yagua.

»E1 cuerpo de El Ganzúa ha ennegrecido.

»¡Dios! El calvero está infectado. Miles, cientos de miles de hormigas "legionarias" avanzan de este a oeste. Gran parte del sotobosque es una "manta" oscura, crujiente y ondulante. Estas "guerreras" —nómadas y carnívoras— son tan rápidas y despiadadas como las pirañas. Reptiles y mamíferos sucumben a su paso. Trepan, incluso, a los árboles, dando buena cuenta de los polluelos que permanecen en los nidos y de los infortunados "perezosos" que no han advertido a tiempo la aproximación del temible "ejército". Una marabunta que moviliza más de 160.000 individuos.

»Ajeno a los gritos, el "salvaje" sigue arrastrando al imprudente hombre "progreso". Nos precipitamos en la espesura. No hay modo de machetear. El yagua abre la selva con su cuerpo. Y la selva le abre la piel.

»Diez minutos más tarde, Cara de Luna lo suelta. No es probable que las "guerreras" cambien de rumbo. El alemán se desnuda entre gemidos. Ha sido suficiente unos segundos para que ríos de insectos ascendieran por su cuerpo. Se dejan arrancar la cabeza antes de soltar el bocado.

»Dietrich aplasta las hormigas. Aulla de dolor.

«Cara de Luna examina las ropas. Mueve la cabeza negativamente. Solicita mi encendedor y aplica la llama a los asaltantes.

»En mitad de la tragedia caigo en la cuenta de nuestra situación: el agua nos llega a las rodillas. El bosque de palmeras al que hemos ido a parar crece en un pantano. Busco la mirada del indio. Sólo parece preocupado por las "legionarias". Intento serenarme. ¿Un cigarrillo? El tabaco chorrea. Las cerillas chorrean. La "civilización" chorrea.

»E1 Ganzúa se recupera. Vuelve a vestirse. Pero los contratiempos no han concluido. Nuevas blasfemias. La mochila, con los víveres, ha quedado olvidada en el calvero.

»—Retroceder es una locura —advierte el yagua. Y sonríe mordaz. A estas alturas es posible que las "guerreras" sólo hayan respetado el armazón y las latas.

»E1 alemán se consuela. Cantimplora y rifle se han salvado.

»—Cazaremos.

»La malévola sonrisa de Cara de Luna, luciendo una impecable dentadura, lo dice todo.

»—*Cariba* estúpido —susurra al reemprender la marcha.

«Olvido la comida. Mis cinco sentidos están pendientes de las cenagosas y pestilentes aguas. Un submundo —tan real como imaginario— se agita, aparta y chapotea. Siento miedo. Raíces, lianas y troncos, en blanco y negro, se transforman a cada paso en anacondas, caimanes, boas constrictor y peces torpedo. El verdadero peligro, sin embargo, está en la campana de insectos que nos cubre. Zumban a millares, barrenando cara, cuello y manos.

»A1 fin el indio nos saca del pantano. Ha descubierto un "túnel" en la espesura. Una galería practicada por un tapir. ¡Gracias a Dios!

»Las cinco. La luz, en las alturas, se despide. Cara de Luna se detiene. Inspecciona el cerrado muro vegetal que nos ahoga. Machetea y abre un claro al pie de un samaura, un corpulento árbol de cinco metros de diámetro, prácticamente prisionero de las lianas clusia.

»E1 yagua prescinde del fuego. Supongo que tiene sus razones. Además, ni la gasolina animaría esta madera pasada por agua. El alemán sigue acobardado. No ha vuelto a abrir la boca.

«Trepamos al samaura. Me amarro, por seguridad, a una de las ramas. Las botas están empapadas. Los dedos blancos. Las uñas reblandecidas. Las linternas no funcionan. La humedad ha descargado las pilas. El agotamiento me humilla.

»Cara de Luna recomienda el uso de los mosquiteros.

»¿Qué es ese "griterío"? El indio me tranquiliza. Son clanes de monos lechuza y sus "primos", los saki y capuchinos. Todo irá bien mientras alboroten. Su presencia mantendrá alejados a los escuadrones de murciélagos y vampiros (los legendarios *desmondontidae).* Estos últimos cazan en enjambres de hasta quinientos individuos, absorbiendo treinta gramos de sangre por vampiro y noche. Si los monos enmudecen, atención, el ocelote o el tigre (el jaguar) pueden rondar el improvisado refugio. Los pelos se erizan.

»Como era de esperar, buena parte de la noche la paso en vela, pendiente de los "comadreos" y estridentes "conversaciones" de los monos.

»E1 Ganzúa ronca. El Winchester gotea, apuntando a un suelo invisible y hostil.

«Cara de Luna canturrea. Agradece a la madre naturaleza que sigamos vivos. Yo hago lo propio. La *nave nodriza* debe de estar cerca.

»E1 sueño del indio es de seda. El más leve silencio lo alerta. Me mira. Comprende y ríe burlón.

»E1 calor sube en oleadas. Y con él, el indescifrable idioma de los crujidos. Estoy en otro planeta. Los sapos toman el relevo y le ponen música a la noche.

«Tercera jornada.

«Incomprensible y admirable. Cara de Luna lo ha logrado. Al pie del árbol, al despertar, descubro la milagrosa danza de un fuego.

«El Ganzúa, sentado frente a la hoguera, deja hacer al "salvaje". Más le vale.

«Ignoro dónde ha podido encontrar esas ramas secas. ¿En las copas de los árboles?

«Eficaz y previsor, el yagua ha debido deslizarse en la espesura. El resultado es inmejorable: un reconfortante fuego, plátanos y un respetable ejemplar de arrau, una tortuga de ocho o diez kilos.

«Cara de Luna vacía mi cantimplora. Y coloca la escudilla con el agua sobre las llamas.

»E1 indio empuña el machete y se dispone a sajar el vientre de la tortuga. Pero antes inclina la cabeza y pide perdón al arrau.

»La carne palpita. Cara de Luna corta y va depositando los trozos en el agua hirviente.

«Deliciosa. El "salvaje" desnuda los plátanos y, antes de asarlos, repite el ritual: solicita benevolencia a la madre Naturaleza. Parte del fruto es igualmente hervido. Y Cara de Luna vierte el jugo en la cantimplora.

»La marcha prosigue sin mayores incidencias.

«Mediodía. La sed agota la cantimplora. La amenaza de deshidratación es grave. El yagua no pierde la calma. ¿Cuándo lo he visto nervioso? En unos segundos localiza una familia de bromeliáceas. Le acompaño. Se aproxima a uno de los frondosos macizos y explora los ramilletes de largas y estrechas hojas. Son plantas cisterna. Las inclina y el agua de lluvia es trasvasada a la cantimplora.

»A1 alejarse sonríe y se despide del providencial arbusto.

»E1 sol cae. El indio, feliz ante la proximidad de la aldea, me obsequia con su postre favorito. Se planta frente a un húmedo y oloroso moriche, un árbol de atuendo ceniciento. Alza el machete. Pide permiso y descarga un golpe seco. La corteza se abre. Al punto, un líquido lechoso resbala por la madera. Cara de Luna lo recoge entre sus dedos y me lo ofrece. Me recuerda el sabor del vino dulce. Pura energía.

«Mañana alcanzaremos la *ararát* (aldea) ticuna. Y prescindiré del hombre "progreso".»

LO MÁS GRANDE EN LO PEQUEÑO

Leticia.

Mi querida Tirma:

Desde esta ciudad-barco, desde él hotel Anaconda, desde la soledad constrictor que siempre me acompaña, miro y busco tu imagen en el Amazonas. Es un río con una sola orilla. La otra —dicen que a dos kilómetros y medio— podría ser el cielo. Podrías ser tú. Lo grande (tú), una vez más, se me escapa. Y aquí, donde todo se mide por sensaciones, con más razón. Así que, sintiéndolo mucho, seguiré contándote pequeñeces.

Por ejemplo: cerca del embarcadero salta y juega una familia de inias. ¿Puedes creer que estos delfines amazónicos no saben que existe él mar?

Pequeñeces. Quizá sea lo más grande que puedo ofrecerte. Perdóname por usar el montacargas interior (él de servicio). Tu padre no tiene arreglo.

Pequeñeces, sí. Después de tanta correría, expediciones y peligros voy y te hablo de mis impresiones sobre un indio. Un anónimo e insignificante (?) Cara de Luna, solicitando permiso a un árbol antes de herirlo. (La nave nodriza *y sus bromas.)*

Pequeñeces, de acuerdo, pero teledirigidas. Como habrás imaginado, no es casualidad que la Providencia me haya hecho dormir (?) en lo alto de un samaura o que me viera forzado a desayunar tortuga hervida.

Tu Jefe es así.

Y lo doy por bien empleado. Esas riquísimas experiencias sirven ahora, sobre todo, para transmitirte, para destilar, un sentimiento. Para sumar un SOS al aturrullado testamento que llevo entre manos.

Es aquí, en la mayor selva del mundo, donde uno sopesa con exactitud el tonelaje de soberbia e insensatez que caracteriza al homo cariba.

Esta carta, por tanto, querida niña, es un dramático llamamiento:

Por favor, cuelga un Cara de Luna en tu corazón.

Por favor, «abre los ojos» y ponte en pie al paso de la Naturaleza.

Por favor, destierra el Winchester y a El Ganzúa que llevamos dentro.

Buena parte del mundo —e incluyo a tu generación— tiene una idea borrosa y despintada de la Naturaleza. No la conocen. No la aman. Ni siquiera la sospechan.

Para muchos es una posesión. Una criatura verde, azul o negra que obligamos a bailar al son de la pandereta de la codicia.

Para otros, con suerte, la Naturaleza es una esporádica comida campestre.

Hay quien la asocia con una puesta de sol. A veces, con un zoo, una postal o un bello recurso cinematográfico.

Para millones de individuos sólo es eso (incómodo y plagado de hormigas) que tiene la mala costumbre de crecer a las afueras de la ciudad.

Algunos, incluso, la confunden con banderas y partidos políticos.

Y sé de más de uno que la identifica con él mes de agosto, con un pastor en la lejanía o con el atasco de fin de semana.

¿Es eso la Naturaleza?

En el club *—querida* cariba *buena— tenemos un concepto muy diferente.*

La Naturaleza, para los que no vamos de excursión por la vida, es lo Grande en lo grande y lo más Grande en lo pequeño. (Observa que no me bajo de las mayúsculas.)

La Naturaleza es mucho más que un verde impenetrable, que un hielo hostil y remoto y que una oscuridad sin fondo. Eso sería el hábito del monje.

Vamos a ser valientes. Digámoslo por el altavoz del corazón:

La Naturaleza es Dios en tres dimensiones:

Dios-horizonte.

Dios-Himalaya.

Dios-Amazonas.

La Naturaleza es Dios, bajando (?) escalones. La mismísima imaginación divina, a tiro y con acuse de recibo.

Más claro aún: la Naturaleza es la materialización de lo imposible. (Para el ser humano, claro.)

¿Ejemplos?

La Naturaleza es la ingeniería —sin pilas— de una anguila eléctrica: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es el nido de lo más Grande en lo pequeño: un trillan de átomos en una lágrima.

La Naturaleza son ranas arborícolas: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es la tormenta reflejada en el iris: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza son dunas «caminantes»: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es el trueno en un pellizco de segundo: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza son serpientes con «visión» infrarroja: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es un Dios geómetra sobre el tablero de dibujo de un copo de nieve: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza es un planeta azul, sin tubo de escape y viajando a treinta y dos kilómetros por segundo: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es Cara de Luna, pidiendo perdón al arrau: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza es el «aplauso» de las cigüeñas al verte pasar: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es una perla en el «cubo de la basura» de una ostra: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza son árboles, «fabricando» goma: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza es todo un Dios practicando «nudismo»: lo más Grande en lo pequeño.

La Naturaleza es el ciclón, «embarazado» de vientos: la imaginación de Dios al poder.

La Naturaleza, en fin, eres tú, que puedes «verme» a diez mil kilómetros: lo más Grande en lo pequeño.

Y ahora dime, ¿qué tiene que ver todo esto con la trágica realidad? ¿Qué está pasando? ¿Estamos locos?

Mira a tu alrededor.

El hombre —un recién llegado a la Historia— se comporta como un cariba *sangriento.*

Antes, mucho antes de que estrenáramos la verticalidad, la Naturaleza ya era vertical.

Antes, mucho antes de que estrenáramos la racionalidad, la Naturaleza ya era razonable.

Antes, mucho antes de que estrenáramos la palabra, la Naturaleza ya hablaba sin palabras.

Antes, mucho antes de que estrenáramos la belleza, la Naturaleza ya era arte.

Antes, mucho antes de que estrenáramos el poder, la Naturaleza ya era el gobierno del mundo.

¿Progreso? ¿Hombre «progreso»?

Observa, juzga y cuéntame.

Somos verticales desde hace un minuto (en el reloj de cuco del Big Bang) y, sin embargo, con el espíritu a gatas, tumbamos la verticalidad de unos bosques que nos han visto descender al suelo.

Somos agua y, sin embargo, desertizamos y nos desertizamos.

Somos sal y, sin embargo, saqueamos el océano, nuestra cuna.

Somos «transparentes» y, sin embargo, sembramos humo, amortajando un cielo sin recambio.

Somos átomos y, sin embargo, destruimos con el átomo.

Somos vida y, sin embargo, la toreamos, apuntillándola con la ley.

Somos una promesa y, sin embargo, nos comportamos como una maldición.

Somos futuro y, sin embargo, segamos el futuro. Tu futuro.

Somos instinto y, sin embargo, como El Ganzúa, nos reímos de los Cara de Luna.

Sí, mi querida niña, esta carta es un grito. Un alarido de la Naturaleza ante el despiadado avance de la necedad. Un SOS de Dios, con los pies incendiados por los «ladrones del oxígeno-bis».

En la medida de tus posibilidades —sé que no son muchas— no permitas que la voracidad de las pirañas de despacho devore tu cuna, tu casa y tu espléndido mañana.

No consientas que los mercaderes de felicidad trafiquen con lo Grande en lo pequeño.

No seas cómplice en el desmantelamiento de la imaginación al poder.

Conserva la bondad de los horizontes. No enmarques el paisaje.

No oscurezcas la luz- Deja que el firmamento ordene sus blancos y negros. Permite a las estrellas que se asomen a la noche.

Respeta lo pequeño y lo Grande se posará en tus manos.

Defiende una brizna de hierba y las galaxias te harán una señal.

Guarda los océanos y tus hijos te recordarán «azul y oceánica».

No empujes a la selva. Déjala soñar y sueña con ella.

No degrades, no contamines, la tierra. Ella no conoce la palabra «basura».

Aprende de la Naturaleza. También «construye» centrales nucleares, pero las instala en el sol.

Pregunta a los ríos. Nunca habían huido del hombre. Nunca, hasta hoy, habían sido humillados por la espuma y obligados a competir con el plástico.

Contempla las ballenas y los delfines. Desorientados, desesperados ante el tiroteo del progreso (?), sólo les queda el recurso del suicidio.

Asómate a las cosechas. La Naturaleza, apaleada, drogada por los pesticidas, huele a dólar y sabe a multinacional.

Los Ganzúa, querida niña, han asaltado la perfección, el equilibrio, la belleza y la imaginación. Y borrachos de avaricia no comprenden que acorralar a la Naturaleza es provocar y herir a una cobra «escupidora». En el último momento, en defensa propia, lanzará su veneno a los ojos del estúpido cariba.

¿Sabes lo que eso significa?

La Tierra, sin agua, sin bosques y sin cielo, tendría que solicitar tiempo muerto. Tendría que apostar por un nuevo millón de años... sin hombres.

Defiéndete, pues, defendiéndola.

Sé una ecologista de ti misma.

Cuelga un «Ganzúa, go home» *en tu pensamiento.*

La Naturaleza —recuerda— es mucho más que una posesión, una filosofía y un tesoro.

La Naturaleza eres tú: lo más Grande en lo pequeño.

Recibe un millón de besos..., Cara de Luna.

DESIERTO DE NYIRI

UN PUNTO ROJO EN LA LEJANÍA

Serena Lodge. Parque Nacional de Amboseli. A 225 kilómetros al sur del ecuador.

¿He viajado hasta Kenia para comprobar que existe un mundo «al revés»?

Me parece que sí.

Sigo anotando las peripecias del día.

Dos mundos. Uno cree mirar al «derecho». El otro lo hace al «revés del derecho».

¿Cuál es el correcto? ¿El suyo o el nuestro?

Interesante dilema.

Hoy ha vuelto a ocurrir...

La *nave nodriza* —imprevisible e inexorable— ha tirado de mí hasta los «medios». Ha «trasteado» por bajo. Ha hecho su particular «quite» y me ha colocado en «suerte». Y el Gran Varilarguero ha clavado una imagen en todo lo alto. Aplausos.

¿Qué otra cosa puedo pensar?

¿Es casualidad que Jeremiah Mabwal, el guía, se haya saltado las normas, abandonado la carretera?

¿Es casualidad que topara con una ciénaga en el ardiente y salitroso desierto de Nyiri?

¿Es casualidad que no lleváramos palas?

¿Es casualidad que una decena de hombres no consiguiera liberar del barro una modesta furgoneta?

¿Es casualidad que en un territorio infectado de serpientes nadie resultara atacado?

¿Es casualidad que se rompa una sirga de acero?

¿Es casualidad que el Toyota no dispusiera de radio? ¿Es casualidad que fallara el motor?

¿Es casualidad que a las tres horas —una vez conocido el mundo al «revés» de Lanká y Ñángara— todo volviera, súbitamente, a la normalidad?

¿Es «casualidad» tanta «casualidad»?

No sé por qué me extraño. A estas alturas debería reconocer la «letra de médico» de la Providencia...

¿Qué ha sucedido en esta increíble jornada?

Sencillamente, los sucesos se han encadenado. Y al final, cuando uno estrecha la mano de ese alguien o de ese algo, cuando comprendes, la situación se recompone, tan extraña e incomprensiblemente como se «torció». (El *Mister* y sus tácticas.)

Pero debo ordenar las ideas y, sobre todo, los hechos. Recapitulemos.

«10:30 horas.

»Cruzamos Nairobi, enfilando la ruta de Mombasa.

»África es una emoción rebozada en polvo.

»A través del *fesfes* —ese talco rojo que flota en la carretera—, distinguimos poblados, niños que pregonan agua, fruta y sonrisas y la sabana, ennoblecida por la imaginación y los recuerdos infantiles de las Minas del rey Salomón y las Nieves del Kilimanjaro.

»13 horas.

»A cien kilómetros de la capital keniata, de improviso, el chófer y guía negro se salta las normas y deja a la izquierda la tormentosa pero relativamente segura pista C-102.

«Consulto el mapa. Jeremiah acaba de penetrar en el desierto de sal de Nyiri.

»No me atrevo a preguntar. Ninguno de los pasajeros conoce el camino hacia Amboseli, nuestro destino. Suponemos que el veterano y simpático guía sabe lo que hace.

»E1 parque nacional más visitado de África se encuentra a poco más de sesenta kilómetros.

«Algunas rodadas en la cristalizada y espejeante llanura nos tranquilizan... a medias.

«Jeremiah disfruta con la velocidad. Nos ponemos a cien. El minibús brinca. Vuela bajo. Todo salta —saltamos— en el interior. ¡Vaya viajecito!

«13:45 horas.,

»No está claro si el sol derrite el desierto o viceversa. El horizonte es una colección de horizontes. El más cercano —ahí mismo— es fuego horizontal. El siguiente, un fuego vertical, ondulante y de cristal. El último, un yunque al rojo blanco. A nuestras espaldas, un horizonte de polvo. Una estela redonda y maciza. Una provocación.

»Y el Nyiri pasa factura. Patinazo. Jeremiah frena. El equipaje nos tritura.

»E1 chófer golpea el volante con ambas manos. Resopla. Se vuelve. Fabrica una falsa sonrisa y pide calma. Silencio y estupor son auténticos.

«Mabway acelera. Grave error. Las ruedas chirrían. El Toyota tiembla. Hemos embarrancado. Todos abajo.

»Una ciénaga —¡en mitad del desierto!— ha succionado las ruedas traseras.

»E1 examen no augura nada bueno.

»Alguien reclama una pala. No hay pala.

«Alguien reclama una radio. No hay radio.

«Alguien reclama agua. No hay agua.

«Alguien reclama a la compañía. No hay compañía.

«Aquí pasa algo raro...

«Las dos de la tarde. El sol no es sólido: es líquido. El suelo no es tierra: es sal. La única sombra es nuestra mala sombra. ¿Agua?: la del radiador. Y para animar el escenario: un guía loco y un minibús atascado en el barro.

»Aquí pasa algo raro...

«Los primeros minutos se los come la confusión.

»E1 chófer —consumado simulador— regresa al vehículo. Acelera. El personal —consumada inocencia— colabora. Empujamos.

«Resultado: una ducha negra de lodo y las ruedas hundidas hasta los tapacubos.

»Los siguientes minutos se los come un lógico e inútil enfado.

»¿Será posible?

»Escudriñamos el segundo y tercer horizontes. Quizá otro guía loco ponga rumbo al desierto.

«Cuarenta grados, sed y malhumor. Esto es lo que acertamos a percibir en el Nyiri.

«Sudor a chorros. Nos cubrimos como podemos. La piel enrojece por momentos. La furgoneta es candela. Imposible refugiarse en ella. Algunas lenguas chasquean.

»Jeremiah dice haber encontrado la solución (?): rellenar la ciénaga con piedras y ramas.

«Nuevo error. El más peligroso. Nadie cae en la cuenta. Y el grupo —cuatro mujeres y cuatro hombres— se dispersa por los alrededores, removiendo rocas.

»A la media hora el cargamento es estratégicamente enterrado en el fango.

«¡Cuan cierto es que Dios atempera el viento para el cordero trasquilado!

»De haberlo sabido me hubiera desmayado...

»La zona es un semillero de serpientes. Escondidas en la arena, y entre la escasa maleza, abundan las cobras egipcias y las mambas negras, entre otros ejemplares "extremadamente venenosos".

»Eso, claro está, lo supimos después.

»E1 motor arranca. Dos, tres, cuatro acelerones. Inútil. Las ruedas —en especial la izquierda— están embarradas. Y la ciénaga se traga las piedras.

»14:45 horas.

«Escupo barro. Probamos con el neumático de repuesto. Sirve de punto de apoyo. Mientras uno hace palanca con un tronco, el resto se rompe la espalda, en un vano intento por alzar la maldita camioneta. Pesa como la pirámide de Keops.

»E1 sol no calienta: incendia. Las mujeres —valientes— no protestan. Los labios se agrietan.

«Abajo el equipaje. Tiene gracia. El Nyiri se convierte en un cómico andén a ninguna parte. Es la primera vez que camino por un desierto, maleta en mano.

»E1 gato hidráulico —único lujo— tampoco nos saca del atolladero. La carrocería sube. Las ruedas no se mueven.

«Alguien abre una maleta. Contempla un frasco de colonia. Supongo que todos tenemos el mismo pensamiento: "¿Por qué no fabricarán perfumes potables?"

«Jeremiah lo intenta por enésima vez. El motor gime. Luego dice no.

«Ahora sí que estamos listos...

«¿Caminar hasta Amboseli? ¿Sesenta kilómetros y sin una gota de agua?

«Sugerencia rechazada por unanimidad.

«Nos sentamos sobre el equipaje. Alguien toma fotos. Nadie nos creerá. Risas. Menos mal...

«Sólo cabe esperar. Pero, ¿a qué?

«Sonrío para mis adentros. La "historia" me suena. La *nodriza* —seguro— trata de decirme, de mostrarme, algo. Tanto y tan estúpido infortunio es impensable.

»15 horas.

«¡Salvados! Un lejano polverío anuncia la presencia de otro "transgresor". Jeremiah salta. Alza los brazos. Se desgañita.

«¡Increíble!

»E1 minibús, cargado de franceses, pasa sin detenerse siquiera. Enmudecemos. Los franceses se mueren de risa.

»Pero la Providencia—a las duras y a las maduras— hace justicia. El Toyota embarranca a cincuenta metros.

«Ahora somos nosotros los que nos reímos... sin demasiado entusiasmo.

«Esto es puro surrealismo. Nos piden ayuda. Y haciendo de tripas corazón empujamos, sacándolos del barro.

«Solicitamos que, al menos, hagan sitió a las mujeres y las trasladen a Amboseli.

«Discuten. Sólo hay lugar —dicen— para un pasajero.

«Decidimos que la afortunada sea la muchacha negra que nos acompaña desde Nairobi y que trabaja en el *lodge*.

»—Ni hablar —replican los responsables del grupo—. Sólo una mujer blanca.

»Y lo peor es que los responsables son negros...

»La rabia nos hace olvidar la sed. Lo más probable es que esas "cobras" tampoco nos hubieran regalado un sorbo de agua.

«Regreso a mi maleta. El sudor ajeno, resbalando por frentes y cuellos, me hacer ver visiones. "Veo" una jarra de cerveza, helada y espumeante...

»¿En qué pensarán los de la *nave nodriza?*

«Faltaban un par de "numeritos"...

»Me decido a probar el sudor. No está mal. Algo salado.

»15:30 horas.

«Otra columna, blanca y espesa, nos pone en pie. El minibús, esta vez, aparece repleto de canadienses.

»El "revés del derecho". Saltan y nos auxilian encantados.

«Una sirga. Agua. Mucha agua.

»No puedo creerlo. El cable se rompe.

»La ciénaga, el sol líquido y el horno de sal se ríen. Y el Toyota no digamos...

»"*Visit África.*"

»No había reparado en el rótulo de nuestro minibús. Me río por no llorar.

«Nada que hacer. Diez hombres tirando y la ciénaga no cede.

»Se despiden. Prometen enviar un vehículo con tracción.

«16 horas.

«¿Otro espejismo?

»La jarra de cerveza ha desaparecido. Ahora "veo" una lejana y roja botella de vino.

»Se mueve. ¿Un espejismo que salta y corre?

»E1 punto rojo avanza entre la reverberación del desierto. Se dirige hacia nosotros.

»Jeremiah también lo ha visto. Y anuncia:

»—Un masai.

»—¿Son pacíficos? —preguntan las mujeres.

»—Depende de la propina —se burla el chófer.

»—¿Traerá agua? —preguntamos todos.

»—Los masai sólo beben sangre —puntualiza Jeremiah.

»La mancha roja se acerca. Se detiene a un centenar de pasos. Observa y observamos. Finalmente se reúne con el grupo.

»Es un adolescente. Una I con un paño rojo ladrillo anudado sobre el hombro derecho. Una I, una lanza y unos lóbulos de las orejas perforados y colgantes hasta las clavículas. La extrema delgadez, en rojo y negro.

«No habla inglés ni suajili, pero habla con la mirada. Los ojos son Yale, Oxford y la Sorbona.

«Minutos después, un segundo masai se une a Lanká. Es Ñángara, un niño de apenas nueve años. Un rebaño de cebús se recorta entre los fuegos de los horizontes. Y el desierto se humaniza.

«Jeremiah hace las presentaciones.

«Lanká y Ñángara son guerreros jóvenes: el primer escalón social entre los arrogantes masai.

«Comprenden y se apiadan. Lanká se ofrece para perforar con su lanza la yugular de una de las vacas y suministrarnos sangre, su bebida favorita.

«Agradecidos, pero no...

«Abro el cuaderno de campo y dibujo a los masai. Fotografiarlos es peligroso.

«Son juncos. Fina caoba. Maniquíes de facciones armoniosas.

«Alguien —con más imaginación que rigor— ha explicado su origen, remontándose a una legión romana perdida en el Alto Nilo. Otros hablan de parte de una de las doce tribus de Israel, igualmente descolgada (voluntariamente) durante el éxodo de Moisés.

»Se inclinan sobre los esbozos. Cuchichean.

«Los cuerpos, sabia y cuidadosamente embadurnados con grasa de oveja y una pasta ocre, no padecen las embestidas del sol ni las picaduras de los insectos.

«Terminan arrebatándome el bloc. Examinan las páginas.

»Pero lo hacen con el cuaderno al "revés"...

»Les toca el turno a los prismáticos.

»Lanká se hace con ellos. Los marea. No sabe qué son ni para qué sirven.

»Le sugiero que los aproxime a los ojos.

»Pero lo hace con los prismáticos al "revés"...

«Apunta al ganado. Desconcertado, los aparta con violencia. Lógicamente, no comprende. Sus animales, en efecto, están donde están. No se han movido.

»Le grita a Ñángara. Se lleva de nuevo los "10 x 50" a la cara y el rebaño se "aleja" por segunda vez.

»Le corrijo. Los coloco al "derecho". Mira nuevamente y alucina. No sé qué es peor.

«Los ojos de Lanká preguntan. Y se abren hasta borrar el rostro. Gesticula e invita al más joven a que se asome a los "cristales mágicos".

«Ñángara acepta encantado. Nuevo susto. Las vacas aparecen al alcance de sus manos. Baja el diabólico artefacto y comprueba por sí mismo. El rebaño no está donde él lo ve. Incrédulo, vuelve a utilizar los prismáticos. Lanza un chillido. Las vacas "van y vienen".

«Renuncio a explicarles. ¿Por qué matar el "encanto"?

«Los masai toman confianza. El espontáneo juego del "derecho y el revés" los fascina. Y no digamos a mí...

«Lanká se interesa por mi cámara fotográfica. Se la entrego. Lo animo a echar una ojeada.

«Pero lo hace con la Nikkon al "revés"...

«Aterrorizado, a punto está de soltarla. Esta vez, el rebaño —lógicamente desenfocado— se presenta descoyuntado y casi partido en dos por la lente.

»Me siento como un mago...

»E1 niño masai parece hipnotizado por mi reloj. Se lo muestro. Lo explora.

«Pero lo hace con los números al "revés"...

«Los grandes aros azules de los lóbulos de las orejas oscilan. Dicen que no, que no comprenden.

«Sonrío con amargura.

»En media hora, todo un mundo —¿el "derecho"?— ha sido manipulado al "revés".

«Efectivamente hay dos mundos.

«Pero ¿cuál es el verdadero? ¿Cuál el sensato, el correcto y el puro?

«¿El "derecho" (?) de un recuerdo escrito en papel o el "revés" (?) de una presencia viva?

»¿E1 "derecho" (?) de unos prismáticos (una máquina) que "mienten" o el "revés" (?) de las cosas en su sitio?

»¿E1 "derecho" (?) de una cámara fotográfica (una máquina) que "roba" imágenes o el "revés" (?) de la realidad?

»¿E1 "derecho" (?) de un reloj (una máquina) que "resta" vida o el "revés" (?) de una vida sin reloj, que sólo suma?

»¿E1 "derecho" (?) de una piel blanca e indefensa o el "revés" (?) de una piel negra y astutamente protegida con grasa de oveja?

»¿E1 "derecho" (?) de la sed o el "revés" (?) de un chorro de sangre brotando de la yugular de un cebú?

»¿E1 "derecho" (?) de unos cultos y despiadados franceses o el "revés" (?) de unos incultos y serviciales masai?

»¿E1 "derecho" (?) del "progreso", atascado en el barro, o el "revés" (?) de un joven guerrero, libre y a la carrera?

«¿El "derecho" (?) de la posesión o el "revés" (?) de la no posesión?

«Mensaje recibido.

«Ahora creo entender el porqué de esta insólita aventura en el desierto de Nyiri.

»16:45 horas.

«Captado el fax de la *nave nodriza,* la embarazosa situación se recompone al instante. Típico *made in* Dios.

«Manuel Polini Nietzen, uno de los esforzados pasajeros, presidente de la Universidad Internacional de las Américas (Costa Rica), con barro hasta las cejas, levanta el capó del minibús. "¡Milagro!" El motor arranca.

»Segundo "milagro". Lo que no se había logrado en tres horas se resuelve en tres minutos.

»Nuevo empujón. La Providencia —no hay quien me lo quite de la cabeza— arrima el hombro.

»Y el Toyota salta de la ciénaga como si tal cosa.

»Nadie lo entiende.

«Sonrío divertido y guardo silencio.

»Los masai son un punto rojo en la colección de horizontes.

»Y una estela blanca y redonda —el mundo del "derecho"— envuelve y asfixia el mundo del "revés"...»

EL «REVÉS DEL DERECHO»

Amboseli (al pie del Kilimanjaro).

Queridísima hija:

Esos casi seis mil metros, peinados a lo «nieves perpetuas», me tienen hechizado. La noche africana, luna en mano, parece iluminar la montaña para este solitario trotamundos. Todo un detalle que agradezco.

Y me recuerda él mundo al «revés» que acabo de presenciar: hielo, frío y ventiscas en el «palo mayor» de un desierto, «varado» en él fuego, la sed y la sal.

El «derecho» y él «revés»...

Como habrás imaginado, de esto quiero hablarte. Pero antes, permíteme una aclaración: Lanká y Ñángara, además de mover a la reflexión, me han obligado a consultar el diccionario una vez más.

¿Qué es exactamente él «derecho» y el «revés»? ¿Cómo los define la actual civilización?

Así, de sopetón, puede que la cuestión te parezca tonta. Pues lee conmigo y asómbrate:

«Derecho» —entre otras acepciones o significados que no vienen a cuento— es la cara anterior de una tela, madera, papel, etc., que es la que ha de verse.

«Revés» —según esto— es lo opuesto: «lo que no ha de verse».

Cerrado el paréntesis, volvamos a la aventura en el Nyiri. ¿Cuál fue la lectura final?

Según mi corto conocimiento, el planeta presenta dos caras, dos formas y estilos de concebir la existencia. A saber:

El derecho. Es decir, los que practican la posesión.

Y en el otro extremo —como un insólito «punto rojo», superviviente en los remotos desiertos del atraso y la incultura (?)—, un puñado de «locos» que se obstina en mantener la llama fría de la no posesión: el revés.

Los primeros —bandera de progreso (?)— organizamos el «ser» en torno al «tener».

Vivimos en una «montaña rusa», dominados por la inercia del sistema.

Somos criaturas «encarriladas».

Disfrutamos (?) con la estúpida emoción del consumo por el consumo.

Padecemos la más vergonzosa enfermedad moderna: el despilfarro.

«Comprar. Consumir y tirar.» Ésa es la ley. Y este demencial fenómeno recibe él título de Estado del bienestar.

He aquí lo que el mundo entiende por «derecho». En otras palabras, lo correcto y lo que ha de verse.

Los segundos —los masai, por ejemplo—, renunciando (inexplicablemente) a contemplar la vida desde esa montaña rusa, eligen el pie a tierra de la no posesión. Y se convierten en el revés del derecho. O lo que es lo mismo: en lo que no ha de verse.

¿Quién tiene razón? ¿Quién hace honor, en definitiva, al apellido «humano»?

Éste, mi querida niña, es el problema que trato de sentar en las rodillas de tu joven inteligencia. Ésta, en fin, la dura y desnuda realidad a la que debes enfrentarte:

¿Posesión o no posesión?

Y replicarás: «Poseer es una aspiración legítima. No poseer es una desgracia.»

¿Estás segura? ¿Qué opina el club? *Echemos un vistazo.*

Y empezaré por el revés. Rectifico: por el supuesto revés del no menos supuesto derecho. (¡Jo, qué lío!)

Los masai. ¿Qué «tienen»?

Un Dios. Una lanza. Una tela roja. Un bastón. Una choza. Un rebaño y la sábana. Ésas son sus posesiones.

Y yo te digo:

Podrían cambiar a Enkai, *su Dios, por una sucursal bancaria. Pero saben que el dios-banco es una ciénaga.*

En lugar de bancos tienen sueños.

La no posesión, justamente, les proporciona la total posesión de si mismos.

Son banqueros de distancias.

Comercian con horizontes: los interiores y los exteriores.

¿Qué «son»?

Son libres.

Y yo te digo:

Podrían cambiar la «empere», su lanza, por el fusil de repetición. Pero saben que la pólvora mataría también mil años de historia.

Saben que la posesión engorda.

Y han apostado por el cuerpo a cuerpo con la vida.

¿Qué «son»?

Son una I, siempre ágil y despierta.

Y yo te digo:

Podrían cambiar sus rojos lienzos por el «made in Taiwan». Pero saben que simba, *el león, no los reconocería.*

Y saben algo mucho peor: vistiendo del «derecho», él simba *del consumo terminaría devorando su magnífica y arrogante lámina.*

¿Qué «son»? Son auténticos.

Y yo te digo:

Podrían cambiar su bastón por el todo terreno. Pero saben que la gasolina es el inconfundible olor del hombre blanco y la antesala de un Nyiri de plástico y coca-cola.

Prefieren echar carreras al sol.

Saben que la no posesión jamás embarranca.

¿Qué «son»?

Son inteligentes.

Y yo te digo:

Podrían cambiar la «enkang», su choza de paja y estiércol, por el espejismo de la ciudad. Pero saben que acero y hormigón obligan para toda la vida.

Saben que la no posesión, en cambio, siempre está de paso.

¿Qué «son»?

Son, sobre todo, un punto rojo en la lejanía.

Y yo te digo:

Podrían cambiar sus rebaños por el código de barras y el «caduca a los treinta días». Pero saben que la informática puede ser una camisa de fuerza.

Saben que el mañana no existe.

Su Dios nunca habló de caducidad.

Caducar es otra trampa, tendida por los hombres del derecho.

Para los masai nada caduca. Ni siquiera la vida. Cuando mueren, siguen alimentando el Nyiri.

¿Qué «son»?

Son humanos.

Y yo te digo:

Podrían cambiar la sábana por la parabólica. Pero saben que todo cuanto deben saber se halla en la pequeña pantalla de sus corazones.

¿Qué «son»?

Son severos guardianes de un mundo que sólo pertenece a Enkai.

Y yo te digo:

Podrían cambiar el sol por el «tonto del tictac». Pero saben que el verdadero TIEMPO no se amarra a la muñeca.

Saben que la no posesión permite empezar a cada instante.

¿Qué «son»?

Son masai: «bebedores de TIEMPO».

Y yo te digo:

¿Es esto el "revés" del derecho? ¿Son los masai —los «locos» de la no posesión— lo que no ha verse?

Examinemos ahora, querida niña, la otra cara: el mal titulado Estado del bienestar.

¿Qué «tenemos»?

¿Un Dios?

Y yo te digo:

Lo «tenemos». Pero es un dios amarillo, con cara de lingote y que habita en las cajas fuertes.

Tenemos un dios que no regala. Simplemente comercia.

Veneramos a un dios que debe ser escoltado, que destruye voluntades, fronteras, vidas y sentimientos. Un dios que hace la guerra y que se manifiesta en el Sinaí de las cotizaciones.

Es increíble. El mundo del derecho —nuestro mundo— no es gobernado por la justicia y la inteligencia, sino por él tintineo del oro.

Ese dios, lejos de ser esclavo del hombre, nos ha esclavizado.

Sabemos que tu Jefe (él verdadero Dios) ensaya con él oro. Sin embargo, permitimos que el dios-lingote ensaye con nosotros.

Tenemos un dios que no sueña, que no imagina y que no es inmortal. Y aun así, en él colmo de la necedad, le entregamos él alma.

¿Qué «somos»?

Somos esclavos. Estúpidos esclavos que, en lugar de poseer, somos poseídos.

¿Qué «tenemos»?

¿Una lanza?

Y yo te digo:

La tuvimos. Pero esa lanza de criterio y la decisión personales ha sido quebrada y reemplazada por la ametralladora del consumo.

El tableteo de la posesión nos enloquece.

Vaciar él cargador de los deseos nos fascina.

Y aplastamos él frágil «platero» de la existencia con toda clase de necesidades inútiles, muertas, incluso, antes de pasar por caja.

La locura del consumo nos obliga a parir monstruos que, a su vez, se reproducen sin control, acorralándonos.

El Estado del bienestar (?) se convierte así en una pesadilla kafkiana y en una diabólica batalla contra nuestra propia creación.

¿Qué «somos»?

Somos una nueva especie: él homo perversus. *La única que se ve forzada a destruir sus engendros.*

¿Qué «tenemos»?

¿Una tela roja?

Y yo te digo:

También la tuvimos. Hemos vestido el «lienzo rojo» de una espléndida y arrogante identidad hasta que alguien —siempre los «ladrones del oxígeno-bis»— descubrió el sustancioso negocio de lo superfluo.

Y él mundo del derecho ha sido arrollado por las periódicas y calculadas estampidas de las modas.

Hoy, lo natural y lo auténtico son diseñados e impuestos desde las modernas cuevas de Alí-Babá de París, Roma, Berlín o Hollywood.

Un nuevo Atila y sus hordas arrasan, incendian y someten a lomos del márketing.

Tú y yo, querida niña, consumimos «autenticidad» (?), previamente envasada a diez mil kilómetros y con un año de antelación.

El mundo del derecho viste, come, se perfuma, viaja, sueña o se divierte por real decreto.

¿Qué «somos»?

Somos un rebaño, prisionero de lo «in» y pastoreado por la paranoia de lo no necesario.

¿Qué «tenemos»?

¿Un bastón?

Y yo te digo:

El siglo xx será recordado como la nefasta era en la que el mundo del derecho prescindió del bastón de sus propias fuerzas.

Hoy, la Humanidad no camina: rueda.

Tras millones de años luchando para enderezar la columna vertebral, una máquina, en décadas, ha logrado curvarla de nuevo.

El universo del derecho ha dejado de girar en torno a la sabiduría y la belleza. Hoy tenemos él cuatro y cinco puertas y él doscientos por hora.

Hoy, poder y categoría se miden en válvulas y cilindros.

El mundo del derecho ha tenido él honor (?) de acuñar un nuevo vicio: la velocidad.

Y esa máquina es hoy la reina de lo creado. ¿No resulta increíble? Adoramos a un monstruo que mata y transforma. El volante —como un implacable y corrosivo sulfúrico— disuelve hasta él último gramo de educación y respeto.

El infierno no es una creación de Dios. Es una creación de los fabricantes de automóviles. ¿Qué «somos»?

Somos la necedad químicamente pura. ¿Qué «tenemos»? ¿Una choza?

Y yo te digo:

Tenemos la paja, el estiércol y la mentira de la gran urbe.

Tenemos él peor de los males: la soledad en multitud.

Tenemos la cadena perpetua de una hipoteca, a cambio de setenta metros cuadrados.

Tenemos un horizonte de escaleras mecánicas.

Tenemos uno, cuatro, veinte millones de rostros anónimos, huyendo los unos de los otros. Tenemos un cielo de neón, cables y humo. Tenemos un vecino común: el miedo. ¿Qué «somos»?

Somos el revés de un «punto rojo» en la lejanía. ¿Qué «tenemos»? ¿Un rebaño?

Y yo te digo:

El mundo del derecho, en el sprint *de su locura, paga hoy por matar los rebaños.*

Paga por arrancar viñas y olivos. Paga por estrangular cosechas.

En el frenesí de la inmoralidad, pagamos por derramar y quemar lo que nos sobra.

Son las tablas de la ley del dios-lingote.

¿Qué «somos»?

Somos «ladrones del oxígeno-bis».

¿Qué «tenemos»?

¿Una sabana?

Y yo te digo:

Fuimos libres hasta la aparición del quinto jinete del Apocalipsis: la imagen.

Hemos prostituido este oportuno y feliz regalo de la luz, convirtiéndolo en el brazo armado de las tinieblas.

Tenemos una cultura (?) —del derecho, no lo olvides— gobernada, dirigida y sustentada por la más increíble de las criaturas: una pequeña pantalla.

Nos movemos, pensamos y decidimos (?) al son de un tan-tan que miente, maquilla y oculta en todos los idiomas y colores.

«Lo que ha de verse» —desde el «ojo parabólico» de la codicia— dicta, exige, niega y afirma, violando intimidades, derechos, obligaciones y libertades.

Millones de seres humanos aplauden, repudian, adelgazan, votan, consumen, lloran y ríen al orde-ño *(con ñ) y mando de un busto parlante.*

El mundo del derecho soporta y traga —supongo que encantado— un diario convoy de excrementos.

Nos acostamos con el ánimo empapado en lejía visual. Un ácido electrónico minuciosamente elaborado con violencia, mal gusto y mediocridad.

Resultado: la rica y prometedora sabana de la personalidad queda envuelta y asfixiada en el polvorío del «No piense, no decida; nosotros lo hacemos por usted».

Y sólo unos pocos —el «revés del derecho»— se atreven a silenciar a ese enano descerebrado, cuya talla se mide en pulgadas.

¿Qué «somos»?

Somos tan cartón-piedra como ellos.

Y te pregunto de nuevo:

¿Quién tiene razón? ¿Cuál es el derecho?

Y concluyo. Pero antes, déjame que me desahogue, decapitando a una vieja y odiosa «pitón», de la que ya te he hablado.

Sé que, después de exponer la idea del club *sobre la «intendencia», este rápido apunte en torno al dinero (la pitón) no guarda demasiado sentido.*

Querida Tirma, cumplo órdenes. Y esa fuerza que siempre me acompaña pide que insista, que te ponga en guardia.

El problema es cómo...

Cómo decirte que cambies los papeles, a pesar de todo y de todos...

Cómo explicarte que el dinero es sólo una «caja de herramientas»...

Cómo advertirte que el dinero es un simple destornillador, con la única función de reparar...

Cómo hacerte ver que cincuenta años de experiencia es casi una cátedra...

Me resignaré, una vez más, a levantar la persiana de los sentimientos.

Ojalá te digan algo esos cuatro «muebles» que poseo.

Primer «mueble».

Desde que tengo la fortuna de pertenecer al «club de la mágica fe» sé que la fórmula para disponer del dinero necesario consiste, curiosa y paradójicamente, en ignorarlo.

Segundo «mueble»

Los del club *—creo haberlo mencionado— somos los primeros a la hora de empujar el carro de la responsabilidad, del trabajo y del esfuerzo. Pero procuramos no perder de vista que el dinero es sólo un mulo más en él hábil y poderoso tiro que conduce la Providencia.*

Tercer «mueble».

(En realidad, un maravilloso secreto.)

Esa actitud, ese desdén hacia él mulo de dinero, provoca siempre (siempre) la aparición de las cantidades justas y en el momento oportuno.

Ya te comenté que él buen Dios «sabe». Sontos nosotros los que no «sabemos».

Cuarto «mueble».

Adoptar esta postura frente a la «pitón» significa convertirse en un loco suicida... para el mundo del derecho.

Como puedes suponer, mi querida niña, en un testamento no se miente. Te estoy ofreciendo, en suma, lo más sagrado y valioso que tengo y conozco: «el revés del derecho».

Pero no te alarmes. Conseguirlo, forma parte de esa tabla redonda de la fe, es cuestión de tiempo y de comprobación.

Sí me atrevo a sugerirte algo:

Inténtalo. Ensaya. Agarra a tu Jefe y mételo en la «batidora» del día a día.

Entrégate durante una semana. Sólo una semana. Después, cuéntame.

¿Cómo hacerlo?

Practicando el contra corriente.

Durante esos siete días, olvida el dinero. Trabaja firme y deja hacer a la nave nodriza.

Quizá, entonces, empieces a comprender que el dinero sólo es un «huésped». Nunca el «amo».

Un huésped huraño y mal encarado que siempre lleva prisa.

Dale los buenos días y sigue ocupándote de lo importante: vivir.

Quizá, entonces, averigües que el dinero no es otra cosa que una advertencia. En especial, para los pobres.

Quizá, entonces, descubras que el dinero —en el mundo del derecho (?)— se ha subido a los hombros del ser humano, mofándose y trampeando con la «zanahoria» del «Seréis como dioses».

Quizá, entonces, entiendas que el dinero es un excelente «abono» y nada más.

Un abono que debe ser extendido. De lo contrario, se pudrirá y te pudrirá.

Quizá, entonces, compruebes que el dinero ha sido concebido para «abrir». Nunca para «cerrar».

Quizá, entonces, caigas en la cuenta de por qué el verdadero «rico» nunca sabe (ni quiere saber) lo que «tiene».

Quizá, entonces, termines riéndote del supuesto

poder del dinero y de los necios que forman su estela.

Quizá, entonces, adviertas la cómica verdad: él dinero es un «novio impotente».

Por más que se esfuerce es impotente frente a tu belleza, salud, ternura, sonrisa, inteligencia, amigos y, sobre todo, frente a tu inmortalidad.

Quizá, entonces, recuerdes que él Grial —si existió— fue de barro.

Quizá, entonces, como el resto del club, veas aliviado y aligerado tu corazón.

Quizá, entonces, cuando te hablen de dinero, guardes un significativo silencio...

Quizá, entonces, querida Tirma, te conviertas en la auténtica Tirma.

Merece la pena probar.

¿Te animas?

Yo estaré a tu lado...

Recibe un millón de besos, mi precioso «revés del derecho».

CIUDAD DEL VATICANO

«PROHIBIDO EL PASO»

¿Tuve suerte?

Digamos que a medias. Mala suerte por lo que vi y suerte por lo que no vi...

Aquella mañana, buscando información para mi libro *La gloria del olivo,* le tocó el turno a la «caja fuerte» de la Iglesia católica: el Archivo Secreto Vaticano.

El prefecto, padre Metzler, me miró atónito.

—¿Cómo dice?

Repetí la insólita solicitud y, contra todo pronóstico, la mirada azul-porcelana del sacerdote parpadeó curiosa. Evidentemente, aquel tipo de petición no era habitual.

Y Metzler, no sé si vencido por la conmovedora candidez del ruego, mandó al diablo instancias y procedimiento.

—¿Quiere usted conocer la Verdad?

Aquel rostro esquinado, a juego con el más importante depósito histórico-documental del mundo, perdiendo dureza, olvidó por unas horas el corto alcance del rigor y de la burocracia. Y voló conmigo —creo que feliz— sobre el polvo y la herrumbre de la historia a la que servía.

—Sígame, pero nada de fotos...

Y fingiendo curiosidad recorrí la intimidad de papel de la «santa esposa» de Dios.

Pulcramente ordenada, me fue mostrada la kilométrica historia secreta de la depositaría de la Verdad. ¿Y qué acerté a ver?

Toneladas de cartas (secretas para el pueblo). Toneladas de confesiones (secretas para el pueblo). Toneladas de pactos (secretos para el pueblo). Toneladas de «arreglos» (secretos para el pueblo). Toneladas de procesos (secretos para el pueblo). Toneladas de condenas (secretas para el pueblo). Toneladas de privilegios (secretos para el pueblo). Toneladas de fanatismo (secreto para el pueblo). Toneladas de noes (secretos para el pueblo). Toneladas de muerte (secreta para el pueblo). Toneladas de silencio (secreto para el pueblo). Toneladas de política (secreta para el pueblo). Toneladas de oro, plata y plomo (secretos para el pueblo). Toneladas de odio (secreto para el pueblo). Toneladas de intransigencia (secreta para el pueblo).

Y en cada planta, sección, registro y armario la misma pregunta e idéntica respuesta:

—¿Es ésta la Verdad?

—No, querido amigo. Ésta fue la Verdad...

Final de la visita.

Pero antes, un minuto antes, como siempre, la *nodriza* y su «traca»:

Una anciana puerta de roble, dos cerraduras de alta seguridad, no sé cuántas alarmas electrónicas y un cartel de «prohibido el paso».

La intuición hizo diana. Aquella puerta conducía a una «cámara acorazada».

Y Metzler asintió burlón.

—Es la única sala que no estoy autorizado a enseñarle. —¿Por qué?

Nueva y forzada sonrisa.

—... Ahí, justamente, se encuentra la Verdad que usted busca.

UNA CARTA «FALSA» Y OTRA «AUTÉNTICA»

Ciudad del Vaticano.

Mi querida Tirma:

Calma. No hagas cabalas...

Estas cartas, en efecto, son de lo más extraño. Han sido escritas siguiendo impulsos muy diferentes. La primera, movido por un sincero deseo de hacerte partícipe de la opinión del club *respecto al arduo asunto de la posesión de la Verdad. Un capítulo que se las trae...*

La segunda —creo que la «auténtica»— ha llegado merced a otro súbito fax de la nave nodriza. *Y tienen toda la razón.*

Te aconsejo que leas las dos. Pero, por favor, olvida la primera. Lo sugerente, lo real y lo que, en definitiva, te interesa aprender, aparece en la última.

Vayamos, pues, con el primer testimonio. Si lo prefieres, la carta «falsa».

Dice así:

«... Después de la anécdota en el Archivo Secreto, al tomar papel y pluma para escribirte, me he dado cuenta de la ruina que tienes por padre. ¿Y qué puedo decir sobre la Verdad? ¿Es que la conozco?

»Ten paciencia. Todavía soy humano y, en consecuencia, socio del error.

»No te engaño. No sé qué es la Verdad. Hablo de oídas. (Me parece que estoy tropezando en la misma piedra en la que golpean aquellos que dicen poseer la Verdad.)

»De lo que sí doy fe es del perfume herético de estas líneas. Te pido perdón. Nada más lejos de mi intención que herir principios o creencias. Pero debo ser leal a mi pensamiento.

»La cuestión, querida niña, es que, a lo largo de tu vida, deberás enfrentarte —muchas más veces de las que supones— a la elección de esta o aquella Verdad.

»Unos te la venderán en forma de cruz.

»Otros, envuelta en una media Luna.

»Quizá, en una sábana color azafrán.

»Quién sabe si, incluso, en la mortaja del ateísmo.

»Todos, en suma, defienden y proclaman ser los verdaderos, únicos y santos guardianes de esa Verdad.

»Y yo no digo ni sí ni no.

»¿Cómo pronunciarme sobre lo que ignoro?

»Te ofrezco, eso sí, un curioso y secreto decálogo. El decálogo del club *sobre la Verdad. Algo tan antiguo como el mundo y que, no obstante, muy pocos se atreven a practicar.*[1]

»Juzga por ti misma:

»1. ¿Oué es la Verdad? Un gran pez. El anzuelo de la razón se queda pequeño. Sólo el del corazón es el adecuado.

»Y añado de mi cosecha:

»"¿Qué es la Verdad?", preguntó Poncio. Y el Hijo del Hombre no respondió. Mejor así...

»¿La Verdad es un caballo al paso, montado por el tiempo? ¿Es el paso del tiempo? ¿Es el paso al "no tiempo"? ¿Es el caballo sin paso ni tiempo?

»¿Es la Verdad un espejo? ¿Es la imagen reflejada o somos nosotros?

»¿Es lo verosímil o lo inverosímil?

»2. ¿Quién posee la Verdad? Sólo los muertos y a medias.

»Y añado de mi cosecha:

»El que dice poseer la Verdad, además de mentir, es burlado por la Verdad.

»O lo que es lo mismo: pretender poseer la Verdad es copiar y negar a Velázquez al mismo tiempo.
»3. Bastante tenemos con buscar la Verdad. Encontrarla sería demasiado.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Dónde está la Verdad?
»¿En la luz o en la ausencia de luz?
»¿En la palabra o en el silencio?
»¿En la experiencia o en el estudio?
»¿En la religión o en el espíritu?
»¿En el nadar o en el guardar la ropa?
»¿En la mano abierta o cerrada?
»*4.* La Verdad no prohíbe.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Fue el "comandante" Yavhé la Verdad o un juego de los que dicen poseer la Verdad?
»¿Responde la Verdad al mal con el mal?
«¿Practica la Verdad la guerra santa?
»¿Chorrea sangre la Verdad?
»¿Firma excomuniones la Verdad?
»5. La Verdad amanece a media noche.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Supera la ficción a la Verdad?
»¿Será verdad que la Verdad, como el alba, no necesita cúpulas, heraldos ni ministros?
»¿Será verdad que la Verdad, como el fenómeno de la respiración, es automática e incontenible?
»*6.* La Verdad es lo imposible.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Es verdad que la sangre circula por el cuerpo?
»¿Fue verdad que la Iglesia lo negó?
»¿Es verdad que la Tierra se mueve?
»¿Fue verdad que la Iglesia lo negó?
»¿Es verdad que el planeta tiene cinco mil millones de años?
»¿Fue verdad que la Iglesia lo negó?
»¿Es verdad que aceptamos la Verdad cuando nos satisface?
»¿Es verdad que la rechazamos cuando satisface a los demás?
»7. Trompetear la Verdad es dejar sorda a la Verdad.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Necesita la Verdad de pulpitos, maestros y archivos secretos?
»¿Cuántos argumentos requiere la Verdad?
»¿Necesita un bebé del principio de Arquímedes?
«8. La Verdad tiene las letras justas. La mentira siempre necesita una letra más.
»Y añado de mi cosecha:
-»¿Quién hace equilibrios: la Verdad o la mentira?
»¿Quién precisa de aprendizaje: la Verdad o la mentira?
»9. La Verdad, como el agua, carece de olor, color y sabor.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Es la Verdad blanca o negra?
»¿Es la Verdad zurda o diestra?
»¿Es la Verdad masculina o femenina?
»¿Es la Verdad creyente o agnóstica?
»¿Es la Verdad rica o pobre?

»¿Es la Verdad Moctezuma o Hernán Cortés?
»¿Es la Verdad el "derecho" o el "revés"?
»¿Es la Verdad Maquiavelo o Francisco de Asís?
»10. La Verdad no cristaliza.
»Y añado de mi cosecha:
»¿Es la tradición la Verdad en formol?
»¿Es el dogma una Verdad ortopédica?
»¿Es Dios un "fósil"?
»Fin del decálogo.
»Y te preguntarás, sobrada de razón, por qué tanto interrogante.
«Querida niña, ¿qué otra cosa puedo hacer?
»La Verdad, para la gente del club, *no empieza por V. Empieza y termina por "?".*
«Éste, como te decía, muy a mi pesar, es el único (?) capítulo del tesoro en el que ideas, palabras y sentimientos se hallan prendidos con las pinzas de la "?".
«Rechaza por tanto imitaciones. Rechaza verdades instaladas, cristalizadas o fosilizadas. Pero, sobre todo, rechaza cuanto has leído en esta carta.
«Recibe un millón de besos del mentiroso de tu padre.»

[1] *No sé si te he dicho que el séptimo día tu Jefe descansó y fundó el «club».*

Y ahora, adorada pequeña, atención a la segunda carta. A la «verdadera». A la que sí te informa sobre la Verdad, toda la Verdad y nada más que la Verdad.

Y recuerda que ha sido «redactada» por la nave nodriza.
Dice así:

Estas páginas en blanco son de tu propiedad. No seas tímida. Escribe en ellas, si quieres, «tu» Verdad. (De nada...) (Nota de la nodriza.)
Observa la meridiana transparencia del fax de la nave nodriza. *Imposible mejorarla. (Nota del incorregible de tu padre.)*

ESTOCOLMO

¿20.004 O 2.004?

«... Bruma...
»... Se mueve y lo cubre todo... ¿Dónde está el viento?...
»... Luz... Una luz inteligente y harinosa empuja la niebla ...
»... Luz y bruma... ¿Dónde estoy?... No hay referencias
»... No hay suelo... No hay paredes... No hay techo... No hay personas...
»... ¿Estoy solo?... Soy protagonista y espectador...
»... ¿Cómo puede ser?...
»... La niebla se abre... Entre los jirones aparece un ataúd...
»... Está ahí... Muy cerca... Podría tocarlo...
»... Un ataúd largo... ¿Por qué los ataúdes son interminables?
»... Brilla entre la bruma... Color roble viejo...
»... Pesa poco... Está vacío... ¿Cómo puedo saberlo?...
»... Lo sé...
»... Tengo miedo... ¿Es mi ataúd?... Lo es...
»... ¿Abrirlo?... No es necesario... Sé que es el mío...
»... Pero estoy vivo... Esto es absurdo...
»... Un avión... También sé que hay un avión... La niebla lo oculta... El ataúd viaja en ese avión... ¿Estoy fuera o dentro del avión?...
»... Y ahora, un número... No está en ninguna parte, pero lo veo... Es enorme...
»... El ataúd ha desaparecido... Busco entre la bruma...
»... Inútil... Sólo veo el número...
»... 20.004 ...
»... Los números bailan... Cambian...
»... 2.004...
»... La niebla se espesa... Sólo veo niebla... El miedo ha desaparecido...»

Anotaciones en otro remoto cuaderno de campo (1979). Breves apuntes, escritos nada más despertar. Y aquel sueño (?), a pesar de los quince años transcurridos, continúa intacto en mi frágil memoria. ¿Cómo es posible? ¿O no fue un sueño? ¿Cuál pudo ser su significado?

Nunca lo he sabido con certeza y, a decir verdad, tampoco quiero saberlo...

Sigo leyendo:

«... Gran Hotel.

»Me encuentro en el Gran Hotel, en efecto. Habitación 214, para ser exactos. Es invierno y esta ciudad blanca y bajo cero es Estocolmo.

»No hay duda. Pero ¿y ese extraño sueño?

»¿20.004 o 2.004?

»¿E1 gordo de la lotería o el año de mi muerte?

«Aprovecho la mañana libre para callejear y olvidar.

«Imposible. El sueño no se despega. Es tan sólido y pertinaz como este frío polar.

»Lo "veo" dentro y fuera.

»Lo "veo" en el silencio de hombres y automóviles. Estocolmo vive de "puntillas". ¿Cómo lo harán?

«También el sueño fue "mudo"...

»Lo "veo" en el crujir de la nieve, único "eco" del silencio.

«También el sueño fue un "eco": ¿el de la muerte...?

«Lo "veo" en el blanco-sucio de este cielo, despeñado desde el azul y al que nadie mira. ¿Será por eso que Suecia no cree en el cielo?

«También el sueño fue harinoso...

«Lo "veo" en la rigidez de los suecos. ¿Serán corazones "articulados"? No parecen bombear sangre. Bombean números y coronas.

«También el sueño fue un número...

«Sólo el azul-humano de las aguas del puerto, apagando hielos, me dice que "sí", que el sueño fue mucho más que un sueño...

»Sin saberlo, Gianni Ferrari, viejo amigo, viene en mi ayuda. Me saca del sueño e invita a rubricar la jornada con una relajante, divertida y "asombrosa" sesión de ruleta.

«Jamás he pisado un casino...

»—No importa. Limítate a mirar.

«Gianni y dos colegas suecos —Tobbe Gustavsson y Ake Brandel, reportero gráfico del *Expresen* y cronista del *Aftonbladet,* respectivamente— me conducen al Golden Days, en Kungsgatan.

«¿Surge la respuesta al sueño? No lo sé...

«Apuestan sin entusiasmo.

»De pronto, el sueño (?) "habla".

»—... 20.004... Apuesta por el 2, 0, 0, 0, 4.

» ¡De locos!

»—¡Apuesta! —insiste una voz (?) que no conozco.

«Cedo. Me inclino sobre Gianni y le susurro los cinco números.

«Ferrari no sabe de qué hablo. Ni falta que hace.

«Me observa intrigado. Acepta.

«¡Increíble!

«La señorita canta un dos.

«Gianni se pone serio.

«Segunda, tercera y cuarta jugadas: tres veces cero.

«Gianni suda.

«Última lirada: un cuatro.

»Tobbe y Ake no sudan. Están "muertos". No comprenden. Ni falta que hace.

»Gianni estalla feliz:

»—*¡La nodriza,* supongo...!

«Sonrío divertido y guardo silencio.

» ¡Y qué sé yo!

»Y me pregunto:

»¿Y el 2.004? ¿Qué ocurrirá el año 2.004? ¿Qué me sucederá o sucederá en el 2.004?»

«CREER EN LAS HADAS»

Estocolmo.

Queridísima niña:

¿Conocías él sueño? Me parece que no...

¡Tengo tantos pequeños-grandes secretos que contarte! Quizá algún día, como en los viejos tiempos...

De momento me gustaría que prestaras atención a la increíble segunda parte de aquél sueño. A la escena de la ruleta y el 20.004. ¿Casualidad? Sabes que no acepto a ese bastardo humano: el azar.

¿Entonces?

Alguien moviendo los hilos...

En otras palabras, los sueños son (pueden ser) mucho más que sueños. Pero, lamentablemente, la sociedad que te ha tocado vivir no repara en ello.

Te lo adelanto: para los socios del club, *algunos sueños son una sutil fuente de información. De ahí la gran importancia de permanecer atentos y, sobretodo, de creer en ellos.*

¿Tú crees en los sueños?

Y te diré más. Para el club, *determinados sueños constituyen un especialísimo canal de guardia, expresamente reservado al buen Dios y a sus «comandantes y capitanes». Una frecuencia en la que el ser humano difícilmente puede interferir.*

Durante la ensoñación, misteriosa e involuntariamente, alcanzamos un estado de cuasidivinidad, moviéndonos y conociendo con una plenitud sobresaliente.

Para tu padre, querida niña, los sueños son la orilla de la eternidad.

Son el verdadero pensamiento.

Los sueños son el «revés del derecho».

En los sueños vivimos lo que jamás podremos vivir en la vigilia.

Los sueños son una ventana que Dios —conmovido— ha olvidado *cerrar.*

Pero no es ésta la única escuela clandestina de sabiduría montada por la Providencia. Las infinitas realidades que nos rodean, y que no vemos, también son accesibles, siempre y cuando —permíteme que simplifique— no perdamos la capacidad de «creer en las hadas».

¿Dónde quiero ir a parar?

A una página que no podía faltar en este tesoro. A un capítulo que, probablemente, te hará sonreír con indulgencia una vez más. A un asunto, sin embargo, que me arriesgo a clasificar de máxima prioridad y que te comunico a los efectos pertinentes. Piénsalo. Quizá algún día —no necesariamente ahora— lo comprendas y practiques.

Sería maravilloso. Y, sobre todo, evitaría que cayeras en el agridulce paraíso del todo por nada.

La modernidad, querida niña, es un objetivo deseable y recomendable. Pero, ¡ojo!, siempre y cuando no «espante o destierre a las hadas».

Dicho de otro modo: el progreso y el avance materiales deben respetar y animar la fe en lo invisible (?), lo imposible (?) y lo fantástico (?).

A esto llamo «creer en las hadas»

¿Por qué? ¿Por qué es necesario «creer en las hadas»?

La respuesta está en Suecia.

Te contaré lo que vi. Después, saca conclusiones.

Para la gente del club, *éste es un país hermoso, próspero... y triste.*

Una nación en cabeza en el arte de tener y carecer.

Me voy desolado porque, aun siendo una sociedad «espejo», viven —creo— con los cristales del corazón empañados.

A fuerza de esterilizar el exterior han matado el interior.

Lo tienen todo y no tienen nada.

Es un territorio vacío por fuera (veinte habitantes por kilómetro cuadrado) y vacío por dentro (uno de los mayores índices de suicidios del planeta).

Tienen hierro, pero son asustadizos.

Tienen acero, pero son frágiles.

Tienen madera, pero son de plástico.

Tienen energía eléctrica, pero no saben de la «fuerza motriz» de los sentimientos.

Tienen seguridad, pero son inseguros.

Tienen un automóvil cada dos ciudadanos, pero viajan por las comarcales de la imaginación.

Tienen un teléfono cada dos personas, pero no conocen el «número» del corazón.

Tienen un televisor cada dos almas, pero no «ven». Sólo «miran».

Tienen larga vida (una media de casi ochenta años), pero la consumen en las colas del alcohol, la indiferencia y la depresión.

Tienen dinero (casi diez mil dólares de renta anual por individuo), pero carecen de niños.

Tienen igualdad y libertad, pero siguen «prohibiendo él paso» a Dios.

Tienen una bella Naturaleza, pero las «hadas» han huido de ella.

Éste es el panorama. Éste es el problema:

Un mundo ejemplar en lo material, pero desorientado y desamparado en lo espiritual.

Un mundo que ha olvidado las otras e infinitas «realidades». Que no «cree en las hadas».

Como ves, «creer en las hadas» es y no es una forma de hablar.

En anteriores cartas, querida niña, me he referido a los que tienen (tenemos) fe. Y también a los afortunados del club. *Lo que seguramente no he redondeado son las ventajas que encierra la práctica de este fascinante fenómeno de la fe. ¿O sí? Es igual. Te aseguro que, en este sentido, no me importa caer en la repetición.*

«Creer en las hadas» —es decir, en lo no visible— tiene la ventaja de vivir (volar) con cuatro motores. Si fallan razón y lógica siempre te quedan los más voluntariosos: los motores auxiliares del «Dios dirá».

Una sociedad materialista, en cambio, vive (no vuela) precaria y peligrosamente. Razón y lógica, como sabes, son «saltamontes».

«Creer en las hadas» proporciona el indescriptible placer de la «caída libre».

El estilo sueco, en cambio, es un buey con para-caídas.

«Creer en las hadas» es cortar la cuerda propia «catapulta mental» e ir a parar a la azotea de los cielos.

La racionalidad, en cambio —si carece de esa fe— se convierte en sótano y planta baja (con suerte).

«Creer en las hadas» es cinco semanas en globo.

El pragmatismo, frío y desértico, en cambio, es un viaje al centro de la Tierra.

«Creer en las hadas» es un continuo desembarco en otras orillas.

Un mundo que desprecie la fantasía, en cambio, es un mundo de langostas. Viven en él mar y no saben que él mar tiene orillas.

«Creer en las hadas» es estar «enchufado» a la «red» de Dios. La mirada se enciende.

Un hombre sin fe, en cambio, es una red sin enchufar y viviendo a dos velas.

«Creer en las hadas» es planear en el ala delta de lo imposible. ¡Y vuela!

Negar los otros mundos, en cambio, es limitarse a mirar (envidiar) desde el suelo del escepticismo.

«Creer en las hadas» es ser sprinter *y escalador.*

El progreso a lo sueco, en cambio, debe resignarse al papel del gregario.

«Creer en las hadas» es saber que lo que es arriba es abajo.

La ausencia de espiritualidad, en cambio, sólo sabe del «abajo».

«Creer en las hadas» es admitir que uno es y no es Dios.

Para los filósofos de la indiferencia, en cambio, uno es y no es.

«Creer en las hadas» es bajar a pulmón a la fosa de las Marianas.

Para el rigor científico, huérfano de imaginación, las hadas son una fosa en la que caen los débiles mentales.

«Creer en las hadas» es maravillarse ante una criatura, a cuatro mil metros y con «anticongelante»

Para la ciencia descarnada, en cambio, esa criatura es sólo una chinche del mauna Loa (Hawai).

«Creer en las hadas» permite ascender por las «térmicas» del espíritu.

Una sociedad sin alma, en cambio, aprovecha esas «corrientes» para descender sobre la carroña.

«Creer en las hadas» es navegar sin chaleco salvavidas.

La imagen sueca, en cambio, es una monja con flotador.

«Creer en las hadas» es preguntarse: «¿para qué sirvo?»

Ignorarlas, en cambio, es preguntarse: «¿para qué sirve?»

«Creer en las hadas» es creer en la otra cara de ti misma.

Para un pueblo con los «cristales del corazón empañados», en cambio, no hay más cara que la del dios-lingote.

«Creer en las hadas» es tener la certeza de que «ahí fuera» hay más «tráfico» que «aquí dentro».

Para los hombres-Estocolmo, en cambio, hadas, sueños y fe son direcciones prohibidas.

«Creer en las hadas» es cerrar los ojos para contemplar la realidad.

Para los insomnes del espíritu, en cambio, los ojos no pueden ser cerrados bajo ningún concepto.

«Creer en las hadas» es hervir sin fuego. Estar ebrio sin haber bebido.

Los abstemios de la fantasía, en cambio, terminan borrachos de razón.

«Creer en las hadas» es relampaguear e iluminar la inteligencia.

La tecnología acorazada en la mediocridad, en cambio, es el trueno, imitando inútilmente al relámpago.

«Creer en las hadas» es estar (y parecer) maravillosamente loco.

Los cuerdos (?), en cambio, sólo pueden aspirar a comprar «arte».

«Creer en las hadas» tiene la ventaja de poder ser Lorca, abriendo semillas en el corazón de un sueño.

Los fanáticos del racionalismo, en cambio, nunca podrán «ser Lorca».

«Creer en las hadas» es poner «muelles» a los días.

El materialismo, en cambio, es un yo con «muelles».

«Creer en las hadas» es entrar en él reino de la muerte y salir sonriendo.

Los ateos, en cambio, ni siquiera saben de qué hablo.

«Creer en las hadas» es disfrutar de dos apartamentos: el ordinario y el extraordinario.

Los inquisidores y Torquemadas de la fe, en cambio, apenas si pueden costear el ordinario.

«Creer en las hadas», en fin, como ves, es mucho más que creer en hadas.

«Creer en las hadas» es colgar —una vez más— una «jaula de pájaros» en tu corazón.

«Creer en las hadas», querida niña, no es otra cosa que seguir la ley natural.

Dime:

¿No cree la noche en el alba?

¿No cree el amor en el beso?

¿No cree la duda en él «sí» y en el «no»?

¿No cree el sedal en el anzuelo?

¿No cree Van Gogh en el color?

¿No cree el azul en el violeta?

¿No cree la vida en la muerte?
¿No cree la muerte en la vida?
¿No cree la gaviota en él mástil?
¿No cree él agua en el H_2O?
¿No cree la idea en la palabra?
¿No cree la vela en el viento?
¿No cree la vigilia en él sueño?
¿No cree Iván, tu hermano, en la fotografía?
¿No creyó Gianni Ferrari en el 20.004?
¿No creo yo en ti y tú en mí?

Recibe un millón de besos, mi querida «hada». Y recuerdos a mi abuela, la «contrabandista», tu «hada protectora».

PARÍS

«TAXISTA» Y «PASAJERO»

¿Supera la realidad a la ficción?

Siempre.

Y no digamos la realidad... «conducida».

¿Y qué entiendo por realidad «conducida»?

Sencillamente, el «taxi» de lo cotidiano, obviamente manejado, no por el pasajero, sino por el «taxista». Ambos viven la misma realidad, pero desde formas y puntos de vista diferentes. El pasajero cree controlar esa «realidad». La verdad es que quien «conduce» —siempre «delante y por delante»— es el «chófer».

Enésimo ejemplo:

«... Soleada mañana de primavera en París.

»La elaboración de un nuevo libro —Yo, Julio Verne— me lleva a diferentes localidades francesas. (Me "conduce" sería más apropiado.)

»Hoy, jornada destinada al rastreo de documentación, le toca el turno a las librerías (mi vicio secreto).

»De pronto, en mis pecadoras manos, cae (?) un libro que no necesito y que, naturalmente, padeciendo como padezco la enfermedad del dato, termino comprando. (El "taxista", otra vez.)

»Se trata de un magnífico ejemplar sobre inventos, dirigido por Valérie-Anne Giscard D'Estaing.

«Entro en la avenida de los Campos Elíseos...

»Como era de prever, reconfortado por un sol igualmente curioso, hago del paseo "sala de lecturas".

»Ojeo fascinado.

»Y ahora me pregunto: ¿por qué fui a detenerme en aquel capítulo?

»De entre las casi trescientas páginas elijo (?) las que ilustran sobre lo último en comunicación.

»¿Deformación profesional? ¿"Taxista"?

»Y voy leyendo:

»"... Estilográfica calculadora: usted escribe una pregunta sobre un papel y la respuesta —merced a un mini superordenador—- aparece en una pequeña pantalla, en la propia pluma"

»"... Bolígrafo antifraude: contiene una tinta de seguridad resistente al borrado. Ideal para evitar la falsificación de cheques."

»La magia de la comunicación.

»Cruzo la avenida de Matignon...

»"... Face Reading Project: una máquina sensible, capaz de leer el movimiento de los labios, comprender palabras, traducir a varios idiomas, seguir la mirada e interpretar sensaciones."

»"... Ricoh G4: fax animado por láser, récord de velocidad: copia un documento en cinco segundos."

»"... Pantalla extraplana: fabricada con cristal líquido o con plasma. Utilizada en el panel de instrumentos de los aviones y en los ordenadores de bolsillo."

»"... Ceravisión: televisión en relieve. Usted ve como si estuviera allí."

»La magia de la comunicación.

»Cruzo la calle de La Boetie...

»"...Lápiz óptico: lee la información codificada en un simple periódico y programa su vídeo al segundo."

»" ... CRAY-2: el ordenador más potente. (Hasta ayer.) Doscientos cincuenta millones de operaciones por segundo. Capacidad de memoria: 256 millones de palabras de 64 *bits.*"

»"... Ni-1000: un *chip* con 1.024 neuronas artificiales. Opera diez mil veces más rápido que sus *colegas,* las neuronas ' humanas."

»"... P-300: una onda cerebral con futuro. Todavía en fase experimental. Debidamente controlada puede convertirse en el 'otro yo' de los 'encerrados': personas que ven, escuchan, entienden y razonan, pero están incomunicadas. La P-300'hablará por estos incapacitados'."

»La magia de la comunicación.

»Cruzo la calle Washington...

»"... Teléfono estanco: ideal para conversar bajo el agua."

»"... Echo-2000: teléfono para sordos. Traduce los sonidos a palabras, reproduciéndolos en una pantalla."

»"... Teléfono 'familiar': una memoria, debidamente programada, reconoce voces familiares o de amigos. Sólo responde a voces conocidas. Se acabaron los pelmazos."

»La magia de la comunicación.

«Cruzo la calle Balzac...

»"... TDF-1: imágenes de televisión, 'rebotadas' directamente por un satélite situado a treinta y cinco mil kilómetros."

»"... Superautopistas de la información: millones de conversaciones y datos viajando por la «cabeza de alfiler» de la fibra óptica."

»"... Equivox: un 'secretario' en una 'caja de cigarrillos'. Programado para almacenar todo tipo de información, usted puede consultarlo desde cualquier lugar. Sólo contesta si 'reconoce' la voz de su 'jefe'."

»"... 'Adiós a las llaves': usted podrá abrir o cerrar una puerta colocando la yema de su dedo pulgar sobre el 'ojo' de un ordenador. Con este invento recibirá dinero de los cajeros automáticos o hablará con las antípodas, sin necesidad de tarjetas de crédito o monedas."

»"... Realidad virtual: la 'supercomunicación'. Todavía en sus primeros y tímidos pasos. Con el auxilio de las computadoras y de un casco, usted tendrá visión tridimensional estereoóptica, con sensación de profundidad, de lo visible y de lo invisible. En un futuro no muy lejano, este aparente juego permitirá, incluso, vivir y filmar los sueños. Los médicos podrán explorar el interior del cuerpo humano sin necesidad de rayos X o ultrasonidos. Y hará realidad el 'viaje' a las profundidades atómicas o una 'tertulia' (desde casa) con los astronautas desplazados a Marte."

»La magia de la comunicación.

»Entro en la plaza de la Estrella...

»(Y el "taxista" al "volante", claro.)

»Una súbita (?) imagen me despega del libro. Veo a una mujer, sentada en un banco.

»Viste pulcramente. Mediana edad. Está sola.

»Pero ¿qué tiene a sus pies?

«Sigo aproximándome.
«Olvido la lectura y la magia de la comunicación.
«Carteles. Son dos carteles.
»Han sido colocados en el suelo, a poco más de dos metros de la mujer.
»Me detengo perplejo.
«Leo. La señora me observa. Percibo una inmensa tristeza.
«Otros paseantes también se detienen. Leen y aprietan el paso, huyendo.
»¡Dios mío!
»En francés e inglés, la solitaria mujer ha escrito:
«"POR FAVOR, ¿QUIERE USTED HABLAR CONMIGO?"
«Fin del trayecto.
«"Taxista" y "pasajero" echan cuentas...»

«POR FAVOR, ¿QUIERE USTED HABLAR CONMIGO?»

París.

Mi querida hija:

¡Qué cruel paradoja!

Vivimos en un mundo cada vez más pequeño y distante. Más comunicado e incomunicado.

La técnica nos acerca y, curiosa y tristemente, nos aleja.

Proclamamos el triunfo de la «aldea global», mientras alguien mendiga unos gramos de comunicación.

¿Qué clase de civilización es ésta?

Si te soy sincero, al igual que sucediera al enfocar el enigma de la Verdad, he vuelto a quedarme a oscuras. Poco ha faltado para tirar estas cuartillas a la papelera. Me siento un inútil, incapaz de abrir la «caja de los truenos» de este terrible «mal».

¿Qué puedo decirte que no sepas?

«Supercomunicación = superincomunicación.»

He aquí la trágica y demoledora realidad.

¿Cómo vencer esta diabólica ecuación?

En el club *sólo conocemos un medio. Y procuramos practicarlo a diario. Pero sólo somos un puñado de «locos mendigantes» contra millones de «cuerdos super-comunicados»...*

La fórmula, seguramente, no te dirá gran cosa. Es tan vieja como el comer. Pero no hay otra.

Consiste en resucitar la palabra.

Seré más preciso: devolver a la vida el arte de conversar y, sobre todo, de escuchar.

He aquí mi petición. Y me encantaría que añadieras esta sugerencia a cuanto llevas leído en este poco formal pero sincero testamento.

Para los socios del club de la mágica fe *no existe otra alternativa. Sólo despertando y revalorizando la palabra cabe la posibilidad de «zurcir» él vergonzoso «siete» que luce el mundo. (Éramos pocos y parió la informática...)*

«¿Resucitar el arte de conversar? Nada más fácil», argumentarás.

No, mi querida e inocente niña. No tan fácil.

Hoy, plena y definitivamente conquistado por la millonésima de segundo y los millones de bits, el ser humano, en él colmo de la incongruencia, se ve amenazado con la pérdida del más noble de los dones. Uno de los pocos que lo distingue del resto de la creación: la palabra.

El mal uso y él abuso de esos magníficos medios de comunicación están atrofiando una de las más cálidas e insustituibles características del hombre: la facultad de conversar.

Y recuerda. «Conversar» no es sólo hablar. «Conversar» significa «tener trato y amistad unas personas con otras».

La imagen, el fax y las autopistas de fibra óptica son excelentes instrumentos. Pero, al igual que ocurriera con los dinosaurios, amenazan con dominar la Tierra.

¿Exagero?

Mira a tu alrededor. ¿Qué sucede cuando enchufamos al «descerebrado» con cara de pantalla?

—¡Silencio! —grita el padre.

—¡Silencio! —reclaman los hijos.

—¡Silencio! —exige el ama de casa.

—¡Silencio!

La televisión, dueña y señora de cada casa, es la dictadura del silencio. Peor aún: la tiranía de la palabra única.

¿Qué sucede cuando nos enchufamos al ordenador o a los videojuegos?

Las palabras yacen silenciadas bajo la «bota» de la electrónica.

Seguimos sin comprender que «no fue hecho él hombre para él sábado, sino el sábado para el hombre».

El mundo, querida niña, borracho de chips, aferrado a la botella de las multinacionales, no acierta a encontrar la llave de sí mismo.

Estamos olvidando que la palabra es la mejor silla de montar para disfrutar del paso, trote o galope de los sentimientos.

Estamos engendrando un monstruo, hijo del silencio y de la máquina.

Amordazando la palabra estamos tragando nueces sin abrirlas.

Estamos estrangulando sensaciones, sin manos.

Estamos consumiendo «infierno» a granel.

Estamos incubando impotencia, locura y muerte. Por este orden.

Con la «ejecución sumarísima» de la palabra estamos fusilando el futuro.

Estamos esperando a nadie.

Y sabes, mi pequeña Turma, que éste es otro capítulo en el que me expreso con conocimiento de causa.

Sabes —creo— de mi vida en un ático de dieciséis metros cuadrados.

Lo que quizá no sabes es cómo eché de menos la palabra. La tuya, la de tus hermanos. Cualquiera...

Lo que quizá no sabes es que, durante esa angustiosa incomunicación, llegué a hablar con las estrellas, con las paredes, con él hombre del tiempo, con él golpear de la lluvia en él cristal y con él puntual camión de la basura...

Mil veces caí de rodillas, suplicante, llorando por una palabra. Por una sola...

«POR FAVOR, ¿QUIERE USTED HABLAR CONMIGO?»

¿Comprendes ahora la inmensa tragedia, la soledad «millonaria de bits», de aquella mujer?

¿Comprendes lo que significa el naufragio de la palabra?

Ya esta peligrosa situación —por si fuera poco— hay que sumar la no menos preocupante tendencia humana a «hablar sin escuchar».

Te decía que la única fórmula para descomponer la fatídica ecuación («super-comunicación = super-incomunicación») consiste en resucitar él arte de conversar y, muy especialmente, el de escuchar. Un empeño —si observas con atención— igualmente arduo.

Es preciso hablar, sí. Es preciso hablar, sobre todo, con aquellos que no pueden o no saben. Pero, más importante aún, es hablar dejando hablar.

Resulta increíble.

Cuando, al fin, hablamos, expresiones como «en mi opinión», «yo creo», «en mi caso», «a mí también» o «yo pienso» cubren la conversación (?) como una nevada.

El yo es el gran protagonista y él gran odiado por él otro.

Cuando, al fin, hablamos, utilizamos la palabra como ariete contra la palabra del otro.

Cuando, al fin, hablamos, trabajamos la palabra como una oportunidad contra él otro.

No son éstas, querida niña, las reglas del club.

Para los socios, el que mejor habla es siempre el que mejor escucha.

Cuando hables, por tanto, si vas a hacerlo sólo de ti misma, cuenta mentalmente hasta diez y ensaya él silencio. Tú y él otro quedaréis sorprendidos con él resultado.

Conversar es un eficaz sistema para conocer a los demás. En especial, dejándolos hablar.

*Recuerda siempre, querida niña, que las palabras no tienen marcha atrás. El silencio sí. * Recuerda siempre que los «quilates» de la palabra dependen del tono.*

Recuerda siempre a Thor: *nunca «habla» de sí mismo, pero se le entiende.*
Recuerda siempre que las palabras no deben servir para ocultar sino para revelar.
Recuerda siempre que unir palabras no debe ser causa de separación entre personas.
Recuerda siempre que una palabra que no transmite emoción es un sol pintado a mano.
Recuerda siempre, en fin, que el buen Dios es el Gran Escuchador.
Y hablando de tu Jefe, déjame que finalice con otro pequeño cuento:
«En cierta ocasión, Dios bajó al mundo.
»Y lo hizo disfrazado de mujer de mediana edad y pulcramente vestida.
»Fue a sentarse en un banco y colocó dos carteles a sus pies.
»Ambos, en inglés y francés, decían lo mismo:
»POR FAVOR, ¿QUIERE USTED HABLAR CONMIGO?
»Y Dios esperó.
»Pasó un primer hombre. Leyó los carteles y se alejó murmurando:
»—¿Estará loca?
»Pasó un segundo ciudadano. Miró atónito y huyó veloz, musitando:
»—No puede encerrar nada bueno.
»Pasó un tercer individuo. Observó la escena y se dijo, al tiempo que desaparecía:
»—Seguro que quiere robarme.
»Pasó un cuarto ser humano. Dudó. Pero, finalmente, continuó su camino, mascullando:
»—¿Y si me compromete?
»Pasó un quinto hombre. Se apiadó de la mujer pero, víctima de la misma "enfermedad", terminó escapando. Y mientras apretaba el paso se preguntó:
»—¿Y de qué le hablo?
»Por último acertó a pasar un perro. Naturalmente no pudo leer los carteles. Pero, percibiendo una inmensa tristeza, fue a tumbarse a los pies de la mujer.
»Y cuentan las crónicas que el buen Dios —inasequible al desaliento—> continúa sentándose en los bancos del mundo, con los célebres carteles a sus pies.
»La última vez que fue visto se encontraba en la plaza de la Estrella.
»Era una soleada mañana de primavera en París.»
Recibe un millón de besos y, por favor, apaga el televisor y habla-escucha a Satcha.

CANARIAS

LA «FOTO» DEL SIGLO

¿Vértigo?

Peor. Mucho peor.

¿Cómo describirlo? ¿Agonía? Quizá...

El caso es que tuve que descender del automóvil. Necesitaba olvidar aquella «pesadilla».

Naturalmente, no lo he conseguido...

Mirador de la Degollada de Franceses. La Caldera de Taburiente me recibió con un respetuoso silencio. Era lo menos.

Después de ver y conocer lo que acababa de ver y conocer, sólo aspiraba a sentarme en una piedra y pedir perdón. Perdón por ser tan pequeño. Por medir 1,73 metros y sumar cincuenta ridículos años.

Y el rojo, negro, verde, azul y blanco de volcanes, bosques, cielo y nubes —compadecidos— pasaron su mano sobre aquel turbado viajero, procurando tranquilizarlo.

Naturalmente, no lo consiguieron...

Y seguí agonizando.

Aquella tierra, a pesar de su aspereza, grandiosidad y belleza —por encima incluso de las nubes—, sí estaba a mi alcance. Podía comprenderla. Podía armarla y desarmarla en el «cuarto de juegos» de mi inteligencia. Pero ¿cómo doblar y guardar en el modesto zurrón de la comprensión al «año luz», con sus 9,4 billones de kilómetros? ¿Cómo montar el «mecano» de un universo de 15.000 millones de «piezas»? ¿Cómo exigir paz y tranquilidad a unas «inválidas» neuronas después de haber contemplado aquella «foto»? ¿Cómo vencer el vértigo y la agonía provocados por la visión de la cuasiinfinitud?

Algo sí estaba claro. La visita a aquel novísimo templo de la Ciencia —me dije—, aplazada durante años, había tenido lugar (¡cómo no!) en el momento justo. (Otra vez la *nave nodriza* y su «traca» de feria.)

Nadie me creerá. Lo sé...

La cuestión es que aquella mañana, merced a la gentileza y generosidad del personal del Instituto Astrofísico de Canarias, fui autorizado a husmear entre los telescopios del Roque de los Muchachos, en La Palma (la isla «corazón»). Conny Spelbrink fue mi guía.

Algo tenía oído y leído.

Científicos españoles, justamente del instituto que gobierna el observatorio del Roque, en colaboración con el centro de investigación Bartol, de la Universidad norteamericana de Delaware, habían «capturado» un remoto «ejemplar» cósmico: el *cosmosomas.* Un «fósil» que —en términos cristianos— venía a ser una especie de huella o registro de lo que fue el universo hace unos 15.000 millones de años. Para ser exactos y rigurosos, la «instantánea» del cosmos alrededor de trescientos mil años después del famoso y discutido Big Bang: la supuesta explosión primigenia. (Y añado por mi cuenta y riesgo: del universo conocido.)

Pero fue bajo la blanca cúpula del William Herschel —el tercer telescopio más grande del mundo, con un espejo de 4,2 metros— donde, al tropezar (?) con aquella «foto», me sobrevino el vértigo y la agonía.

Entre consolas, ordenadores y demás instrumental científico fui a reparar en una imagen, aparentemente (?) olvidada. Una suerte de mapamundi con extraños y redondeados continentes de color rosa.

Solicité una explicación y me la dieron. Ya lo creo que me la dieron...

Una explicación que nunca olvidaré.

Se trataba —según los astrofísicos— de la «foto» del siglo. El hallazgo que ratificaba y redondeaba el «fósil» obtenido por españoles y norteamericanos en el llamado «experimento de Tenerife».

Y ahí empezó el mareo...

Aquélla —para que nos entendamos— era una polaroid del universo... de ¡hace 15.000 millones de años!

El astrónomo George Simoot y su equipo, con la ayuda del satélite COBE, eran los afortunados «fotógrafos».

Pero la «foto» era mucho más que un bello mapamundi en azul y rosa.

—...Es la HISTORIA, con mayúsculas.

Y caí en la tentación...

Y los científicos —con franciscana paciencia y a su manera— me contaron la HISTORIA:

«... Una diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima de segundo (10^{42}) después del Big Bang —no es broma, me juraron—, el universo (?) tenía el tamaño de un protón. Es decir, un poquito más que nada.

»En ese instante (?) no existía tiempo ni espacio. Materia y energía eran un todo... en el casi nada.»

(Me mareo. Sí, me estoy mareando.)

«... En ese "no-tiempo" y "no-espacio" la temperatura era de 10^{32} grados.

»E1 todo era uno: fuerzas electromagnéticas y nucleares.

»Y en una diez mil millonésima de billonésima de billonésima de segundo (10^{34}), esa casi nada se expandió un quintillón de veces (10^{30}), a un ritmo acelerado. Y el universo (?) se "enfrió" mil cuatrillones de grados (10^{27}).

»Y la materia dijo "Aquí estoy yo". La fuerza nuclear fuerte se separó y aparecieron los "quarks" ("embriones" o "perchas" de los protones y neutrones), electrones y demás *colegas* fundamentales.

»... La siguiente fase se produjo a las diez milésimas de segundo.

»Los quarks se unieron, formando protones y neutrones y los correspondientes "negativos": antiprotones y antineutrones. Y comenzó la primera "guerra" de la HISTORIA. Materia y anti-materia fueron "aniquiladas" hasta que sólo quedó un "suspiro" de materia.

»Todo se hallaba "a punto": las fuerzas de la Naturaleza habían sido separadas...»

(Digo que sí con la cabeza, pero no comprendo nada.)

«... Un minuto después del Big Bang el universo (?) era una "sopa".

«Ingredientes: materia y radiación.

»La temperatura siguió bajando, y protones y neutrones se unieron, "dando a luz" núcleos de helio e hidrógeno: el tejido de las futuras estrellas.

»Y esa "sopa" continuó "enfriándose" y derramándose durante trescientos mil años.

»Pero todavía era demasiado "caliente" (energética) como para permitir que los electrones se reunieran con los núcleos de helio e hidrógeno y formaran la "familia atómica".

»Y en esos trescientos mil años, los fotones energéticos (padres de la luz) vagabundearon por la "sopa", pero siempre "a pie". Sus paseos eran cortos. Y el universo (?), claro está, se hallaba a oscuras. Era opaco.»

(Yo sí que estoy a oscuras.)

«... Trescientos mil años después del Big Bang la "sopa" descendió a una temperatura "razonable": "sólo" tres mil grados.

»Y se produjo el milagro: los fotones perdieron fuerza (energía) y dejaron de "molestar" a los núcleos de helio e hidrógeno. Y el universo —loco de contento— se puso a "parir" átomos.

»A1 no poder actuar contra los electrones, los fotones "hicieron las maletas" y emprendieron el "viaje" de su vida. Pero, en esta ocasión, en el "tren" de la luz.

»Y Dios dijo: "Hágase la luz."

»Y este providencial "divorcio" entre materia y radiación hizo que el universo se convirtiera en transparente...»

(¿Quién lo hubiera imaginado? En el fondo somos «hijos» de un «divorcio».)

«... Y esa radiación viajó en todas direcciones, montada en el invisible "caballo" del tiempo.

»Hoy, esa primitiva radiación "viajera" es conocida como "radiación cósmica de fondo".»

Todo un «corredor de fondo»...

«... Pues bien, esa radiación "viajera" es la que ha proporcionado la imagen (esta "foto") del universo cuando "sólo" contaba trescientos mil años de edad.

»Éste es el "fósil" bautizado como *cosmosomas*.

»Si equiparásemos esa edad (quince mil millones de años) con la de un hombre, por ejemplo, de cuarenta, la "foto" en cuestión correspondería a ese individuo cuando tenía cinco horas de vida.

»Pero esta «foto» nos muestra mucho más...»

(No, por favor.)

«... La imagen revela una formidable "inteligencia". Una inteligencia que diseñó la materia de forma que fuera semilla del universo que hoy conocemos. Una inteligencia que dispuso altas concentraciones de materia, provocando así —con su atracción gravitacional— la curvatura positiva del espacio.

»Una inteligencia cuidadosa. Hasta el punto de marcar el infinito flujo de fotones cósmicos con el "hierro" de esas distorsiones espaciales.

»Una inteligencia que va más allá de la pobre comprensión humana. Una inteligencia que ancló la materia visible en la materia oscura.

»Una inteligencia sutil y misteriosa que, de momento, no nos ha autorizado a penetrar en los secretos de esa materia oscura.

»En realidad, lo que "vemos" (soles y galaxias) podríamos compararlo con una tela de araña, con los hilos iluminados por el rocío. Cada gota sería una porción de materia visible: estrellas y constelaciones.

»Pero, "dentro y fuera", "arriba y abajo", "a derecha e izquierda" de esas "gotas de brillante rocío" está el "todo": la materia oscura, infinitamente más abundante, infinitamente desconocida.

»Y en esta "tela de araña cósmica" —como una "diez-millonésima de billonésima de billonésima de billonésima" de un grano de arena— nos encontramos nosotros: los humanos.

»Y en esta "tela de araña cósmica" se encuentran también nuestro sol, nuestra Vía Láctea (con sus insignificantes [?] cien mil millones de soles), nuestro grupo local de galaxias y el

gran "rebaño" de grupos locales de galaxias. Y todos esos inmensos "rebaños" —conocidos como la Gran Muralla— ni siquiera aparecen en la "foto" de Smoot...»

(En efecto, somos la diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima de billonésima de «nada».)

Y tambaleante, con el ánimo a la billonésima de su capacidad, fui a tomar la «foto» entre mis manos.

Y la *nodriza* —divertida— prendió el «cohete» final. Peter Burch (nombre supuesto), uno de los pacientes astrofísicos, comprendiendo mi aturdimiento y agonía, me arrebató la polaroid del viejo universo y, dándole la vuelta, me mostró el reverso.

Leí y, perplejo, fui a reunirme con la sonriente mirada del sabio.

En el «revés del derecho», el científico había escrito: «MIRAR ESTA "FOTO" ES MIRAR A DIOS». (George Smoot.)

UNA «DIEZMILLONÉSIMA DE BILLONÉSIMA DE BILLONÉSIMA DE BILLONÉSIMA»

La Palma.

Queridísima niña:

Te confesaré algo, pero guárdame el secreto. Por más que lo he intentado no consigo comprender cuánto es una «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima de segundo». No hay forma. Los ceros escapan por las rendijas de la inteligencia. Lo más que he llegado a imaginar es un intento de parpadeo. Y seguramente me he pasado.

Después del encuentro con los astrofísicos del Roque de los Muchachos lo único que tengo claro es que «lo tengo todo oscuro».

Y empiezo a intuir por qué una simple mirada al cielo estrellado me funde y reduce a la nada.

Por cierto, ¿te has fijado que las estrellas siempre están «arriba»? Sólo cuando «ascendemos» tenemos la posibilidad de contemplarlas a «nuestros pies». («Bromas» de tu Jefe.)

Y hablando de tu Jefe, volvamos a la inquietante «película» de hace quince mil millones de años.

«Mirar la "foto" es mirar a Dios.» Magnífico resumen.

Y servidor añadiría:

«Mirar la "foto" del universo de hace quince mil millones de años es mirar a Dios en traje de faena.»

«Mirar esa "foto" —tomada a noventa mil trillones de kilómetros— es ver a Dios, acercándose.»

«Mirar esa instantánea es sospechar el poder, la imaginación y el amor de Dios, pero en una "diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima" de su valor real.»

«Mirar esa polaroid es mirar uno de los universos. Pero ¿cuántas polaroids nos faltan para completar el álbum de la creación?»

Y lo que tampoco me entra en la cabeza —después de la traumática visión en él telescopio William Herschel— es el porqué de la casi infinita estupidez humana. ¿O debería suprimir el «casi»?

¿Cómo es posible, querida niña, sabiendo que no sabemos nada, que nos hayamos coronado reyes de lo creado?

¿Cómo es posible, después de haber fotografiado una «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima» de la Verdad, que sigamos proclamándonos conocedores y depositarios de la Verdad?

¿Cómo es posible que seamos tan necios y vanidosos?

Y sabes que no exagero.

Desde que él mundo es mundo, estupidez y soberbia nos tienen «fritos».

Permíteme que esboce el dibujo de una y otra. Seguro que las reconocerás. Seguro que, como yo, te preguntarás: ¿cómo es posible?

Reconocerás al necio porque es inagotable: Su combustible es el yo.

Reconocerás al necio por él doble filo de su cara: uno, romo y grosero. El otro, frío y afilado.

Reconocerás al necio por su aliento: puro «ajo». Puro yo.

Reconocerás al necio por su alma. Como un alud, cuanto más rueda, más peligrosa y destructiva.

Reconocerás al necio porque siempre encuentra «compañero de viaje».

Reconocerás al necio porque, al defender una verdad, aplasta cien.

Reconocerás al necio porque empuña las tijeras de la censura.

Reconocerás al necio porque nunca escucha: sólo insiste.

Reconocerás al necio porque no reflexiona: sólo embiste.

Reconocerás al necio porque tiene explicación para todo. Incluso para la «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima de segundo».

Reconocerás al necio porque critica, critica y critica. ¿Puede existir mayor placer para el criticado?

Reconocerás al necio porque viste «presunción», sin poder ocultar los remiendos de su ignorancia.

Reconocerás al necio porque se excita con el dogma: nunca con la duda.

Reconocerás al necio porque disimula su mediocridad con un permanente «me opongo».

Reconocerás al necio porque desayuna, come y cena «método científico», pero muere anémico de poesía.

Reconocerás al necio porque se asfixia en la soledad y en el silencio.

Reconocerás al necio porque es «deficiente mental voluntario».

Reconocerás al necio porque es «luz lunar». Nunca brilla por sí mismo.

Reconocerás al necio porque jamás podrá «ver» a Dios en la «foto» de Smoot.

Y si necedad es la «epidermis», vanidad, soberbia y prepotencia forman la «dermis» del género humano. Un mal más profundo y detestable.

Guárdate de ambos pero, en especial, del segundo.

La vanidad, además de destruirnos, ridiculiza.

¿Cómo reconocer al soberbio?

Lo sabrás porque viste de armiño hasta en la cama.

Lo sabrás porque, cuando habla, sus oídos aplauden.

Lo sabrás porque conoce hasta él último pelo de su barba.

Lo sabrás porque primero se enrosca. Después aniquila.

Lo sabrás porque es una «incubadora» de mentiras.

Lo sabrás porque, al pasar la segunda página de su curriculum, él espíritu aparece en blanco.

Lo sabrás porque sólo tiene aduladores y conocidos.

Lo sabrás porque jamás regala, sólo invierte.

Lo sabrás porque pasa revista a sus defectos desde un trono.

Lo sabrás porque, como Drácula, necesita de la oscuridad. Oscuridad en sus palabras, escritos y gestos. Oscuridad para oscurecer su inseguridad y mediocridad.

Lo sabrás porque culpa a los demás de sus errores y desgracias.

Lo sabrás porque muere por la boca, como él pez.

Lo sabrás porque siempre sabe lo que va a pasar.

Lo sabrás porque su «motor» es la envidia.

Lo sabrás porque no soporta él talento ajeno.

Lo sabrás porque casi nadie le cree.

Lo sabrás porque para el soberbio, la muerte no existe. Y si existe es un error de la Naturaleza.

Lo sabrás porque es él primero en «beberse» a Dios. Y de un trago.

Lo sabrás porque piensa, habla y actúa como Hitler.

Lo sabrás porque, para él, el fin justifica los medios.

Lo sabrás porque suele repetir con frecuencia: «¿Yo vanidoso? ¿Yo?, ¡el más humilde de los hombres!»

Lo sabrás porque ignora que lleva a Dios en su interior. ¡Menos mal!

Lo sabrás porque, siendo rico, es insolente. Siendo pobre es vil.

Lo sabrás porque, al final de sus días, se ve obligado a contemplar cómo sus víctimas limpian su cuerpo de sus propios excrementos.

Pero lo más grave de la necedad y de la soberbia es que desembocan en un mal igualmente grotesco: la intolerancia.

Y uno, querida niña, se pregunta de nuevo:

¿Cómo es posible?

¿Cómo podemos alimentar la intolerancia cuando ni siquiera salimos en la «foto» de Smoot?

¿Cómo podemos estrangular las opiniones ajenas si ni siquiera somos una «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima» de la Verdad?

¡Dios mío! Querida Tirma: no pierdas de vista jamás el bello horizonte de la tolerancia.

Aunque no estés de acuerdo, sé tolerante con todo y con todos.

La tolerancia es la prueba del 9 déla inteligencia.

La tolerancia es la hija de la duda, hermana de la paciencia y madre de la sabiduría.

El tolerante conquista, El intolerante avasalla.

El intolerante no perdona a los peces por nadar o a las aves por volar.

El intolerante hiere. El tolerante, pudiendo herir, ni siquiera desenfunda el arma.

La intolerancia construye a su imagen y semejanza. La tolerancia lo hace a imagen y semejanza de los demás.

La tolerancia seca el miedo.

La tolerancia se sienta, incluso, entre la necedad y la soberbia.

Ser tolerante (ser sabio), querida niña, es imitar al trigo: cuando madura inclina la cabeza y se humilla.

Ser tolerante (ser sabio) es manejar el infinito sin perder la sonrisa.

Ser tolerante (ser sabio) es mirar las estrellas y reírse de uno mismo. El intolerante, en cambio, mira las estrellas y se ríe de las estrellas.

Ser tolerante (ser sabio) es caminar apoyado en unas pocas certezas, cargando una tonelada de dudas.

Ser tolerante (ser sabio) es perder, aparentemente.

Ser tolerante (ser sabio) es quedar desconcertado a cada paso.

Ser tolerante (ser sabio), más que saber, es intuir.

Ser tolerante (ser sabio) es intuir y admitir que somos la «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima» de «casi nada».

Pero regresemos a la pregunta inicial:

¿Cómo es posible?

Si ni siquiera somos capaces de concretar y materializar el endiablado concepto de la «diezmillonésima...», ¿cómo es posible que vivamos en la necedad, la soberbia y la intolerancia?

¿Qué es lo que falla?

Para los socios del club *sólo cabe una explicación:*

El género humano es todavía un bebé, con «cinco horas de vida».

¿Cómo explicarle la «tela de araña cósmica»?

¿Cómo hacerle entender la Gran Muralla?

¿Cómo decirle que su «barrio» (la galaxia) viaja a 680 kilómetros por segundo?

¿Cómo insinuarle que hubo un universo «sin luz»?

¿Cómo convencerle de que ni él, ni tú, ni yo salimos en la «foto» de Smoot?

Imposible, lo sé...

Pues bien, esto es lo que trato de transmitirte:

Frente al universo sólo somos un bebé.

Frente a la Verdad sólo somos un bebé.

Frente a «quince mil millones de años», frente al «tiempo y al espacio», frente a la «materia oscura», frente a «noventa mil trillones de kilómetros», ¿en qué queda la soberbia humana?

Piensa lo que quieras. Te quedarás corta.

Un bebé, te decía. Y añado:

Un bebé con un espléndido futuro.

¿Qué quiero decir?

Más que decir, me gustaría entusiasmarte. Hacerte vibrar con algo que constituye otra valiosa página de este tesoro. Algo que también he aprendido en el club de la mágica fe. Algo que, ¡ojalá!, debería colmarte de esperanza.

Entre las enseñanzas recibidas en el club destaca una, sencillamente fascinante:

El universo, tal y como van descubriendo y «fotografiando» los científicos, es colosal (las palabras fallan).

Pero no es el único.

Tu Jefe —siempre en plan norteamericano— tiene montado todo un «parque de atracciones cósmico».

Esa «foto» (la de Smoot) es sólo la polaroid de una de las atracciones. En algún lugar (?) hay otra. Y otra. Y otra. Y otra...

Y así, según el club, hasta siete superuniversos. Pero no sabes lo mejor.

Para los grandes maestros del club *(tu padre es sólo un «pinche» de cocina), esos superuniversos son «escuela-táller-morada-parque de atracciones».*

Y cada ser humano —empezando de cero— debe «visitarlos-conocerlos-disfrutarlos-amarlos».

¿Qué imaginabas?

*¿Creías que semejante derroche era gratuito? ¿Qué supones que hay después de la muerte? ¿Sesiones de arpa en una nube? No, querida niña: trabajo, trabajo y trabajo. Un trabajo —*a tope*— «desde la luz», «con la luz» y «para la luz».*

La «luz» (tú), trabajando «en la luz».

Y dicen que hay más...

Dicen en el club *que, al final (?) de esa prodigiosa e inimaginable carrera hacia la Gran Luz, tu Jefe tiene previsto otro Disney World, pero sí* lo bestia *(con perdón): los sabios del* club *lo llaman las «zonas in-creadas». Lugares (?) idénticos al lugar (?) donde, al parecer, se produjo el supuesto Big Bang. Una especie de «reserva» para futuros superuniversos.*

Mareante, lo sé. Demasiado para el body.

¿Adivinas quién trabajará en la creación de esos nuevos universos, en las «zonas increadas»?

No tiembles. Tu pensamiento ha sido correcto.

Creo haberte dicho que eres «hija» de un Dios. Que posees la «llama» de la inmortalidad. Que tu Padre (el de arriba) te ha «adelantado» la herencia. Que estás «condenada» a ser plena y maravillosamente feliz...

¿Por qué te alarma entonces un pensamiento tan luminoso?

¿No es tu padre (el de barro) capaz de darte cuanto tiene y más?

¿Y no soy yo (exagerando) la «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima» del buen Dios?

Vive, pues, confiada.

Y no corras. De momento sólo somos un bebé... empezando de cero.

El gigantismo del universo no debe asustarte ni abrumarte. El problema, querida niña, es que tu Jefe sólo sabe amar y abrazar en «trillones».

Perdónale él hobby *de la infinitud. Cuando puede, como sabes, se aparta de los negocios para practicar su más querida pasión: «esas pequeñas cosas que nos ocurren todos los días».*

Y un último aviso:

Necedad, soberbia e intolerancia sólo son un sarampión, propio de nuestra corta edad. Ya pasarán.

Recibe un trillan de besos y, si puedes, asómate esta noche a la «tela de araña». Una estrella (mi corazón) te hará una señal.

BARBATE

«¿USTED ME COMPRENDE?»

«Historias verdaderas de amigos verdaderos.»

Título de otro diario inédito.

He repasado este venerable cuaderno de campo y me he estremecido.

¿Cuándo me atreveré a publicarlo?

Es curioso. «Ellos» hacen por nosotros mucho más de lo que nosotros hacemos por «ellos».

«Ellos» son generosos y agradecidos.

De entre las doscientas historias, recopiladas en los últimos veinte años, he seleccionado una, con un doble y singular contenido. Una historia que habla por sí misma. Una bella historia de amor entre «ellos» y nosotros.

He aquí parte de lo escrito en ese cuaderno de bitácora, hace ya una década:

«Barbate, Cádiz.

»(Donde me gustaría morir.)

»Me lo cuenta uno de los protagonistas. Me lo cuenta un viejo lobo de mar, hoy metido a remendador. Me lo cuenta sentado en una red, esa mar "disecada". Me lo cuenta desde el "dique seco" de los recuerdos. Me lo cuenta desde la añoranza, todavía salada.

»—... Parece que lo estuviera viendo, mire usted.

Por aquel entonces *La Perla del Océano* era el orgullo de la flota barbateña.

»—... Faenábamos en aguas marroquíes. Hacíamos el "oscuro". Usted sabe: cada "oscuro", cuarenta días y cuarenta noches en la mar. De luna nueva a luna nueva.

»¿Usted me comprende?

»Y un amanecer, con el Atlántico barruntando venganza, la tripulación tiró del arte.

»—... La sardina entró. Fue una buena pesca. Y jalamos como manda el Señor: cantando.

»¿Usted me comprende?

»La aguja de hueso, como un sexto dedo, picoteaba sin descanso el alma cuadrada de la red.

»—... Pero, con la abundante captura, llegó algo más: una cría de delfín. La pobrecita había quedado atrapada entre las mallas del arte.

»Y al punto, junto al barco, apareció la familia. En total, ocho o diez delfines. Saltaban. Chillaban. Se agitaban como locos. No me diga cómo pero sabían lo que estaba ocurriendo.

»¿Usted me comprende?

»E impulsados por un noble y ancestral sentimiento, varios de los pescadores se deslizaron por la tensa red, buscando la liberación de la aterrorizada criatura.

»—... Fue visto y no visto, mire usted. Paravientos, El Largo y El Chino (nombres supuestos) sacaron las navajas, cortando el "lío". En situaciones así conviene trabajar con rapidez. Estos animalitos pueden morir en segundos. Y mueren del susto. Se quedan tiesos como una mojama.

»¿Usted me comprende?

»Y tomando al pequeño delfín fueron a depositarlo junto a su familia.

»—... Se nos saltaron las lágrimas, mire usted. Madre, padre y hermanos —porque digo yo que serían madre, padre y hermanos del delfín—, al ver a la cría, arreciaron en sus chillidos. Le digo que gritaban como niños.

»¿Usted me comprende?

»Y la mar, alborozada, se vistió de espuma y de fiesta.

»—... La familia rodeó a la inexperta criatura y la consoló y la animó. Y la madre y el padre —digo yo, en mi ignorancia, que serían la madre y el padre— empezaron a saltar y a saludar junto al buque. Daban brincos. Asomaban las cabezas y decían que sí, que sí, que sí... Que muchas gracias.

»Y más chillidos. Y más brincos.

»Y nosotros, como unos tontos, llorando. Le digo que parecían personas.

»¿Usted me comprende?

»Y *La Perla del Océano* —el único barco del mundo que rompió amarras en alta mar para ir a morir a las playas de su pueblo (Bárbate)—[1] continuó viaje. Esta vez, rumbo a Casablanca.

»—... Y los delfines con nosotros. A *proba.* A popa. Y venga a saltar. Y venga a chillar. Y la madre, sobre todo la madre, como loca. Feliz. Se aupaba sobre las aguas y, a pesar de tener la cola partida, corría la banda una y otra vez. Un circo, señor. Un circo...

»¿Usted me comprende?

»La demostración de agradecimiento de los delfines "nariz de botella" se prolongaría el resto de la travesía.

»—... Y con el sol puesto, cerca de tierra, la familia desapareció. Fue un día redondo.

»¿Usted me comprende?

»Pero la historia no había terminado. ¡Cuan fino hila la Providencia!

»Y entrada la noche, la *Perla* zarpó hacia Algeciras.

»—... De pronto, el vendaval saltó por poniente. Y la mar se enroscó. La cosa se puso fea. Y los hombres, como es natural, se refugiaron en bodega. Todos menos tres.

» ¿Usted me comprende?

»Y el pesquero, sorteando montañas de agua, barrido sin cesar y sin piedad por un oleaje encanecido, peleó hasta el alba.

»—... ¿Quién podía imaginarlo? Nadie, claro está. La tripulación dormía o rezaba. Arriba, en el puente, padeciendo, vigilaban y maniobraban el patrón de papeles, el timonel y El Chino.

»¿ Usted me comprende?

»Y con las primeras luces del día, la tormenta amainó.

»—... Fue entonces cuando caímos en la cuenta: faltaba El Chino. La mar se lo había llevado.

»¿Usted me comprende?

»Creí comprender. Comprendí la tragedia de aquellos cuarenta hombres. Y comprendí por qué se refieren a la mar como la "madre que mece o mata".

»—... Y a la altura de Kenitra, poco más o menos, nos enmendamos. Viramos en redondo y empezamos una búsqueda desesperada y —para qué le voy a mentir— condenada al fracaso. La mar seguía fea. Nadie hubiera sobrevivido en la noche y con aquel temporal.

»¿Usted me comprende?

»Pero los audaces bárbateños prosiguieron el rastreo, solicitando el auxilio del resto de la flota.

»—... Tres o cuatro horas más tarde, perdida la esperanza, cuando nos disponíamos a regresar a Bárbate, alguien lanzó un grito.

»Entre el espumerío, el viento y el cabeceo del barco, alguien había visto algo.

»¿Usted me comprende?

»E1 anciano remendador detuvo un instante el vuelo de la aguja. Alzó rostro y memoria y continuó con los ojos humedecidos.

»—... Aquello fue un milagro de la Virgen del Carmen. ¿Qué otra cosa pudo ser?

»Vimos a El Chino flotando sobre las olas. Permanecía tumbado, boca abajo, agarrado a algo oscuro. Al principio creímos que se trataba de un madero.

»Y a su alrededor —¡Virgen Santa!—, nadando en círculo, la familia de los delfines.

»Y al vernos, la madre —la de la cola partida—, se puso a chillar y a decir que "sí" con la cabeza. Que sí, que El Chino estaba vivo.

»¿Usted me comprende?

»Dije que sí, pero con el corazón.

»—... Y aquellos inteligentes animalitos no se movieron hasta que conseguimos rescatarlo.

»Y El Chino —¡Virgen Santísima!—[u] no se hallaba tumbado sobre un madero. ¡Su tabla de salvación era un delfín!

»Y aquellos hombres como castillos —se lo juro por la gloria de mi madre— lloraron por segunda vez.

«¿Usted me comprende?

»El Chino, según su propio relato, fue golpeado por la mar cuando intentaba asegurar el arte, cayendo, en efecto, a las embravecidas aguas. Ninguno de sus compañeros del puente reparó en ello.

»Y cuando el pescador creía llegado su fin surgió la familia de delfines.

»Y por espacio de más de diez horas lo sustentaron, animaron y protegieron de los tiburones, trazando círculos en torno al náufrago.

»A causa del trauma, El Chino perdería el habla.

»Y desde entonces, cada día, se asoma a la mar, esperando volver a ver a su segunda "familia".

» "¿Usted me comprende?"

[1] Véase «A solas con la mar» *(Vieja «Perla del Océano»).*

LA LEY DEL «CIENTO POR UNO»

Barbote.

Mi querida niña:

Ayer, al fin, puede disfrutar de un rato de pesca. Navegamos más allá de la almadraba Navegamos los tres, como casi siempre: Castillo, el silencio y un servidor. Y los tres, cómodamente instalados en el pistoneo de la Gitana Azul.

El pueblo, a lo lejos, era una blanca sonrisa.

Algún día tendré que aclararte el porqué de este amor-debilidad por Bárbate. Quizá lo sepas o intuyas.

Aquí, en efecto, me presentaron a la mar.

Aquí, en efecto, me fue concedida una tregua, en los lejanos veranos de la infancia.

Aquí, en efecto, supe que el cielo es blanco-arena, azul-océano y verde-breña.

Aquí, en efecto, mi corazón siempre va descalzo.

Aquí, en efecto, por alguna misteriosa razón que ignoro, está mi casa y mi tumba.

Y al caer la tarde, como te iba diciendo, de regreso, escapada del rojo horizonte que monta guardia, nos salió al encuentro una familia de delfines.

Castillo, con la Providencia y la caña del timón entre los tobillos, se limitó a sonreír.

Yo, recordando a El Chino, busqué a la madre. Pero su cola se hallaba intacta. Aquélla no era la segunda familia del mudo. ¿O quizá sí?

Y mientras jugaban alrededor de la barquilla volví a preguntarme:

¿Qué son en realidad estas criaturas?

¿Ángeles disfrazados?

¿Hombres que un día abandonaron la tierra, cansados de la insensatez de los hombres?

(Déjame «creer en las hadas».)

¿Por qué estos inteligentes delfines sienten tan profundo cariño por los humanos?

¿Sabías que estos mamíferos no respiran automáticamente? ¿Sabías que respiran cuando «piensan» que quieren respirar?

A decir verdad, si en lugar de respirar «sin pensar», lo hiciéramos como ellos, quizá fuéramos más reflexivos. Quizá nos pareciésemos un poco más a ellos. Quizá entenderíamos el sentido y el valor de los conceptos «generosidad» y «gratitud».

Como puedes suponer, es de esto de lo que quiere hablarte en esta nueva carta. Si no recuerdo mal, en uno de mis anteriores escritos, al pasar de puntillas sobre el tema de la generosidad, te dije que merece un capítulo aparte. Pues bien, vamos a ello.

Para empezar, interpretando el sentir del **club,** *te diré que la generosidad, en él fondo, es una consecuencia de cuanto llevo expuesto en este pequeño-gran tesoro.*

Algo así como la luz y la sombra.

Algo tan natural que casi no tiene sentido plantearlo. Seré, pues, lo más breve posible.

En opinión del club, *la generosidad está siendo mal interpretada.*

No es —no debería ser— una virtud.

Para algunos, incluso, la generosidad viene a ser los «decimales» de la justicia.

Creemos que ambas posturas son erróneas.

Y me explico.

Para aquellos que confiamos ciegamente en la Providencia y que procuramos practicar el benéfico principio de la «intendencia no es cosa vuestra», ser generoso no constituye una cualidad sobresaliente, ni tampoco un alarde.

Insisto: es la consecuencia de la «luminosa y mágica fe». Su lógica e inseparable sombra.

¿Cómo no ser generosos cuando todo lo que tenemos es regalo de tu Jefe?

¿Cómo no ser generosos si Él «sabe» antes, incluso, de que abramos los labios?

No se trata, por tanto de una virtud. Desde mi corto y torpe conocimiento, la virtud exige un esfuerzo. Para la gente del club, *en cambio, la generosidad es un comportamiento, una actitud, una forma de ser, absolutamente suaves y ligeros. Está y no está. Somos y no somos conscientes de ella. Pesa lo que pesa una sombra. Ocupa lo que ocupa una sombra. No puedes evitarla. Eres tú y no eres tú.*

En otras palabras: somos «carteros». Somos «intermediarios». Somos «puentes». Somos «corre-ve-y-dile» de la bondad divina.

La generosidad no es otra cosa que una «cinta transportadora».

El problema surge, querida niña, cuando el cartero cree ser el propietario de las cartas.

Pero hay más.

En el club *tenemos otro secreto:*

Somos generosos por puro egoísmo.

Entiéndeme.

Para los socios del club de la mágica fe, *bien y mal —como creo haberte dicho— reciben idéntico tratamiento por parte del Gran Cobrador de Facturas. A saber: el «ciento por uno».*

Del mismo modo que la maldad fría y conscientemente trabajada se paga *aquí abajo, la generosidad (el bien) también es un «cheque en blanco».*

El generoso, tarde o temprano, recoge lo sembrado, pero multiplicado.

Por eso te hablaba de generosidad «por puro egoísmo».

Y puedes estar segura de que también en esto me expreso con conocimiento de causa...

Más de una y más de dos veces habrás escuchado él comentario: «Y éste ¿cómo tiene tanta suerte?»

No es cuestión de suerte, querida niña. La suerte —en mala hora— ha sido emparentada con la casualidad. Nada más falso.

La suerte es la «hacienda divina», devolviendo «retenciones».

Quienes creen que la suerte es una «prima hermana» del azar no conocen él secreto del club. *No saben de la inflexible ley del «ciento por uno».*

Estudia a los que tienen y atraen la suerte (?). A poco que profundices y los conozcas descubrirás que son individuos generosos. Son fieles y leales operarios de tu Jefe.

Pero, atención, no te confundas.

Esa generosidad —la «sombra de la luz»— lleva el sello de «Top Secret».

Esa generosidad es siempre —siempre— anónima.

Esa generosidad, por principio y por su propia naturaleza, es «materia reservada» para el alma.

Observa al buen Dios.

Nos ha regalado la inmortalidad y, sin embargo, lo ha hecho tan en silencio, tan confidencialmente, que ni siquiera nosotros lo sabemos.

El que da por afán de reconocimiento ya ha recibido su recompensa.

El que da, esperando recibir, no es generoso: es «oneroso».

Esa generosidad es de invernadero. No huele, no tiene él sabor de lo natural.

La auténtica generosidad, la que brota limpia, silenciosa y automáticamente, genera un placer no humano.

(Estoy convencido, querida Tirma, que ese placer se le cayó (?) a tu Jefe por el camino.)

El generoso (él de verdad) no sólo entrega: sobre todo, se entrega.

Y lo hace con oportunidad.

El generoso nunca encuentra obstáculos.

Y no le cuesta dar porque está en él secreto. Sabe que «eso» no es de su propiedad.

El generoso, además, sin querer, deja una estela. Una estela sagrada, tan sutil, que sólo Dios puede seguirla.

Regala, pues, siempre que puedas.

Regala por egoísmo.

Regala por placer.

Regala sin medir y sin medida.

Regala con él camión volquete de la imaginación.

Regala a imagen y semejanza del buen Dios.

Regala, incluso, frente a la duda.

Regala primero tu tiempo: la «moneda» divina.

Regala lo que más aprecies. No entregues las «mondas» de tu corazón. El mundo está harto de «cáscaras y desperdicios».

Regala, incluso, la vida: la generosidad en estado diamantino, reservada a los ángeles disfrazados.

Regala silencio.

Regala renuncia.

Regala tolerancia.

Regala perdón.

He aquí, querida niña, otra sublime variante de la generosidad: el perdón.

El más noble de los atributos humanos, envidiado por el resto de la naturaleza.

El perdón: la «raíz cúbica» del amor.

El perdón: el difícil arte de olvidar (por eso casi nadie perdona totalmente).

El perdón: un gesto irrepetible (sólo debes pronunciarlo una vez, la segunda puede ser venganza).

El perdón: un antídoto contra los enemigos.

El perdón: una decisión dolorosa (sólo él perdonado disfruta con él).

El perdón: un paso noble, pero inútil con los malvados. (Recuerda la vieja sentencia: «Ni mates, ni perdones a la víbora: mantenía a distancia.»)

El perdón: perder para ganar.

El perdón: la mayoría de edad de los hijos de Dios.

El perdón: sólo con los vivos: los muertos deben perdonarse a sí mismos.

El perdón: un «lastre» en el «globo» de la vida. Cuanto antes lo sueltes, antes remontarás.

El perdón: una «reconversión» antes de la «gran reconversión».

El perdón: una vacuna contra los que perdonan.

El perdón: mejor aún con él sonoro silencio de un beso.

(Recuerda: beso = trillón de palabras.)

El perdón: «motor de arranque» de casi todo lo demás.

El perdón: la «diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima» de tu poder.

Y al igual que la familia de delfines, no olvides tampoco la gratitud.

No pierdas la oportunidad de oro de mostrarte agradecida.

No pierdas ese «montacargas» interior. Te llevará al fondo de los hombres.

Pero hazlo oportunamente. En especial, cuando aquel que te benefició esté en apuros.

El ingrato es un enterrador de sí mismo. Cava su fosa con cada ingratitud.

No te apresures en devolver los favores.

La nave nodriza *te pondrá un fax.*

(En tu caso, quizá, tu «hada madrina», la «contrabandista».)

Te dejo por hoy. Castillo y la Gitana Azul *me esperan. Seguiré buscando el delfín de la cola partida. Ya te contaré.*

Recibe un millón de besos y, por favor, no me des las gracias. Sabes que no me gusta. Para la gente del club, *«gracias» es una palabra hermosa pero incómoda.*

SEVILLA

EL RENEGADO

¿Qué hago yo aquí?

Yo, que no creo en santos, vírgenes ni cristos de madera policromada...

Yo, que defiendo la imagen sin imagen de un Dios...

Yo, que he aprendido a no «pedir»...

¿Qué hago arrodillado, dolorido, humillado y avergonzado ante el Amor?

La culpa —bendita culpa— fue de Julio Marvizón Preney.

¿Por qué tuvo que contarme aquella historia?

Un nuevo «enredo» de la *nave nodriza,* supongo...

Todo empezó, como digo, con aquella historia.

«... Corría el año del Señor de 1965.

«Protagonista: un vecino de la ciudad de Sevilla. Un ex futbolista profesional y de "campanillas" —matizó Julio—. Un "tío legal".

»Pues bien, este ciudadano, hermano de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, tenía una hija. Y enfermó gravemente.

»Y ocurrió que este gran devoto del Señor de Sevilla acudió, día sí y día también, a la parroquia de San Lorenzo, rogando por la curación de su pequeña.

»Pero la niña falleció.

»Y desesperado, fuera de sí, renegó del Gran Poder.

»—No quiero volver a verlo. Si desea algo de mí —sentenció— que venga a verme. Ya sabe dónde vivo...

»Y sucedió que, algún tiempo después, Nuestro Padre Jesús fue sacado de su capilla. No se trataba de la tradicional estación de penitencia, en Semana Santa, sino de una "salida", podríamos decir, al margen del calendario oficial. Algo así como una "escapada" del Nazareno, tan excepcional como pura y simplemente devocional. Concretamente, al barrio de Nervión.

»La comitiva, escoltada por numerosos hermanos, alcanzó hacia el mediodía el sanatorio que lleva el nombre del Gran Poder. Los cofrades se mostraban inquietos. El cielo —negro y oro— no inspiraba confianza.

»No se equivocaron. A la media hora comenzó a llover. Y el entonces hermano mayor de la cofradía, el vizconde de Dos Fuentes, ordenó marchar a toda prisa, buscando, "refugio" en la parroquia de Santa Teresa.

»Pero la lluvia arreció. Y a la altura de la plaza de la Inmaculada Concepción, los alarmados cofrades optaron por una solución *in extremis.*

»Allí mismo se presentó la solución:

»Las puertas de un garaje.

»Y buscando por encima de todo la protección de Nuestro Padre Jesús, alguien golpeó con fuerza dichas puertas.

»Y una voz clamó desde el interior:

»—¿Quién es?

»Y alguien replicó con energía desde el exterior:

»—¡El Gran Poder!

»Y aquel hombre, al abrir, se encontró de cara con el Señor de Sevilla.

»"... Que venga a verme. Ya sabe dónde vivo..."

«Aquel hombre, como habrás imaginado, era el renegado...»

Nadie supo el fuerte impacto que causó en mí el relato de este suceso. Ahora creo saber por qué...[1]

Y la Providencia siguió «tejiendo y destejiendo». Meses más tarde, merced a las buenas artes de Julio Marvizón, tuve el privilegio de hablar sobre la pasión y muerte de Jesús de Nazaret en la basílica del Divino Salvador, también en Sevilla.

(Los hilos de la Providencia...)

Fue entonces cuando lo conocí.

Pero antes, en la penumbra del templo, ocurrió «algo» que no supe explicar.

Al principio, mejor dicho, durante la totalidad de la charla, ni siquiera lo vi. Es más, aunque Julio seguramente me había hablado de Él, mi preocupante despiste lo borró. Y sin embargo estaba allí, a mi izquierda. Excepcionalmente a mi izquierda.

El caso es que «algo» me invadió. Una implacable «fuerza» se apoderó de mí y las palabras —desobedeciendo inteligencia y voluntad— brotaron como un geiser y por la «línea de alta tensión» de los sentimientos.

Ahora creo saber también de dónde procedía aquella poderosa y benéfica fuerza...

Y al concluir, Julio, con cara de «tornillo transmisor», me condujo feliz hasta la pequeña capilla de la Virgen de las Aguas, donde iba a ser desarmado de mis supuestas «férreas creencias».

E hizo las «presentaciones»:

—Aquí, el Cristo del Amor. Aquí, un amigo...

Y tampoco sé explicarlo. Tampoco sé qué sucedió. Tampoco sé qué me sucedió.

«El Cristo del Amor.»

El más bello título para el más bello Cristo.

¿Fue eso? ¿Fue el título?

No lo sé...

¿Qué pudo ser?

¿La resignación? ¿La dulzura infinita de aquellos ojos, «causalmente» fijos en aquel atormentado buscador de la Verdad?

Y durante unos segundos —¿una eternidad?— quedé «fuera de combate».

¿Qué fue?

¿El dolor aballestado, atomizado, colgando, resistiendo y clamando en aquel cuerpo?

¿Qué fue?

¿La cabeza, coronada de inocencia, inclinada precisamente hacia el menos inocente de los mortales?

¿Qué fue?

¿Las «potencias» del Amor? ¿Sus ochenta y un rayos, como una señal, como el anuncio del «sé valiente, mañana vivirás»?

¿Qué fue?

¿El pelícano —símbolo del máximo Amor—, abriéndose las entrañas para alimentar a sus crías?

¿Qué fue?

¿El mudo reproche del Amor ante mi desamor?

No lo sé...

Sólo sé que, desde entonces, sé dónde está el Amor.

Y la Providencia siguió «tejiendo y destejiendo». Pero ¿qué hago yo aquí?

Yo, que no creo en santos, vírgenes ni cristos de madera policromada...

Yo, que defiendo la imagen sin imagen de un Dios...

Yo, que he aprendido a no «pedir»...

Yo, de pronto, un buen día, me sorprendí a mí mismo a los pies del Amor... «pidiendo».

Yo, pidiendo al Amor unas migajas de amor...

Y esa súplica fue renovada visita tras visita.

Y así, año tras año.

Pero el Amor —desde mi proverbial «miopía»—, no cumplió.

Y al igual que el ex futbolista sevillano, decepcionado, renegué del único Cristo que había logrado emocionarme.

—Si deseas que nos veamos —le dije y me dije—, ven tú a verme...

Y la Providencia siguió «tejiendo y destejiendo».

Hasta que un Sábado Santo, un inolvidable y fulminante 18 de abril de 1992, paseando por Sevilla, fui a desembocar —aparentemente por «casualidad» (?)— en la calle de Argote de Molina.

Y de pronto, al fondo, como uno más en el llamado Santo Entierro Grande, distinguí la silueta negro-dulzura del Crucificado. Del que había sido mi Cristo favorito.

¿Cómo era posible? Tenía que haber un error.

El Amor sale a la calle en la tarde del Domingo de Ramos. Nunca en otra fecha.

Y el Amor —aballestado, atomizado, resignado y sublimado— fue a pasar, lento y racheado, frente al renegado.

Y el Amor pasó y se «quedó». «... Ven tú a verme...»

Julio Marvizón terminaría despejando mis últimas y estúpidas dudas:

—Hacía sesenta y nueve años que el Amor no pisaba las calles sevillanas, fuera de la acostumbrada estación de penitencia del Domingo de Ramos.[1]

¡Sesenta y nueve años!

Y ese 18 de abril de 1992 —por «casualidad» (?)— el renegado estaba allí...

«... Ven tú a verme...» ¿Qué hago yo aquí?

Yo, que no creo en santos, vírgenes ni cristos de madera policromada...

Yo, que defiendo la imagen sin imagen de un Dios... Yo, que he aprendido a no «pedir»... Yo, un renegado...

Yo, dolorido, humillado y avergonzado, caí a los pies del Amor...

Y volví a «pedir».

«Pedí» perdón.

Perdón al Amor por tanto desamor...

[1] Esta bella historia, según he podido verificar cuando «Mágica Fe» se hallaba en imprenta, ha sido deformada con el paso del tiempo. Lo importante, sin embargo, la presencia del Gran Poder a las puertas del garaje, me fue ratificada por el ex-futbolista. (Nota del autor.)

[1] La Primitiva Archicofradía Pontificia y Real Hermandad de Nazarenos de la Sagrada Entrada en Jerusalén (Santísimo Cristo del Amor) participó por última vez en el Santo Entierro Grande el 30 de marzo de 1923 (Viernes Santo). (Nota de Julio Marvizón Preney, testigo de excepción.)

TU JEFE

Sevilla.

Queridísima hija:

¿Terminar? ¿Y cuándo se da por cerrado un testamento? Sobre todo, uno de esta naturaleza...

Quizá nunca. Supongo que siempre nos «vamos» con la casa a medio arreglar. Con las estanterías del alma repletas de envases por abrir y huecos por llenar.

Pero, de momento, tengo que poner punto final.

Creo y entiendo que, con estas cartas, mal que bien, he destilado parte de los pensamientos del club. *He desenterrado un pequeño-gran cofre que puede ser de cierta utilidad. Un tesoro, como ves, que no precisa notarios y cajas fuertes. Que llevarás prendido —5/ quieres— en la solapa del corazón. Que cabe, en fin, en una diezmillonésima de billonésima de billonésima de billonésima (la frasecita me tiene alucinado) de tu joven y prometedor espíritu.*

En el trastero de la voluntad se apilan otros muchos asuntos que me hubiera gustado exponer. Pero, haciendo honor a la filosofía del club de la mágica fe, *seré respetuoso con las órdenes de la* nave nodriza. *Quizá más adelante, pensando en tus hermanos, decida redondear esta poco formal herencia, añadiendo nuevas cláusulas a lo único que realmente poseo y que os entrego de mil amores.*

Y para terminar de desnudarme, ahí va un aviso y un desahogo.

Aviso:

A pesar de lo que llevas leído (este testamento requiere una segunda y reposada lectura), tu señor padre, como es fácil deducir tras el «incidente» con el Cristo del Amor, es una calamidad. Siendo benévolo, un pobre diablo sentimental.

¡Ajolá! *—como dicen en mi pueblo— fuera capaz de hacer míos esos principios y reflexiones...*

Pero, de acuerdo con los designios de tu Jefe, todavía soy humano (eso creo, al menos). Y la culata de mis cincuenta años aparece repleta de muescas. Muescas que recuerdan fracasos escandalosos. Negaciones a lo san Pedro. Deslealtades a lo Judas y desconfianzas a lo santo Tomás.

Quiero decir con esto que no prestes mucha atención al mensajero, Quédate con el mensaje.

En ocasiones ocurre que el ser humano no es noble, pero sus obras sí.

Y sobre todo, después de la lección recibida con él «ven tú a verme», te pido, te suplico, que seas siempre una persona confiada. No cometas él error de tu padre. No seas nunca una renegada. No con Él.

Si algún día decides formar parte del club *(probablemente ya tienes el carnet), la confianza restará peso a tu existencia. Y hará más ligera la carga.*

Esa confianza, en él fondo, no es otra cosa que fe, en «traje de faena».

¿Cómo podría enumerarte las inmensas ventajas que supone ir por la vida con las manos en los bolsillos?

¿Cómo transmitirte la sensación de rélax que acompaña a ese manso «río»?

¿Cómo decirte que él confiado vive doblemente y en clase preferente?

Esa confianza, querida niña, en todo y en todos —para qué andarnos con «recortes presupuestarios»— es la esperanza en estado sólido. El que la posee moldea el mundo a su antojo.

Esa confianza —esa fe en «delantal»— proporciona una muy saludable dosis de ingenuidad: la vitamina más cotizada en el mercado social.

Esa confianza —en el buen Dios especialmente—, aunque supone morir cada día, te permitirá atajar hacia ti misma y resucitar con él alba.

Esa confianza plena e inteligente —sin las púas del erizo—, multiplicará la protección de tu «hada madrina». Una sugerencia: reta a «la contrabandista». Abandónate en sus manos. Sólo por un día. Haz la prueba. Te garantizo que vivirás una jornada de alucine. *De no creer...*

Esa confianza, además, te pondrá como una moto. La fe, querida Tirma, es la «droga dura» del futuro. A su lado, porros, cocaína, heroína, etc., son potitos.

Esa confianza, por añadidura, infunde un valor de película. Templa el alma. La adrenalina escapa por los ojos y, ante él asombro del personal, te proporciona él coraje para entrar —a cuerpo descubierto— en todas las «jaulas» humanas.

Esa confianza —casi suicida— hará de ti una máquina del «quiero y puedo». Y serás capaz de escalar y reírte del Everest de lo imposible.

Esa confianza en tu Jefe te convertirá en TRIUNFADORA (con mayúsculas, recuerda), antes, incluso, de abrir la boca.

Esa confianza —a medio plazo— se traducirá en un respetuoso pasillo de silencio, que te abrirán los demás.

Esa confianza —sin tú quererlo— devorará a los que desconfíen de ti.

Esa confianza —tampoco debo ocultarlo— te inscribirá en el libro de los récords de los engañados. Peor para los que te engañen.

Esa confianza —hablo por experiencia— te concederá el lujo de pensar en voz alta: la varita mágica de toda relación.

Esa confianza supone, en fin, «echar el brazo sobre los hombros de tu Jefe».

Y enganchado con tu Jefe, puesto que me despido con estas líneas, regálame un desahogo muy personal. Un capricho. Algo que ya sabes, pero que necesito manifestar una vez más.

No pretendo demostrar la existencia de Dios. Ni puedo, ni quiero, ni falta que hace. Además, salta a la vista que creo en Él absoluta e incondicional-mente.

Me gustaría dejar por escrito, sencillamente y para que conste, cómo lo «veo». Si lo prefieres, cómo lo siento. Cómo lo imagino. En realidad, cómo lo ve, siente e imagina él club.

Así pues, veamos, sintamos e imaginemos:

Tu Jefe podría ser —lo es— él socio fundador del club de la mágica fe. *Un maravilloso «loco» que todavía anda suelto.*

Tu Jefe podría ser —lo es— el secreto, de lo que vemos, de lo que no vemos y de lo qué estamos condenados, felizmente, a ver.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Dios-escoba, experto en segundas oportunidades.

Tu Jefe podría ser —lo es— el Cocinero de «esas extrañas cosas que nos ocurren todos los días».

Tu Jefe podría ser —lo es— el Gran Cobrador de Facturas.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Bromista incorregible: nos creó «transparentes» y, sin embargo, nos ha pintado de colores.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Padre super-guay: *nos ha regalado la inmortalidad.*

Tu Jefe podría ser —lo es— Madre antes que Padre.

Tu Jefe podría ser —lo es— un genial Inventor: ha inventado la muerte para producir la vida.

Tu Jefe podría ser —lo es— él «más difícil todavía»: se ha «instalado» en ti en forma de «llama de mechero».

Tu Jefe podría ser —lo es— un Comediante disfrazado de «alto, de ancho, de largo y de TIEMPO».

Tu Jefe podría ser —lo es— un Infiltrado en su propia creación.

Tu Jefe podría ser —lo es— él Primer Curioso: ha metido la nariz en el átomo y en los cometas.

Tu Jefe podría ser —lo es— una «jaula de pájaros colgada del corazón».

Tu Jefe podría ser —lo es— el Gran Cómico: se metió en su «taller» e inventó el movimiento hacia adelante y el trabajo.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Escalador de mayúsculas, especialista en el ÉXITO.

Tu Jefe podría ser —lo es— el VIP de la vida (y la usa como «perfume»).

Tu Jefe podría ser —lo es— un inesperado y cálido ¡Hola!

Tu Jefe podría ser —lo es – la Dirección de Obra responsable del proyecto humano.

Tu Jefe podría ser —lo es— «Samuel, licenciado en dolor por las universidades interiores».

Tu Jefe podría ser —lo es— un Plan Marshall. Sobre todo, para los supuestos «vencedores» y no digamos para los «ladrones del oxígeno-bis».

Tu Jefe podría ser —lo es— una top-model *de la amistad, con las medidas ideales: 90-60-90.*

Tu Jefe podría ser —lo es— todos los Faber Kaiser que en el mundo han sido.

Tu Jefe podría ser —lo es— el ¡Hasta luego! de Castillo. Nunca el «Adiós».

Tu Jefe podría ser —lo es— una «inocente pelota roja de goma».

Tu Jefe podría ser —lo es— el «no va más» de la inocencia. Con decirte que se ha «colado» en este testamento...

Tu Jefe podría ser —lo es— un General sin medallas (que las tiene).

Tu Jefe podría ser —lo es— el Gran Manitas. De la INOCENCIA fabricó Ingenuidad, Nobleza, Olvido, Curiosidad, Espontaneidad, Niñez, Intuición y Asombro.

Tu Jefe podría ser —lo es— «doña Felicidad y su sobrina, doña Paz»'

Tu Jefe podría ser —lo es— un providencial Barman, al frente de un no menos oportuno «chiringuito» en el desierto humano.

Tu Jefe podría ser —lo es— la «calderilla» de las «pequeñas cosas».

Tu Jefe podría ser —lo es— un Jugador de canicas atómicas.

Tu Jefe podría ser —lo es— el Gran Intendente, que «sabe» antes de que abras los labios.

Tu Jefe podría ser —lo es— el Lector del libro de tu vida, pasando las páginas.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Adicto al chupa-chups de lo absurdo.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Provocador de la línea recta.

Tu Jefe podría ser —lo es— un Cara de Luna.

Tu Jefe podría ser —lo es— lo más Grande en lo pequeño.

Tu Jefe podría ser —lo es— la Imaginación al poder.

Tu Jefe podría ser —lo es— «un punto rojo en la lejanía».

Tu Jefe podría ser —lo es— el «revés del derecho».

Tu Jefe podría ser —lo es— una carta en blanco.

Tu Jefe podría ser —lo es— la Verdad «amaneciendo a media noche».

Tu Jefe podría ser —lo es— «bajar a pulmón a la fosa de las Marianas».

Tu Jefe podría ser —lo es— un «puchero que hierve sin fuego».

Tu Jefe podría ser —lo es— un «Por favor, ¿quiere usted hablar conmigo?

Tu Jefe podría ser —lo es— la «foto» de Smoot y el Fotógrafo, al mismo tiempo.

Tu Jefe podría ser —lo es— el «ciento por uno». ¿Usted me comprende?

Tu Jefe podría ser —lo es— un delfín con la «cola partida».

Tu Jefe podría ser —lo es— él Amor de un renegado.

El Amor, querida niña...

Sabía que este tesoro no podía terminar de otra forma.

Amor: la más acertada «etiqueta» que puedes colgar a tu Jefe.

Un Amor que me veo forzado a expresar (?) con palabras. Como si el océano pudiera ser bebido. Como si una acuarela fuera salada.

Amor = Dios.

La «ecuación» que mueve, se mueve y nos mueve.

Una curiosa «ecuación».

Observa y verás:
Amor = Dios = Es.
(Todo lo demás ha sido o será.)
Amor = Dios = Un sueño.
(El Amor sueña y aparecemos. Cuando el Amor despierta, somos nosotros los que soñamos.)
Amor = Dios = Libertad.
(Si no crees en Él, ni siquiera existe.)
Amor = Dios = A su imagen y semejanza.
(El error está en confundir continente con contenido.)
Amor = Dios = Luz.
(El Amor entreabrió su puerta a Einstein.)
Amor = Dios = Luz con marcha atrás.
Amor = Dios = Infinito.
(Lo que nadie sabe es el trabajo que le ha costado.)
Amor = Dios = Anclaje de la Creación.
Amor = Dios = Enciclopedia Británica... en un protón.
Amor = Dios = Flautista de Hamelin de galaxias.
Amor = Dios = Big Bang de la imaginación.
Amor = Dios = Mando a distancia de la creación, en la mano.
Amor = Dios = Electrones de la Verdad.
Amor = Dios = Calentura a un trillan de grados.
Amor = Dios = Principio del principio del Principio.
Amor = Dios = 2 + 2 = 5.
Amor = Dios = El increíble poder de poder siempre.
Amor = Dios = Pensamiento de ida y vuelta.
Amor = Dios = Ángulos del triángulo del alma.
Amor = Dios = ¿Hombre? ¿Mujer? ¿Blanco? ¿Negro? ¿Católico? ¿Mahometano? ¿Budista? ¿Rico? ¿Pobre?
(¿Es que el mar tiene raza, credo, condición o carnet?)
Amor = Dios = ¿Razón?
(¿Quién puede extraer la raíz cuadrada del Amor?)
Amor = Dios = Pares y nones de lo imposible.
Amor = Dios = ¿Misterio? ¿Qué misterio?
Amor = Dios = Tiene usted razón: imagine lo que quiera.
Amor = Dios = Nadie escribe. Nadie apunta.
Amor = Dios = Sed.
(Aumenta con la sed de Amor.)
Amor = Dios = Olla de la Sabiduría... rebosada.
Amor = Dios = Ningún argumento.
Amor = Dios = Asignatura pendiente de la Ciencia.
Amor = Dios = El eslabón perdido.
Amor = Dios = Más alto. Más lejos. Más rápido.
Amor = Dios = Carreta. Vela. Vapor. Cohete. Ángel.
Amor = Dios = Mucho y constante.
Amor = Dios = Uno, en todas partes y al mismo tiempo.
Amor = Dios = La cuadratura el círculo.
Amor = Dios = Fin de la provisionalidad.

Amor = Dios = Yo, fiscal, defensor y juez.
Amor = Dios = Inevitable cómplice.
Amor = Dios = Ir y volver sin moverse.
Amor = Dios = Conmigo.
(«Contra mí» es imposible.)
Amor = Dios = Él. Nunca yo.
Amor = Dios = Un billón de «síes» en el casi nada de un «sí».
Amor = Dios = Amor humano «destilado».
Amor = Dios = «Negativo» del amor propio.
Amor = Dios = El «yo», por dirección contraria.
Amor = Dios = Siervo y amo.
Amor = Dios = Indefinido, pero en las manos.
Amor = Dios = Sobrevolar.
Amor = Dios = Mudo de nacimiento.
Amor = Dios = Sin promesas.
(Ya estás salvada.)
Amor - Dios = Incluso en el desamor.
Amor = Dios = Tanto más grande cuanto más silencioso.
Amor = Dios = Envejecer hacia atrás.
Amor = Dios = Una linterna en los talones.
Amor = Dios = Siempre en la cuerda floja, pero no importa.
Amor = Dios = Educación a distancia.
Amor = Dios = Imagino luego existo.
Amor = Dios = Un «rico» que no echa cuentas.
Amor = Dios = Un ascensor en el corazón.
Amor = Dios = Made *in-terior.*
(Rechace imitaciones.)
Amor = Dios = La sorpresa del Nietzsche «luz».
Amor = Dios = Isla nuclear de luz, mal llamada Paraíso.
Amor = Dios = La historia de un Solitario que
n
un día tuvo la ocurrencia de «pensar» en los hombres.
Amor = Dios = Aplasta una hierba y aplastarás una estrella.
Amor = Dios = El volcán reflejado en él dorado de una mariposa.
Amor = Dios = Otra «cañería» rota en los «super-universos».
(Y que nadie tiene intención de reparar.)
Amor = Dios = La única «patria» con futuro.
Amor = Dios = «Cartel» de «te quiero» en cada pétalo.
Amor = Dios = Ese andén que siempre contemplamos desde la ventanilla.
(Algún día tendremos que bajarnos.)
Amor = Dios = Un viaje sin retorno.
Amor = Dios = La bella locura de creer.
Amor = Dios = Milu, Mágica Fe y Maritxu, antes, ahora y después.
Amor = Dios = Resurrección, a nuestro pesar.
Amor = Dios = La medicina de la risa.
Amor = Dios = La nave nodriza *y su fax.*
Amor = Dios = «¿Quién es? ¡El Gran Poder!»

Amor = Dios = Tirma.
Una curiosa «ecuación», te decía.
Observa de nuevo:
Si suprimes «Amor», el resultado no sufre alteración alguna. Si eliminas «Dios», la cosa sigue igual.
Ejemplo:
Amor = Tirma.
Dios = Tirma.
Y que conste que no he hecho trampa...
Eso es tu Jefe mi querida niña:
Amor.

Recibe un millón de besos. Y que el Amor te bendiga.
¡Ah!, un último favor.
Cuando vuestro padre pase «al otro lado» —al Amor— queridos Iván, Satcha, Lora y Tirma, acercaos a Sevilla y depositad una rosa blanca a los pies del Amor, mi Cristo favorito. Se lo debo.

Landaluce, 6 de julio de 1994, siendo las 08:43 h.
(¡Increíble!, la nave nodriza *me ha permitido concluir el día de tu* cumple. *Cosas del Amor. ¡Felicidades, mi querida niña!)*